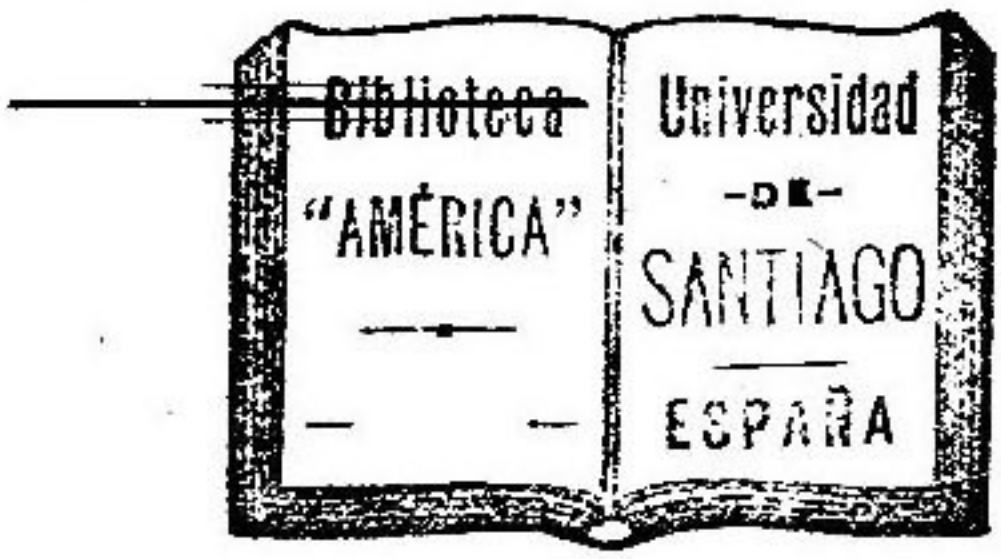
ABEL J. PÉREZ

AMÉRICA

PRÓLOGO DE

JOSÉ ENRIQUE RODÓ


Biblioteca
"AMÉRICA"
Universidad
-DE-
SANTIAGO
ESPAÑA

MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado», de G. V. Mariño, Editor

23—CALLE 18 DE JULIO—23

1912

Dos palabras á manera de prólogo

Mientras las ideas hacen la vida anónima del cerebro sin trasponer las fronteras de lo subjetivo, su autor podrá dar á los solitarios monólogos de su conciencia, toda la intensidad de su temperamento, sin contraer por ello ningún compromiso con el público; pero cuando esas ideas se concretan en el libro, cuando el pensamiento adquiere forma y se lanza á la vida exterior, entonces el autor se vincula á sus lectores posibles, se establece entre uno y otros una comunión de ideas y emociones, que obliga á quien escribe á no traicionar las legítimas expectativas del que busca ese libro con la intención de encontrar en él algo nuevo, algo sano ó algo útil.

Cuando se vive en la primera juventud, el olvido de esta discreción elemental es disculpable, porque en esa edad, la pasión fogosa y exuberante tornasola los horizontes de la vida con seductoras perspectivas engañosas que atraen con mágico, irresistible y casi inconsciente impulso; pero cuando los años en su avance constante y con sus heladas enseñanzas, van deshojando implacablemente y poco á poco nuestras ilusiones

y apagando nuestro fuego, entonces el compromiso del autor es más claro, más perentorio, más indiscutible, pues ningún miraje debe turbar la serenidad de su juicio.

Me encontraba en ese caso. Dominado por un americanismo sincero, sentía un intenso afecto fraternal por todos los nacidos bajo el cielo de América, y dolorosamente impresionado viendo los falsos rumbos de algunas naciones de las fundadas en su seno, quise consignar mis pensamientos, hacer una obra sana, y escribí este libro; pero una vez terminado, surgió para mí una inquietante incertidumbre.

¿Habría realizado mi propósito? ¿Habría traducido realmente la idea inicial absolutamente desinteresada que me había guiado?

Quise acudir á ajena ayuda; pensé en una persona de reputación literaria consagrada para que su fallo disipara mis incertidumbres en sentido favorable ó adverso, y de espíritu sereno que simbolizara un ideal de justicia sin reatos, para que ninguna consideración detuviera en sus labios la voz de la verdad: ese hombre fué José Enrique Rodó.

Le hablé con franqueza absoluta y le pedí su fallo simple, concreto, brutal; por sí ó por no. Para tonificar su sinceridad, le recordé á Gil Blas de Santillana en sus relaciones con el Arzobispo de Granada, pidiéndole que á pesar de esa observación eternamente humana, me dijera la verdad, toda la verdad.

Después de un tiempo de espera cuya duración he olvidado, Rodó utilizando esa referencia de Gil Blas,

me contestó con la carta íntima que sigue, admirable y serena, como todo lo que brota de su pluma:

«Gil Blas de Santillana besa el anillo episcopal de S. S. R. el Arzobispo de Granada, y después de leída su homilía, se permite caracterizarla, según su leal saber y entender, diciendo que ella es:

Por el fondo: un trabajo de seria y penetrante sociología, donde, sin el aparato pedantesco de los Don Hermógenes que hoy abundan en el campo de las ciencias morales y políticas como antaño en el de la retórica y las bellas letras, se desentrañan los caracteres fundamentales del pasado, el presente y el porvenir de las sociedades latino-americanas, con acopio de saber, de ése que no aparece en ostentaciones de advenedizo, sino que se percibe callada y discretamente, como sustentáculo de lo que se dice por cuenta propia.

En la forma: una exposición elocuente y fácil; dueña de todas las cualidades esenciales del estilo didáctico; elegante sin afectación y sencilla sin trivialidad; capaz de ser leída con interés y agrado por doctos é indoctos.

Observa, además, que en este trabajo, á diferencia de la mayor parte de los que hoy se escriben sobre temas análogos, la obra del análisis y la reflexión no aparece abstraída del acompañamiento *emocional*, que la complementa y la hace más perspicua y eficaz,—porque es cosa averiguada que el corazón es también un órgano de conocimiento y que no conoce plenamente

su objeto aquel que no llega á él con el sentimiento al mismo tiempo que con la inteligencia.

Gil Blas tendría necesidad de escribir otra homilía si se propusiera señalar todos los puntos en que su pensar y su sentir vibran al unísono con los del señor Arzobispo, y que son casi todos los que comprende su trabajo.

Le parece, por ejemplo, acertadísimamente señalada la influencia seleccionadora del *struggle for life* en la formación de la sociabilidad colonial, y admirablemente precisadas las influencias buenas y malas de la ausencia de tradiciones seculares en la vida de estos pueblos, y elocuentemente denunciados los peligros del aluvión cosmopolita para el porvenir de los mismos.—La comparación entre los caracteres y condiciones de las sociedades europeas y los de las americanas, le parece bien planteada y resuelta, sobre todo en lo relativo á la cuestión social, y al imperialismo, que siendo odioso en todas partes, en la América nuestra es, además, ridículo por prematuro é impotente.

De la educación de la democracia habla el señor Arzobispo en términos que Gil Blas quisiera propagar como el mismo Evangelio y convertir en la *profesión de fe* de las generaciones que llegan á la vida. Sí: lo bello es una sal que preserva de la corrupción, y en las sociedades democráticas una iniciación absolutamente necesaria como contrapeso de la vulgaridad inevitable. Todo eso está admirablemente sentido y dicho,— como su corolario: la necesidad de aristocra-

cias naturales y legítimas que, teniendo por únicos blasones la inteligencia y la virtud, se levanten sobre el bajo nivel del igualitarismo demagógico.

¿Cómo detenerse, sin dar á esta desaliñada epístola las proporciones de un sermón—con el que usurparía las atribuciones del augusto ministerio de S. S. R.; cómo detenerse, decía, en puntos tan interesantes y tan bien tratados, como el de la necesidad de *asimilar* la inmigración que mantiene el crecimiento de estos pueblos, y el de la inspresciptible grandeza y santidad del sentimiento de la patria, y el de la ilusión maldita de la guerra civil como medio de regeneración, y el de la necesaria solidaridad y unidad de los pueblos latino-americanos, y el de la revelación pujante de su espíritu y de su originalidad en los Congresos internacionales, donde han comenzado á traer á sí una atención universal que los recientes centenarios han confirmado y puesto á plena luz?...

Y puesto que la sinceridad del juicio es una virtud que tanto recomienda S. S. R. á sus confidentes y consejeros, ha de decirle también este Gil Blas que no le ha parecido muy católica, y y sí exageradamente elogiosa, una referencia á Proudhon, quien—para Gil Blas al menos—resulta un energúmeno antipático, lleno de bárbaros odios hacia el arte y hacia otras cosas delicadas y bellas que ennoblecen y dignifican esta pícara vida.

Tampoco le ha parecido muy arreglada á justicia otra alusión á un cierto señor Rodó, á quien no tiene el gusto de conocer; pero en este punto justifica la

exagerada benevolencia de la alusión, porque se le ha dicho que ese señor Rodó es uno de los más fieles amigos y feligreses de S. S. R., y no se ha de pretender que los prelados estén del todo exentos de las debilidades del corazón humano.

Para terminar: la homilía del señor Arzobispo pertenece de derecho á todos los que han menester de lectura provechosa, que es como decir que pertenece al público; y como al público está seguramente destinada, Gil Blas no puede perdonarse el haberla demorado tanto tiempo en su poder; pero se reserva confesar esa, y otras culpas, á S. S. R., cuando se postre á sus pies en el santo tribunal de la penitencia.

Granada, 6 de septiembre de 1911.»

Por la copia,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

CAPÍTULO PRIMERO

El descubrimiento de América. Situación del mundo civilizado en ese momento; el islamismo y las nacionalidades cristianas; la lucha entre el Papado y las monarquías; las controversias religiosas; la Reforma.

Fué un hecho extraordinario en la vida de la humanidad, ese descubrimiento casi fabuloso de un mundo nuevo que surgía como evocado por el genio, en la soledad infinita de mares desconocidos.

Todo contribuía armónicamente á que así fuera: por un lado, el descubrimiento en sí mismo de territorios dilatados, hasta el punto de ofrecer en su seno todos los climas y los productos de las diversas zonas en que se dividía el mundo hasta entonces conocido; de otro, la novedad de su propia estructura física que admiraba por la serena grandeza de sus sistemas de montañas, por la múltiple riqueza de sus redes hidrográficas y los tesoros inagotables esparcidos en sus entrañas inexploradas; por su fauna y su flora, y por el brillo de sus astros, luciendo en un aire transparente y sobre un fondo de un intenso azul sereno y cristalino.

Esto bajo su aspecto físico; bajo su aspecto moral, político y social, la aparición inesperada de un nuevo mundo, ofrecía un ancho campo al estudio de los pensadores, de los estadistas y de los filósofos,

y un escenario nuevo para la experimentación de sus teorías.

El descubrimiento en sí mismo no provocó al producirse, sin embargo, ese raudal de nuevas ideas que se derivaban naturalmente de tan extraordinario acontecimiento inicial, pues acaso el momento histórico no permitía entonces, ni por el ambiente predominante en el mundo civilizado, ni por las graves cuestiones que pedían solución inmediata, ni por la misma ignorancia en que se estaba de la extensión de sus territorios, que el espíritu humano planteara para estudiar y resolver con éxito el problema del magno descubrimiento.

En efecto, el descubrimiento de América coincidía con una etapa de la vida de la humanidad, que sin esa circunstancia anterior, hubiera sido fijada por él.

La caída de Constantinopla por una parte, substrayendo de hecho á Europa una de sus más bellas y codiciadas ciudades, consagraba una modificación geográfica que entregaba al islamismo el último baluarte del imperio cristiano de Oriente; de otro lado y en contestación, al parecer, á aquel derrumbe, la España católica, después de un esfuerzo titánico de siglos, arrojaba allende los mares, más allá de sus fronteras, el humillado estandarte del Islam.

Dos hechos culminantes en mi concepto, caracterizan el principio de la edad moderna, hechos que se enlazan y perduran durante largos años.

Esos hechos son:

1.° El delineamiento general de las nacionalidades que empiezan á esbozarse con caracteres de indepen-

dencia, separándose de la masa confusa de muchedumbrès, sin fisonomía propia, un tanto nómades, ora vencedoras y tiránicas, ora vencidas y esclavas.

2.° El carácter cristiano de esas nacionalidades, más ó menos nítido ú ortodoxo, que daba á dicha religión una fuerza directiva tangible, visible y poderosa, como sucesora de aquella otra fuerza, invisible, puramente moral, encerrada en las catacumbas ó en los conventos, y trasmitida por la predicación, los ermitaños y los peregrinos.

Esos hechos, como lo he dicho antes, se enlazan íntimamente entre sí, y se complementan para alcanzar un resultado positivo: la formación de las naciones modernas.

En efecto, los núcleos nuevos compuestos de elementos étnicos distintos, necesitaban un vínculo poderoso que los uniera, y ese vínculo fué la comunión en los altares de una misma fé, que les dió una cohesión que les faltaba, para levantar las bases de su futuro poderío.

Desde ese punto de vista, el mundo de Occidente formó como una vasta confederación de naciones, cuyo código político tenía un principal y poderoso arraigo religioso.

Bajo el imperio de estas ideas, se constituyó un poder central, débil al principio, robustecido poco á poco en su lenta lucha de reivindicación de todas las regalías monárquicas, enérgicamente usufructuadas y defendidas por los grandes señores feudales.

Vencido el feudalismo y asentados fuertemente los tronos precursores de las monarquías modernas, no aparece aún en éstas el pueblo, definido y con personalidad propia; es aún la muchedumbre anóni-

ma y esclava que vegeta en la sombra, que oculta en sus chozas miserables su abyección, y calla sus naturales aspiraciones humanas de independencia en su propio hogar, como un crimen brutal, como una tendencia delictuosa que podría provocar un terrible castigo, siempre invisible, pero siempre amenazante.

Es aún la masa sin nombre que nada representa en sí misma, aunque en manos del monarca, sea la fuerza dominadora que todo lo avasalla; pero en esa masa palpita latente la simiente de vagas, indefinidas, pero poderosas aspiraciones futuras.

Sin embargo, el supremo poder de los herederos de San Pedro que ha consagrado con el óleo santo las nuevas monarquías, se torna para éstas, una vez robustecidas, un tutelaje harto pesado, y entre los mismos protegidos de ayer, se inicia un sordo trabajo de resistencia, que empieza á socavar su poder omnímodo.

Estos primeros ataques, más ó menos velados, que vienen de lo alto, tienen la sugestión de todas las rebeliones que se alzan como protesta de una esclavitud, y, el ejemplo se extiende á las masas evocando sus aspiraciones, las que sueñan en una lucha lejana, en un porvenir mejor, y este germen de resistencia contra una fuerza incontrastable, es el germen, el preludio de futuras y poderosas cruzadas en pos de un ideal soñado pero propio, remedio supremo contra los ataques eternos del despotismo.

El descubrimiento de América se produce en los albores de la edad moderna.

Se trata de tierras de que es preciso adueñarse, pues las habitan otros hombres, nuevos también, de una raza completamente desconocida, de una civilización ignorada que se oculta en la penumbra de la prehistoria.

La aventura de esa conquista es extraordinaria como el descubrimiento mismo; pero ella tiene atractivos irresistibles para el hidalgo pobre que busca el metal para dorar de nuevo sus emblemas heráldicos corroídos por el tiempo y la miseria, y los tiene para el hijo del pueblo, anónimo ó esclavo, que espera encontrar en nuevos climas, la independencia y la libertad que nunca ha gozado, pero que le hacen concebir como posible la casi milagrosa aparición del Nuevo Mundo.

Pero los nuevos pobladores de América no son sólo los hidalgos pobres, los esclavos, las víctimas del despotismo civil y político, son también los perseguidos de los despotismos religiosos.

En efecto, consolidadas las monarquías, se creen ya fuertes para discutir con el Papado que las ha creado al ungir con el óleo santo la frente de los reyes que les da la soberanía indiscutible y que consagra la sucesión hereditaria de la corona, y exigen la limitación de sus intromisiones, la fijación de sus mutuos derechos y obligaciones, dejando libre la acción política del trono.

Esta resistencia que llena los primeros y más fundamentales capítulos de la edad moderna, se agrava cuando la controversia se extiende á las congregaciones religiosas, que discuten la interpretación

de los libros santos, y se agranda y magnifica, cuando los reyes viendo en ella una válvula para sus pasiones contenidas, intervienen con su cetro en esas controversias, que abren á su soberanía amplios y dilatados horizontes.

Son estos hechos los preludios de un acontecimiento histórico trascendental; ellos anuncian y preparan el estallido colosal de la Reforma.

Las luchas religiosas toman luego otro carácter: no es ya el choque de la robusta fe cristiana contra las muchedumbres judías deprimidas en su eterno peregrinaje por el mundo á través de todos los climas y todos los pueblos, arrastrando su esclavitud y su estigma de nación maldita; no es ya el combate contra los hijos de Mahoma, apóstoles de otra raza y otras creencias; es la bifurcación de una misma fe, que se parte y subdivide en mil cauces distintos para discutir el dogma, para desmenuzar las creencias, para entregar al libre examen de cada nueva secta, los libros santos de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles jamás profanados por una duda ó menoscabados por una controversia, que comprometiera la inatacabilidad de sus doctrinas.

Esas luchas intensas y ardorosas, como todas las discusiones que hieren la fe arraigada ó provocan las pasiones tumultuosas, conflagraron la Europa, y los combatientes de uno ú otro bando, vieron ora triunfante su bandera de lucha, amparada por el prestigio del trono, ora abatida cuando subía á ese mismo trono un nuevo monarca armado con las armas de la antigua fe, saturado con los rencores de la vieja derrota, y arrastrado por un espíritu batallador de sangrientas reivindicaciones.

La víctima expiatoria de estas luchas cruentas, fué aquí también el pobre pueblo, el eterno y anónimo esclavo perseguido, que huyendo de sus lares profanados y sangrientos, cruzó los mares, buscando otro cielo y otros horizontes, yendo á levantar su hogar libre, en torno de su nuevo templo, en las salvajes praderas de la Nueva Inglaterra.

CAPÍTULO SEGUNDO

Primeros pobladores de América; solidaridad impuesta por las circunstancias. Gérmenes latentes de independencia desarrollados en la vida rural de los colonos.

El espíritu de aventura evocado por un enérgico anhelo de bienestar, impulsó al hidalgo y al plebeyo hacia las playas del Nuevo Mundo; un deseo poderoso de gloria y de fortuna fácil y cercana, atrajo á los aventureros de todas las razas; una suprema aspiración de libertad llevó á esas regiones hiperbóreas, á todos los perseguidos, así en sus afectos de familia, como en sus intereses, así en su honor como en sus creencias religiosas.

Los pobladores del Nuevo Mundo traían en sus bajeles, como Eneas el hijo del viejo Anquises, los dioses lares; con ellos venían su patria y su religión.

Aquellas tierras no tenían dueño; sus pobladores eran de otra raza inferior, ningún lazo los unía á ellos; por el contrario, eran el enemigo común que tenían que combatir y aplastar. Entregados á sí mismos, esos pobladores en nombre de un interés enérgico y visible, se unieron con una solidaridad verdadera, emanada del peligro común; el hi-

dalgo como el plebeyo desaparecieron ante el desierto, en el que el triunfo era del más fuerte, del más hábil, del más inteligente, y desaparecieron tanto más eficazmente, cuanto había una raza vencida á la cual transferir la esclavitud clásica del pechero.

La lucha constante con las fuerzas de la Naturaleza, tuvo una múltiple consecuencia, pues no sólo vigorizó el músculo y fortaleció físicamente la raza, sino que enseñó al colono á contar con sus propias fuerzas, á conquistar su alimento y el de su familia, á formar su hogar como síntesis de sus esfuerzos y de su valor, á dignificar su existencia en una lucha constante y libre, llena de sobresaltos y combates, pero altiva, agreste, ruda, saturada de amor por la libertad, impregnada del culto avasallador de la propia independencia que engrandece y dignifica al hombre, en su carrera de labor fecunda, en la sanidad de su cuerpo y de su alma, conquistadas con el solo y propio esfuerzo de trabajo incesante y creador.

Los reatos de las patrias lejanas desaparecían allí; los mensajes del poder llegaban tarde y debilitados por la distancia; los delegados del trono, usando de una soberanía propia impuesta por las circunstancias á la que faltaban las irresponsabilidades del derecho divino, no tenían las altiveces de los monarcas absolutos que representaban, ni la crueldad metódica y sistemática contra sus gobernados; regía sin duda en las colonias un gobierno fuerte y monárquico; pero la solidaridad de raza contra el indígena que representaba la resistencia, más ó menos acentuada, es decir, el enemigo común, porque era el vencido y el despojado, creaba una

especie de gobierno patriarcal, que vinculaba más fraternalmente á gobernadores y magistrados con el pueblo colono, fundamentalmente distinto del de la metrópoli.

Tratándose luego de territorios semidesiertos en que las industrias pastoriles constituían la labor más remuneradora, los colonos al consagrarse á ellas buscando en su desarrollo la ruta de su prosperidad y su fortuna, se adaptaban en breve al nuevo ambiente, fortaleciéndose en la lucha con los elementos, se asimilaban las astucias de los aborígenes, emulaban su valor desesperado y selvático, agregando á sus armas de combate, el prestigio de sus inteligencias robustecidas por la gimnástica del esfuerzo propio, é impulsados por la defensa de sus intereses, condensaban en su acción aislada ó colectiva, hechos de héroes y luchas de titanes.

Las sierras abruptas y las pampas dilatadas, constituyeron la cuna de la independencia americana; en esa lucha sin reposo que ellas ofrecían al colono, caían y sucumbían los débiles; pero aquellos á quienes la posesión de su libertad de hombres abroquelaba para el combate, crecían, se multiplicaban, se engrandecían, burilando con su brazo incontrastable sobre la puerta de su choza campesina, el escudo nobiliario de nuevos solares, formados con atributos de una heráldica desconocida, hijos del trabajo y del valor, y símbolos latentes de la independencia y la libertad.

Por un encadenamiento lógico y constante de sucesos históricos emanados de las circunstancias y del ambiente en que se producían, la independencia americana surgió como una fórmula ineludible

del destino, que abría así con su consagración triunfante, un campo virgen y abierto á la discusión de todos los problemas, al ensayo de todas las teorías, al ejercicio de todas las libertades, á una vida nueva de la humanidad, sin trabas seculares, sin los obstáculos de todo orden que flanqueaban los senderos trillados del Viejo Mundo.

CAPÍTULO TERCERO

Orígenes comunes de la independencia americana. Los criollos; desconfianzas que inspiraban al colono español; los Cabildos y sus controversias. Causas generadoras de la emancipación: los filibusteros, la independencia norteamericana, la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, las Juntas revolucionarias de la metrópoli, las invasiones inglesas.

Hay en la independencia de América, fuera de la indiscutible parte de epopeya que engrandece y dignifica sus luchas precursoras y definitivas, un problema sociológico cuya solución admira por lo extraordinaria, pero cuyos términos son de una precisión lógica indiscutible.

El primitivo colono, hijo de la metrópoli y arraigado profundamente á las tradiciones de la madre patria, fueran cuales fueren sus nuevas ideas, su situación presente con relación al pasado, su bienestar actual en oposición á su servidumbre tradicional, no hubiera podido nunca en forma colectiva, alzarse contra el poder que actuaba en un suelo en que había nacido, donde aún vivían sus mayores ó reposaban las cenizas de sus abuelos, donde en el centro de su aldea nativa, se alzaba el templo en que había orado cuando niño, en ese terruño lejano en fin, que se fija en el cristal de la memoria, con las líneas que limitan los afectos y los recuer-

dos santos, y dentro de las cuales no caben, ni arraigan, ni se perpetúan á la distancia, las memorias de dolor, de sufrimiento ó de servidumbre, que pasan en sus siluetas esfumadas como lejanísimas reminiscencias poéticas y melancólicas.

El español de América, solo, no se hubiera alzado jamás con carácter definitivo contra el español de España, que era su hermano ó su antecesor, que era su copartícipe en la cuna, en su Dios y en sus tradiciones. El criollo, en cambio, sólo conocía esas leyendas nativas por una tradición oral apasionada que escuchaba, respetaba y acaso amaba, pero con un sentimiento menos vivo, menos profundo é indiscutible que el de sus padres.

Aceptaba con orgullo tal vez, aquella herencia de valor caballeresco que dignifica su propio ser, pero sin consagrar á esos recuerdos un culto excesivo que menoscabara su propia altivez, orientada hacia otras conquistas más positivas y propias que añejos pergaminos ó ingenuos privilegios.

Su altivez circunscrita á su patria nueva, no concebía quizá con claridad indiscutible la independencia absoluta del poder central; pero el sentimiento de su dignidad ennoblecido con su esfuerzo, el ambiente agreste é indómito de la pradera salvaje en que ejercía su soberanía, la natural desvinculación de leyendas patricias, cuya cuna no conocía por su propia visión, lo hacían apto para las grandes luchas, le prestaba energías tanto más necesarias, cuanto sus veleidades de independencia propia, debían provocar y provocaban las desconfianzas y las suspicacias de los viejos hijos de la metrópoli, fuertes y orgullosos con su origen, que acentuaban así,

sin apercibirse de ello, los obstáculos que empezaban á separar la existencia colectiva de ambos pueblos.

El pueblo español, inquieto y batallador como ninguno, había encontrado en los tiempos pasados, en los fueros de sus más agitadas provincias, una válvula para el desahogo de sus pasiones y el ejercicio de sus altiveces, válvula que en cierto modo, tuvo en los cabildos de la colonia su símil, como teatro del ejercicio de los derechos elementales ó de los modestos privilegios que disfrutaban, conatos ó tentativas que sea cual fuere su alcance inmediato, constituían ensayos modestos de un sufragio primario, pero en los cuales surgía ya el hombre del futuro, condensado en aquel germen de aspiraciones á una vida mejor, más libre de trabas y de soberanías, más independiente.

Esos pequeños duelos de la lucha capitular, constituían, sin duda, una simiente lejana de la vida de los parlamentos, pero la participación en su acción era más acentuada y principal en el colono español de origen, que ensayaba en ellos sus fuerzas para conquistar un nombre, un triunfo personal, un privilegio para su familia; pero esos vuelos de independencia no llegaron ni por asomos hasta la idea de la separación de la metrópoli, por lo cual esas veleidades capitulares no preocupaban ni á las autoridades de la colonia ni á las de España misma; pero esas luchas representativas del quijotismo tradicional de la raza que eran inofensivas, empezaron á tener otro carácter, cuando en esos duelos modestos tuvo intervención el criollo, que provocaba con su acción de mal velado espíritu agresivo, des-

confianzas y temores, sintiéndose, ó adivinándose más bien, los peligros que podían derivarse de aquellos conatos de soberanía incipiente, una vez que sus ideas se propagaran y recibieran la consagración de aquellos seres de la misma raza, pero de un temperamento más entusiasta y ardoroso.

Mientras el monopolio colonial cerró la América entera con murallas de acero al comercio mundial, fué posible la subordinación reclamada como condición de indiscutida soberanía, pues faltaban, el periódico que multiplica la acción y consagra las ideas triunfantes en el mundo, el libro que propaga las verdades científicas, que vigoriza las propagandas salvadoras y el intercambio intelectual; se vivía en el aislamiento absoluto, separados del mundo entero; pero esa muralla creada para el monopolio y el privilegio, no fué siempre infranqueable, pues la audacia de los filibusteros pasó sobre ella hiriendo sensiblemente el monopolio, y el fruto de sus rapiñas llegando á los mercados europeos, reveló una fuente de comercio desconocida, una vena de fortuna, un incentivo á la conquista de un bienestar más completo, alcanzado en un plazo breve, fácil y atrayente.

Pero esas violaciones de frontera, no tuvieron simplemente una derivación económica; con los productos del comercio extranjero, vienen incorporadas siempre las ideas, las costumbres, las modalidades de otros pueblos; las controversias que los agitan, los intereses que los mueven, los ideales que los arrastran. Más tarde, hechos más decisivos y elocuentes, prepararon la evolución de la idea libertadora.

La independencia norteamericana primero, que era un girón poderoso del mundo de Colón que se disgregaba del vasallaje común, destruyendo así aquel poder invencible de la metrópoli; la Revolución francesa después, que como derriba el huracán una torre bamboleante derribó en un minuto un trono secular asentado sobre una base formidable, con todos los prestigios, con todas las glorias, con todas las fuerzas hasta entonces incontrastables, haciendo surgir de esa catástrofe, mortífera como un volcán en erupción que estalla, derriba y mata, pero como él también magnífica y luminosa, esa entidad desconocida, ignorada hasta ayer, encerrada en su choza miserable, en la mazmorra sombría, en el misterio de su miseria desesperante, de esa anonimidad fatal, aplastante negación de la vida, de la luz, de las ideas; esa entidad nueva que brotaba de pronto armada y fulgurante, como la diosa antigua de la cabeza de Jove, de los antros mefíticos y oscuros de la antigua gleba: el pueblo!

Y el pueblo formidable, más que por las armas poderosas con que entraba á la lucha, por esa enseña luminosa que descorriendo las nubes de opresión de un horizonte infinito, mostraba á todos los infortunados, á todos los oprimidos, su divisa radiosa: Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Si aquellas ideas, si la narración de aquel sacudimiento colosal hubiera sido rápidamente conocido en las colonias, la idea de la emancipación latinoamericana se hubiera adelantado acaso en dos décadas; pero aquel rumor llegó tarde, incompleto, diluído en las narraciones interesadas que venían de la metrópoli y de los pocos via-

jeros que llegaban á estas playas; así fué que la Revolución misma y las ideas de los filósofos que habían contribuído á generarla, fueron desconocidas en gran parte ó conscientemente desnaturalizadas.

La Revolución en sí misma, sin embargo; la derrocación completa de aquel poder fuerte, casi invulnerable, era un hecho tan extraordinario é incomprensible, que aún incompleta ó desnaturalizada la crónica de los sucesos, debió quedar aquella impresión fundamental, en la mente de los criollos, para producir sus frutos más tarde, como esas simientes de los árboles poderosos que reclaman una larga gestación en el seno de la tierra, bajo la acción fecunda de la humedad y de los agentes químicos para desarrollarse y desafiar después incontrastables las inundaciones y los vientos.

Esos albores de la historia contemporánea, fueron un período realmente extraordinario en los anales de la humanidad, por los sacudimientos de todo orden que modificaron hasta en sus cimientos, el monumento del mundo antiguo.

Las ideas de libertad que se templaron en aquella fragua, fueron consagradas por las victorias de los ejércitos revolucionarios y luego esparcidas por el viejo mundo de las monarquías absolutas, por aquel genio colosal que por su solo esfuerzo se creó una dinastía, constituyó su corte con coronados súbditos, tuvo suspenso al universo con los reflejos de sus victorias y, ¡cosa extraña en las misteriosas leyes de la historia! aquel guerrero genial que era como el símbolo más perfecto del despotismo, fué sin embargo, quien hizo flamear triunfante en todas partes, aquella divisa de luz y de libertad.

Un día ese mismo atleta de la victoria invadió la metrópoli en su afán inagotable de dominación, arrastrando á la abdicación y al confinamiento á los monarcas peninsulares; el pueblo contestó valientemente, heroicamente á aquella agresión injustificada, constituyendo sus juntas populares soberanas; pero si ellas bastaron para rescatar su rey prisionero y reverdecer los laureles del Cid y de Pelayo, el vínculo colonial de la soberanía distante se relajó, los ejércitos reclamados y armados por la defensa común, no pudieron acudir á tiempo á defender sus posesiones de ultramar, y los aventureros de todas las razas, se aprestaron á aprovechar aquel único momento histórico.

Una de las manifestaciones de ese espíritu de aventura, fueron las invasiones inglesas, hecho singular cuyas derivaciones son indiscutibles para un criterio imparcial.

La intromisión repentina de esos extranjeros en la colonia, rodeados de un prestigio positivo, de ideas antitéticas á las predominantes en la metrópoli, con modalidades propias, debió ejercer una influencia inmensa en aquel ambiente ingenuo y sencillo; su ulterior rechazo más tarde, reveló una fuerza desconocida. La colonia, con sus solas fuerzas, había arrojado al invasor que al partir, no obstante, dejaba en el alma de los colonos una duda, un deseo infinito de penetrar hondamente en aquel mundo nuevo hasta entonces desconocido, en el que había ideales generosos nunca acariciados, bienes fecundos nunca entrevistos, sueños de libertad y de igualdad nunca gozados.

El conjunto de estas ideas nuevas, transformadas

por la influencia de las circunstancias y anidándose en cerebros jóvenes y vírgenes, hizo de la América Latina un laboratorio inmenso, en que se fundían en singular consorcio ideas y emociones, energías y pasiones que se revelaban con inusitado fuego, con vibraciones extrañas, con vida intensiva y única, como si aquellos hombres quisieran sentir, pensar y obrar en una hora, empleando en su acción, todas aquellas actividades paralizadas tanto tiempo en la ignorancia y el aislamiento.

Y esa pasión fué la característica de la cruzada emancipadora; sus jefes y sus soldados y sus estadistas se entregaban íntegramente á sus propósitos, libres de mezquinos intereses, con una soberbia abnegación, con un entusiasmo sincero que nada menoscababa ni detenía.

Esa fué la época de la epopeya americana en que un reguero de pasiones generosas hizo surgir de la tierra calcinada, héroes de la guerra y de la paz, vencedores de los hombres y de las ideas, estadistas ignorados que por el solo esfuerzo de su genio y de su entusiasmo, parecían adivinar el secreto de los tiempos por venir, sentando los cimientos de cien naciones, abriendo un nuevo universo á la libertad y la civilización.

CAPÍTULO CUARTO

Ventajas y peligros de la constitución excepcional de los pueblos de América; carece de prejuicios retardatarios, pero también de los principios tutelares conservadores. Misión de los estadistas americanos. El individualismo, sus ventajas y sus inconvenientes.

Esta formación histórica de América constituye para ella un beneficio inapreciable y un peligro latente.

El beneficio estriba en que nació libre de todo prejuicio secular; ningún bagaje inútil gravita sobre sus hombros robustos; en plena juventud, con una inteligencia nueva, ávida de conocerlo, estudiarlo y experimentarlo todo, encuentra ante sí una civilización formada por el esfuerzo de cien generaciones, cuya crítica puede formular libremente, seleccionando todo aquello que se ajuste al cuadro de sus actividades propias, sin que se sienta irremediablemente ligada á determinada tradición, raza ni propósito preconcebido: es libre, absolutamente libre moral é intelectualmente, para trazar y seguir el camino de sus destinos futuros.

Su peligro latente es el fruto necesario de su misma libertad, la reacción necesaria de su situación ideal para el progreso y la civilización.

En efecto, esas tradiciones ó preocupaciones seculares que detienen á veces ó esterilizan en ocasiones las tentativas de mejoramiento social en el Viejo Mundo, constituyen, sin embargo, un núcleo de fuerzas conservadoras, que ampara las antiguas nacionalidades y controla fríamente las nuevas iniciativas, pesando sus posibles consecuencias, depurándolas, limándolas, perfeccionándolas, de modo que cuando esa tentativa triunfa, sus resultados están ya calculados minuciosamente; la transformación se hace paulatinamente, discretamente.

Por otra parte, esas mismas fuerzas conservadoras condensan asimismo un tesoro secular é inapreciable de cultura acumulado por cien generaciones de artistas y de cultores del arte puro, que son también una fuerza, pues constituyen una enseñanza hecha, un conocimiento adquirido.

América carece de ese poder de control del antiguo mundo civilizado, que arraiga en un pasado lejano, y tutela su presente, preparando un porvenir serenamente ascendente, sin tropiezos, sin sacudidas.

Para el Viejo Mundo, sólo la evolución lentísima, se armoniza con los temores, con las desconfianzas y las incertidumbres que emergen de una tradición inmemorial de luchas y padecimientos acumulados por muchas generaciones en centurias de sufrimientos y de leyendas; para América, la evolución no es bastante rápida para resolver sus problemas, y desbordante con las pasiones de la primera y entusiasta edad, ha querido anticiparse á las soluciones del destino, buscando cien veces en la revolución, la fórmula que aquélla tardaba en prestarle.

Conocidas y analizadas las ventajas indiscutibles de su situación excepcional, apreciados y pesados los peligros posibles que de aquéllas pueden derivarse, se impone, con la inflexibilidad de una fórmula científica, la ruta á seguir en el desarrollo de su vida futura.

El alto pensamiento de sus estadistas debe tender á robustecer, á afirmar, á consagrar aquellas ventajas, para que deriven de ellas todos los bienes que encierra en potencia; pero debe también velar con mayor tino, con más minucioso cuidado, por que las impaciencias de la edad juvenil, que la falta de un punto de apoyo arraigado en el pasado, no entregue las creaciones de su actividad, á las nerviosidades irreflexivas de la inexperiencia, ó de la falta de estudios serios y concienzudos.

Hay en América un ideal común que cumplir, y ese ideal consiste en levantar, dignificar, embellecer y consagrar la libertad que nació en su seno; dar á la democracia la nobleza de las virtudes sentidas y practicadas, con el ardor sincero y entusiasta de un culto verdadero, y una vez condensadas esas creencias en la idealidad de una religión irreprochable, purísima y serena, hacer de ellas un caudal inalterable de resistencias, de respeto perdurable, de abolengo inicial, de leyendas santas que envuelvan nuestra cuna con el cortejo de sus memorias sanas, pero que también nos marque las nuevas rutas, siempre hacia adelante, en la recta ascensión del ideal.

Hay aún otro factor principal en la constitución de las naciones de América, más acentuado en el Norte, pero que existe asimismo en los demás pue-

blos formados en su seno, que envuelve una promesa de estabilidad, que da vida á las unidades populares, y que es también en el porvenir un peligro posible para la masa colectiva.

Me refiero al individualismo.

La vida del colono más allá de la breve frontera urbana, fué la lucha con todas las fuerzas de la Naturaleza; lucha enérgica y ruda, en que cada hombre se multiplica, pues está solo ó casi solo para abatir la selva que le cierra el camino, para abrir el surco en la tierra virgen cargada de malezas, para matar la fiera salvaje que ronda traidoramente su choza, para vencer la asechanza constante del indígena á quien hiere su labor que transforma la pampa salvaje, en que ejerció libremente su soberanía.

El colono aislado debe ser un gigante para vencer: el tronco que arroja en el hogar para calentar su choza en las largas noches de invierno, el grano que cosecha en el desierto roturado, el ganado que puebla la pradera conquistada por su esfuerzo; todo ello encierra en su vinculación compleja, algo así como el poema del esfuerzo propio.

No ha sentido en torno suyo la protección que emana de un poder central, para amparar su propiedad y su vida, para defender su derecho agredido por un invasor, para detener en sus linderos la codicia del ladrón errante y montaraz. Ha labrado los elementos de su bienestar futuro, empuñando simultáneamente el hacha ó el pico y su carabina. Sabe que está solo y que su defensa y su seguridad residen en su habilidad y su valor. No cuenta con nadie más que consigo mismo, y este convencimiento,

que es la síntesis de un esfuerzo condensado en toda una vida intensiva de luchador, lo aísla de la especie, lo separa de los otros hombres y hace de él un ser excepcional, independiente, un representante de una especie nueva cuyos rasgos distintivos son la fuerza indómita, la energía selvática, el carácter violento, y una altivez hirsuta, que nace de la certeza de su poder, de su aislamiento y de la convicción de que nada ni de nadie necesita.

Es esta naturalmente la cuna lógica del egoísmo, resultante necesaria del que se ha formado solo, sólo ha vivido, ha luchado y ha triunfado.

Este rasgo primero es común á los primeros colonos de América, lo mismo alcanzan al *pionner* norteamericano que al ganadero latino de la pampa; en todas partes las luchas con las fieras, con los indígenas, con la Naturaleza; en todas partes ese asolador ambiente de antihumana soledad.

Esa vida inicial vigoriza sin duda admirablemente el músculo, centuplica la fuerza, consagra el valor y sutiliza las facultades para la vida del esfuerzo, de los combates y de los trabajos rudos; pero también envuelve en áspera corteza la individualidad, sacrificando á la energía, al carácter, toda la potencialidad más preciosa de su ser.

Los hombres así formados son, cuando se aproximan entre sí, cuando en su lenta labor aislada van empujando poco á poco y más allá los linderos de su hacienda hasta tropezar con la hacienda de otro luchador, elementos preciosos para constituir los nuevos pueblos sobre los troncos de las selvas devastadas por ellos; pero en el egoísmo propio que es el derivado fatal de sus primeras luchas, de su

aislamiento, de su rudeza, falta la aptitud para la vida colectiva, y para el desarrollo eficaz y consciente de una solidaridad realmente fecunda, y sobran en cambio las condiciones que constituyen las agrupaciones guerreras é invasoras.

El hombre no es sólo fuerza y voluntad; es también inteligencia y sentimiento; con lo primero pueden crearse nacionalidades robustas, pero ásperas y rudas; con las segundas, colectividades intelectuales y artísticas.

El cultivo aislado de una facultad del hombre, el desarrollo exclusivo de una modalidad humana, se hace siempre á expensas ó en detrimento de las otras; que tal suceda por el concurso inevitable de circunstancias dadas, se concibe y se justifica; pero sería inexplicable é incomprensible que conscientemente se realizara esta obra antihumana, destinada á perecer si pudiera mantenerse artificiosamente este equilibrio antinatural, pero que modifica necesariamente el tiempo en su desarrollo.

Estas condiciones de fuerza y de independencia que son una garantía de estabilidad futura en la infancia de los pueblos, se tornan luego en un bagaje pesado, cuando en el período de sus juveniles desarrollos, su vista dilata sus horizontes visibles en busca de un más allá que envuelve una promesa de perfeccionamiento.

Entonces empieza á concebir la necesidad de nuevas actividades, el miraje lejano de la industria ajena atrae su atención, los productos de esa industria constituyen un incentivo á deseos que no conocía, un bienestar más completo que el poseído lo impulsa á apropiarse otros hábitos, sus nuevos ape-

titos, imperiosos como su propia naturaleza, triunfan y vencen; pero sus deseos satisfechos complican su vida, hacen más complejas sus necesidades, sutilizan sus aspiraciones, y afinan su cuerpo y su espíritu, lanzándolo al fin á la conquista amplia de todos los beneficios de la vida civilizada, que diversifica hasta lo infinito el cuadro de sus actividades y de sus deseos.

Es la evolución lógica que emana de un estado próximo á la barbarie, para ascender lentamente de etapa en etapa hasta la cumbre de la más perfecta civilización; pero esa evolución espontánea, puede y debe ser facilitada por una acción dirigente y científica, que elimine los obstáculos y allane el sendero por el cual han de lanzarse las generaciones nuevas.

Fué esa la iniciación de las naciones de América, y es esa la evolución prevista y realizada en una parte; el resto será la obra del tiempo, pero también debe serlo de sus estadistas.

CAPÍTULO QUINTO

Formación cosmopolita de las naciones americanas. Problemas y peligros

Hay una situación especial que es propia exclusivamente de América y que se deriva del cosmopolitismo que la formó.

En mayor ó menor proporción, las naciones de ambos continentes americanos, se han formado con la corriente inmigratoria de los pueblos del Viejo Mundo.

Hijos de todas las nacionalidades, de todas las religiones, de todas las razas, han acudido al Nuevo Mundo, trayendo el concurso de sus actividades y de sus fuerzas, á la constitución de los nuevos pueblos.

La columna inmigratoria ha sido nutrida y constante.

Los hijos de cada región han traído sus familias y con ellas su culto, sus costumbres y sus tradiciones.

En la vida común del pueblo, su existencia se rige por la legislación general; sus transacciones se ajustan á ella, las disposiciones ó las ordenanzas de las autoridades públicas, reglamentan su vida colectiva; pero en el seno de cada hogar, el maho-

metano sigue haciendo sus preces y sus abluciones á Allah, el católico modela su existencia de acuerdo con su ritos milenarios, el protestante se consagra á su Biblia, el judío á Jehová y su Viejo Testamento. Su culto puede ser público y lo es con frecuencia, pues reina para todos libertad completa y tolerancia absoluta; pero esa vida íntima de ese hogar, tiene dentro de sus muros para el inmigrante que llora nostalgias de otra tierra ausente, efluvios de patria, cariños de madre, memorias queridas de otro hogar distante, en medio de los cuales busca remedio para sus tristezas, consuelos para su melancolía.

Aquí también se encierra un problema y acaso un peligro.

Esas masas inmigratorias, sean cuales fueren sus elementos, sea cual fuere su cultura, son siempre multitudes disgregadas, conjuntos dispersos de todas las naciones de la tierra, amparadas por pabellones de todos los colores, con dioses y doctrinas de todos los credos, con las costumbres más diversas y las aspiraciones más antagónicas; pero á quienes falta ese lazo común de los pueblos arraigados, que aunque tengan distintos dioses, costumbres y tradiciones diversas, tienen en cambio una bandera única, en torno de la cual se reunen, bajo cuyos pliegues se cobijan y á cuya sombra se unen para cantar enlazados y sinceros la canción de la patria.

Falta á esas multitudes en la joven América, la cohesión nacional que hace las patrias fuertes, que establece esa solidaridad estrecha é inalterable ante el peligro común que llega del exterior, y ante cuyo anuncio las rencillas internas cesan, las dis-

putas domésticas callan, para unirse, congregarse y marchar contra el enemigo común que amenaza sus fronteras ó sus instituciones.

El mundo de Colón tiene en la casi totalidad de sus territorios, una deidad tutelar maravillosa que cura todos los males, incluso los transitorios que ella misma pueda producir con sus excesos: esa deidad tutelar y grande, como ninguna bella y fecunda, es la libertad; pero esa deidad que todos buscan, que todos anhelan, como un supremo bien, como una fuente de inagotables consuelos, no exige en cambio nada como compensación al bien inmenso que produce.

Bajo su amparo, el infortunado encuentra un consuelo, el perseguido un refugio, el desalentado una esperanza, el desvalido su bienestar; pero conseguido el resultado apetecido, los que llegan se vuelven orientando sus pasos á los viejos lares, cuyo templo los atrae á la distancia, con las leyendas de la primer edad, con los llamados del hogar ausente.

Esa falta de un vínculo permanente, es un peligro que hay que conjurar; la cohesión que falta, hay que crearla, como una necesidad imperiosa de la estabilidad futura y del progreso americano; pero hay que trabajar en ello, no como una vana aspiración transitoria, sino como un postulado del Nuevo Mundo, al cual está vinculado lo más noble y más permanente de su desarrollo futuro.

CAPÍTULO SEXTO

Los prejuicios europeos: la aristocracia, sus privilegios y prerrogativas actuales. América no tiene esas barreras. El imperialismo del Viejo Mundo, sus causas, razones que lo condenan; artificiosidad de su aplicación en América.

Para llegar al concepto que juzgo más exacto respecto del porvenir de América, veremos rápidamente antes, cuáles son los obstáculos que existen en Europa y que ella no encuentra en su desarrollo, y cuáles son los problemas de otro orden, en cambio, que le son característicos.

En primer término, la Europa monárquica y aún la que no lo es, encuentra en frente de las ideas democráticas modernas, el problema de una aristocracia secular, poseedora aún hoy, de grandes privilegios y de grandes extensiones territoriales dedicadas en su mayor parte al esparcimiento egoísta de sus propietarios.

Por uno ú otro concepto y por ambos principalmente, los nobles ejercen todavía una influencia positiva y grande en los distritos en que están ubicadas sus propiedades, influencia independiente de la ley y de todo cargo ó ministerio público.

Cuanto más antiguos y más saneados son sus títu-

los nobiliarios, mayor es el predominio que ejercen en torno suyo, y que se acentúa notablemente cuando á esos títulos se agrega el usufructo de un caudal cuantioso.

No quiero, ni es mi propósito, analizar aquí la vieja cuestión tanto tiempo debatida, sobre la injusticia que envuelve el goce de un privilegio que pudo acaso merecer un antecesor determinado por un servicio á su país, y en ocasiones tal vez por una felonía, que disfrutan indefinidamente sus descendientes; me limito aquí á consignar un hecho visible y notorio, pero hecho que simboliza una desigualdad irritante ante la razón y la ciencia.

Mientras exista en una región determinada de la tierra, un hombre, una familia ó una casta, que gocen permanentemente de un privilegio, de una autoridad que sólo acuerdan las leyes transitoriamente al que ejerce una función pública, mientras él ó ellas la disfrutan en virtud de una herencia más ó menos remota, la idea de la igualdad en esa región, será una aspiración teórica acaso, pero nunca una conquista real y positiva.

La nación inglesa, por ejemplo, que es el pueblo monárquico más admirable por su organización política, por sus instituciones basadas en el respeto más absoluto á la libertad humana, tiene también la nobleza más altiva y ensoberbecida, que usufructúa para el goce exclusivo de sus placeres egoístas, la parte más rica y más valiosa de su territorio, que sustrae á la agricultura y á la industria, que daría el bienestar á millares de ciudadanos y que, sin embargo, se consagra en gran parte al mantenimiento de sotos impenetrables é incultos, donde los

nobles lores entretienen sus ocios en inacabables y homéricas cacerías.

Entretanto, al lado de esas posesiones regias, hay enjambres de miserables que perecen de hambre y de frío.

¿Por qué?

¿Es acaso que los estadistas ingleses ignoran que esas propiedades entregadas á los cultivos intensivos ó á las explotaciones privadas, proporcionarían el bienestar á millares de familias que hoy carecen de lo necesario?

¿Ignorarán sus políticos eminentes las leyes económicas ó los principios científicos de las finanzas, cuando esas propiedades que representan la mayor riqueza británica, pagan un impuesto insignificante con relación á su valor, gravamen casi indirecto que no va directamente á gravar la masa imponible?

No; la ciencia económica tiene allí su noble cuna, y sus hombres de estado saben bien cuál es la solución; pero ante su acción científica, ante la solución deseable, se alza poderoso, casi incontrastable, el prejuicio secular, la tradición invencible de aquellos altivos barones que obligaron otrora al rey Juan á suscribir la Magna Carta de las libertades inglesas.

Y ese prejuicio en el país por excelencia de las tradiciones, tanto más respetadas cuanto más remota es su lejanía, ofrece una barrera inexpugnable casi á toda reforma, necesitando para conseguirla al fin la continuada, metódica y perseverante acción de las ideas, para que puedan desprenderse los bloques de la muralla que darán paso al fin al sentimiento popular, que pide la proporción racional del impuesto entre el que tiene poco y el que lo tiene todo.

Lloyd George representa hoy en el gobierno inglés esa noble tendencia hacia la equidad en el impuesto que persigue el pueblo con esa inquebrantable perseverancia sajona, tan bien representada en el joven ministro; pero su indiscutible victoria final, ahora ó después, representará siempre una lentísima evolución progresiva, fruto de una batalla colosal entre el prejuicio y la reforma que hiere lo existente.

Ahora bien, América no tiene la barrera de ese prejuicio.

No existe en ella una clase privilegiada que usufructúe por la herencia una parte cualquiera del poder público; no hay en ella aristocracia de la sangre, ni detentadores inatacables del territorio nacional.

Cuando un millonario pretende sustraer por el uso de su fortuna, una parte importante del territorio reclamado por la industria ó por el interés general, basta el mandato de la ley para burlar su propósito, sin que por ello se sienta herida una tradición ó violado un privilegio, porque falta el prejuicio que lo constituye.

Y es que en América existe un bien de un valor incalculable, y ese bien es la igualdad civil, que proclaman y garantizan las constituciones de todos sus pueblos.

Y no se alegue en contrario uno ó varios casos de despotismo gubernamental que desnaturaliza ó viola esos principios, pues esos son estados transitorios, propios del período de consolidación de una nacionalidad recién fundada, cuyo ideal político será siempre la efectividad sincera de los principios

constitucionales que libremente se dió, cuya consagración real ó de hecho es el natural fruto de la consolidación alcanzada.

Otro de los prejuicios del viejo mundo estriba en su imperialismo avasallador.

Desarrollarse, expandirse, dilatar cada vez más su radio de acción dominadora y soberana: esa es hoy una aspiración casi mundial y eminentemente sugestiva.

¿Pero puede ser esta una aspiración americana?

El imperialismo que impulsa ciegamente al engrandecimiento nacional á todo trance, sean cuales fueren los obstáculos á vencer, los enemigos á combatir y los principios á hollar, es una planta que no tiene clima propio en América; su adaptación á nuestro ambiente es imposible en forma permanente; podrá triunfar un instante, lucir en forma transitoria obedeciendo á circunstancias accidentales; pero morirá al fin fatalmente, porque las causas que se invoquen serán siempre artificiosas, anémica su subsistencia y precaria su duración.

¿Cuál es la razón de estas afirmaciones?

En primer término, porque la expansión territorial se explica si no se justifica, allí donde el hogar nacional resulta estrecho para contener la numerosa familia á quien la tierra no ofrece ya sustento ni horizonte para el ejercicio activo y eficaz de las nuevas generaciones que surgen á la vida; pero esas causas no existen aún, ni existirán por mucho tiempo en América, donde sus tierras casi vírgenes en inmensas extensiones, piden todavía el concurso del labrador lejano, para desbordar la vena de su fecundidad inagotable, y sus misteriosas

regiones, todavía desiertas, ofrecen en la penumbra de sus riquezas apenas entrevistas, incentivos poderosos á la actividad y á la esperanza humana. En segundo lugar, el imperialismo de los pueblos implica el exagerado convencimiento de su fuerza, asociado al escepticismo que provoca la falta de un credo moral, de esa leyenda de principios y tradiciones sanas, que constituyen algo así como la suprema religión de las naciones, que en unas, suele ser arte, en otras hidalguía, en otras el altísimo respeto de la justicia, principios, culto ó leyendas sanas que la adoración exagerada de la fuerza apaga ó hace palidecer primero para extinguir después totalmente.

El imperialismo es necesariamente el fruto enfermo de la vanagloria nacional, nace del convencimiento de la propia fuerza llevada al grado más alto y de la absoluta eficacia de su acción, si no es la resultante obligada de una necesidad brutal é ineludible que se impone con la fiereza de lo incontrastable, y que tiene el impulso ciego y la irresponsabilidad del torrente contra lo que no existe sanción humana. Puede ser: ó el fruto enfermizo de una altivez malsana y colectiva deslumbrada, ofuscada por los mirajes de una falsa gloria, ó el arranque irreflexivo del más fuerte, que ante las sugestiones del poder, de sus elementos acumulados, ahoga en las nubes tormentosas que levanta su avance, la alta noción de la justicia que cubre su rostro, perseguido y errante, derruido su templo, rotos sus altares, sus nobles sacerdotes fugitivos.

Pero este mal no existe en la América latina, donde todo conspira contra el imperialismo de los pue-

blos seculares, ávidos de nuevos territorios, saturados de industrialismo, sujetos á prejuicios inmemoriales en que la expansión es una necesidad fatal; se trata de la tierra americana que pide aún muchas décadas para poblar su territorio, cuya industria está todavía en la infancia, y cuya mente libre de toda ineludible ligazón intelectual, es una página en blanco, donde escriben las nuevas generaciones los principios científicos heredados de otros continentes que al adaptarse á otro ambiente nuevo y sano, reciben una envoltura propia que acaso los transforma ó los amplíe.

Las explosiones de la fuerza, los triunfos de la violencia no pueden ser el exponente de este siglo que iluminan los descubrimientos más maravillosos de la ciencia universal.

La gloria del pasado que arrastraba sus vestiduras ensangrentadas por los campos de batalla, no puede hoy constituir el ideal de los estadistas modernos; los sueños de Carlomagno y Napoleón hicieron ya su ciclo; impulsadas por las corrientes democráticas que anuncian una nueva aurora para el mundo, se escucha hasta en el lejano Oriente, hasta en las márgenes misteriosas del Río Amarillo, el grito inmenso, la aspiración suprema de todos los oprimidos que piden paz, que piden el derecho á vivir, que ansían alcanzar los bienes de la libertad y de la civilización, y cuyo movimiento colectivo encauza la existencia entera hacia un humanitarismo fecundo, hacia una solidaridad generosa, siempre buscando un ideal altísimo que reposa en el más abnegado concepto de la justicia, en el reinado más perfecto del derecho.

América debe ser la sede nobilísima de ese apostolado de amor y de justicia; su gloria guerrera, la que dura, la que vivifica, fué la obra del pasado, la que conquistó con su esfuerzo para consagrar la independencia de sus dioses lares; pero vencido el conquistador primitivo, realizada la consolidación de sus propias fuerzas por la lucha que fortalece su músculo, vigoriza su personalidad y disciplina su acción, su porvenir la llama á otros combates más grandes y más fecundos que simbolizan una misión de trascendentalísimas consecuencias; ella tiene que abrir el surco que fertilice todas sus vírgenes praderas poblando sus territorios para que resuenen en ellos los himnos ennoblecedores de los talleres; ella tiene que abrir sus puertas á la circulación de la riqueza universal; ella tiene que franquear sus ríos á todas las banderas y á todas las actividades impulsadas por un propósito honesto y legítimo; ella tiene que abrir sus brazos á todos los perseguidos injustamente; ella tiene que alzar templos inviolables á la libertad que fecundiza, á la cultura que ennoblece, á la verdad que fulgura; ella tiene que hacer de sus instituciones, el reflejo, el emblema más puro é impecable de la justicia.

Y en ese ambiente de confraternidad suprema, de solidaridad vigorosa é impersonal, en que los hombres desaparecen ante la grandeza de las altas aspiraciones colectivas, la ciencia tendrá sus más bellos altares, la libertad sus más hermosas creaciones, el trabajo sus luchas más dignificantes, el arte sus más nobles y sinceras concepciones para alzar, vigorizar y engrandecer los más bellos postulados de la democracia moderna.

Sólo para alcanzar este propósito colectivo y grande, es que las naciones de América deben luchar sin descanso, deben fortalecerse, deben unirse, porque su misión es común, y su acción, que aisladamente sería precaria é incierta, será triunfadora siendo conjunta, apoyada en una noble é indestructible solidaridad.

La obtención de este ideal reclama indiscutiblemente, entre otros factores, en la política americana, un criterio absolutamente elevado que permita apreciar desde la altura los acontecimientos y los hombres con mirada invariablemente serena, que sepa subordinar siempre los intereses más enérgicos á los principios universales de justicia; que la política de las naciones de este continente sea siempre y en todas las ocasiones impecable y noblemente sincera.

Un minuto que se olvide este criterio, una veleidad que arrastre á nuestros estadistas hacia las sugestiones de un imperialismo europeo, pero de la Europa absoluta del pasado, puede ser la señal del incendio que comprometa por una centuria los grandes destinos de América.

CAPÍTULO SÉPTIMO

La cuestión obrera. Diferencias fundamentales del problema según se estudie en Europa ó en América

Para el propósito de esta obra, tengo necesidad de continuar el análisis de los problemas que obstaculizan las reformas en el Viejo Mundo y que no existen en América. Toca su turno á la cuestión obrera.

El problema obrero constituye en Europa una cuestión que tuvo y tiene en ciertas regiones tonalidades realmente pavorosas, y cuya solución, ante los términos planteados, no puede ser otra que la catástrofe, salvo naturalmente que el eterno buen juicio colectivo de la humanidad, encuentre al fin la fórmula armónica transaccional.

El prodigioso desarrollo de las necesidades humanas, la multiplicación indefinida de la producción que se deriva del perfeccionamiento manufacturero generado por la aplicación práctica de principios científicos, la competencia creciente que se hacen entre sí las naciones civilizadas cuyas actividades son absorbidas en su casi totalidad por la industria y el comercio, la necesidad perentoria que

impone la vertiginosa emulación mutua de producir más cada día, con menos costo, ha creado necesidades y exigencias, conflictos de derechos é intereses, cuya fórmula armónica es difícil encontrar, dentro del criterio actual predominante.

De un lado, el capital amonedado, elemento indispensable para el desarrollo de la industria y del comercio; del otro, el obrero, sin el cual, nada significa ni nada puede producir aquél.

La producción es la unión armoniosa de estos dos factores; pero esta verdad indiscutible y de la cual resulta indispensable asegurar esa unión para alcanzar un resultado feliz, constituye, sin embargo, un hecho absolutamente desconocido en el pasado, como un resultado espontáneo de un convenio libre y conscientemente celebrado entre los dos términos que dan origen á la producción.

En el pasado, bien reciente, sin duda, el capitalista era un déspota absoluto: fijaba arbitrariamente los salarios y el horario de sus obreros, y obedeciendo á un afán insaciable de lucro acentuado á medida que se aumentaban sus utilidades, exigía á sus aliados en la producción, un máximum de labor, dando en cambio un mínimum de compensación remuneratoria.

Encarados con un criterio brutalmente egoísta, la marcha de ambos intereses era divergente, de modo que cuando el capitalista se hacía millonario, sus obreros se hundían en la más espantosa miseria.

La lucha, entretanto se hacía más y más formidable dentro de cada taller; pero la lucha sorda, desesperada, sin horizontes para el obrero, víctima

fatalmente del infortunio, y el capitalista soberano por su dinero y por su alianza ofensiva y defensiva con los otros capitalistas.

Y el obrero estaba aislado; el trabajo en los talleres era común, pero cada uno de ellos, constituía unidades aisladas, sin cohesión entre sí, formando en su conjunto muchedumbres sin más vínculos que la miseria, verdaderos rebaños perpetuamente impulsados por el dolor, que mordía su carne y su alma, en los combates apocalípticos con la adversidad.

El obrero no tenía, no podía tener familia; no conocía el hogar en el noble y humano concepto de la expresión.

El hombre, la mujer, el niño, todos trabajaban por igual, siempre, á todas horas, todos los días, y después de ese esfuerzo continuado, desesperante, para comer, para vegetar, jamás llegaba á saciar su apetito, jamás un respiro, jamás un esparcimiento.

¡Si en esa vida sin horizontes, caía, se enfermaba! Peor para él, lo esperaba la agonía del hambre, á veces la muerte, y entonces era feliz, porque la muerte era el descanso.

Y la enfermedad lo asechaba siempre.

El hombre por robusto que sea, por privilegiado que sea su organismo, necesita un reposo metódico y racional para conservar su salud; la mujer necesita cuando menos que se respeten las leyes fisiológicas que rigen su existencia y reclama el amor de la familia, el calor del hogar para el ejercicio de su más bella y noble soberanía; el niño, ¡ah! el niño necesita luz, necesita juegos, alegría para completar su ser; el germen de hombre que en él se

encierra, se marchita, se entristece y muere, si se le encierra, si se le priva del ambiente que pide su desarrollo, como las flores, como los pájaros que son sus hermanos en la Naturaleza.

Esta vida envenenada de los talleres, era una perpetua noche sin luz, la eterna noche del infortunio; pero una vez, surgió un rayo de esperanza; aquel dolor eterno y melancólico provocó al fin el humanitarismo de los filósofos y los economistas, y ese rayo de esperanza, iluminó la senda de la salud, por donde se llegará al fin á alcanzar el noble ideal deseado.

Y fué la unión que vinculó á los obreros entre sí y que al unirlos, les dió la fuerza que sus muchedumbres, sin sospecharlo, encerraban latente, y fueron cerebros elevados que unificando esas multitudes, fijaron rumbos definidos á su acción, y fueron las sociedades gremiales, y las confederaciones obreras, y las cooperativas de consumo, de crédito, de socorros mutuos, la solidaridad íntima, la fraternidad verdadera, que congregaba á todos en la obra de reparación santa, de reivindicaciones legítimas, de aspiraciones sanas y generosas.

La lucha ha sido cruenta porque pesaba sobre las masas obreras un prejuicio secular que las abrumaba; pero la reacción está hecha y marcha; la justicia tutela su desarrollo y vencerá, y aunque ese triunfo haya costado ríos de sangre, es sabido que las grandes ideas, para triunfar, por una condición realmente humana, han reclamado siempre en el pasado, las energías perseverantes de los apóstoles y el sacrificio y la sangre de los mártires.

Pero esos magnos problemas del Viejo Mundo, ¿tienen ambiente propicio en América?

El obrero de nuestras ciudades tiene á su elección el trabajo que más conviene á sus actividades; si un taller se cierra de nuestras industrias nacientes, diez abren sus puertas al desocupado; los salarios son remuneradores y permiten el ahorro aï que tiene método y juicio; los horarios en general son racionales, y cuando no lo eran tanto, bastó una rápida gestión para conseguirlo, pues el pueblo, la prensa y los poderes públicos ampararon eficazmente sus pretensiones hasta donde llegaba su legitimidad.

En estas condiciones, el obrero puede ser y lo es con frecuencia, modesto pero feliz propietario; el fraccionamiento de la tierra, aún de valor reducido, la facilidad de los préstamos de construcción á largo plazo, les permite fácilmente construir sus viviendas, templo de su hogar, y esa adquisición simboliza un bienestar sereno dentro del cual el cielo es más azul, los horizontes más risueños.

La mujer obrera está en idénticas condiciones, tiene horarios humanos y salarios suficientemente remuneradores para que la fábrica las atraiga con más energía que otras ocupaciones, y si es madre, encuentra sociedades tutelares que velan por ella y por sus hijos, que la atienden, que la amparan. Los niños son escasos en las fábricas, pero los que á ellas concurren, no están sometidos al régimen torturador que en otras partes detiene su desarrollo, menoscaba su salud y atrofia fatalmente sus actividades futuras.

Las causas son complejas: los patrones carecen en gran parte de ese criterio logrero que se trasmite por herencia y que constituye en los viejos paí-

ses como una forma de aristocracia industrial, acaso más ensoberbecida é intratable que la de sangre, porque á diferencia de aquélla, su posesión y subsistencia reposa ante todo en su esfuerzo propio; además ese ambiente de explotación inicial, necesita tradiciones, prejuicios heredados que amparen ó permitan esas demasías; en América los industriales son nuevos, recién inician sus ensayos y sus tentativas, y cada patrón es siempre algo obrero y cada obrero algo patrón; pero más que todo esto, lo que ante todo y realmente impide é impedirá siempre las explotaciones del capital, es el ambiente refractario á esos logrerismos, es el sano ambiente democrático que tiene una condenación eficaz para las explotaciones inicuas, y un espíritu ecuánime nacional para trasfundir en leyes protectoras y humanas, el espíritu de justicia é igualdad que tutela estas sociedades.

La situación del obrero rural es más favorable acaso todavía, pues la tierra ávida de brazos que la roturen y la cultiven, devuelve centuplicado al agricultor inteligente ó preparado, la labor que vinculó á ella, generando rápidamente un envidiable bienestar.

En estas condiciones destinadas á ser más favorables cada día, pues un espíritu previsor y humanitario orienta las asambleas legislativas en el sentido de sancionar leyes que prevengan los abusos posibles y reglamenten contra las solicitaciones de un interés exagerado el trabajo del obrero, de la mujer y del niño, resultan de una artificiosidad evidente y precaria, esas fugitivas manifestaciones anárquicas que un alto y sereno espíritu explica, y

aún acaso atenúa, cuando nace en esos focos de infortunio clásico, de servidumbre deprimente é irremediable, de labor incesante é inútil, que á esos obreros impulsados por un hambre famélica, los lanza como chacales feroces, contra sus verdugos, ó contra todos los que en su inconsciencia concebible y desesperada, sospechen que tengan una vinculación con aquéllos.

Si queremos ser sinceros, debemos reconocer que un estado semejante de cosas, es la demostración evidente que en la actualidad, la América no tiene aún una cuestión obrera, y que, si como es de esperarlo, sus estadistas en el campo libre de obstáculos trazan las líneas humanas de un cuerpo de leyes racionales, que se ajusten á los ideales de una legislación perfecta, no se presentará esa cuestión, al menos en la forma complicada del Viejo Mundo, que tantas inquietudes provoca en los estados que lo forman.

Es siempre más difícil reconstruir utilizando los viejos materiales gastados, cuyos despojos ruinosos hay que conservar por múltiples razones, que levantar un edificio nuevo, con elementos nuevos también, sobre un campo libre, con un plan ampliamente estudiado, en el cual pueden eliminarse ó incorporarse todos aquellos defectos ó perfecciones demostrados en la experimentación ajena, que nuestra situación de espectadores lejanos y desinteresados, nos permite estúdiar y analizar con criterio sereno y desapasionado.

Y esta libertad de acción es tanto más importante, cuanto que constituída la alianza de todas las clases productoras—patrones y obreros—en una

vinculación sana de mutuas compensaciones, de intereses recíprocos, honradamente reconocidos y respetados, la acción conjunta resulta más fecunda, pues hay entre todos los elementos que la constituyen, una solidaridad generosa que no entenebrece ningún egoísmo activo, ningún utilitarismo malsano y exclusivo, de esos que engendran las desconfianzas y esterilizan una acción beneficiosa, que es armoniosamente única y al mismo tiempo múltiple.

CAPÍTULO OCTAVO

Los armamentos. Causas de su nacimiento. Son el complemento necesario del poder absoluto. Su ineficacia contra las grandes ideas que avasallan. La emulación y la desconfianza internacional multiplican indefinidamente las fuerzas de cada Estado. Peligros que se derivan de los armamentos para las actividades nacionales.

Tenemos que examinar aún más de un obstáculo formidable, unos de índole material, otros de orden moral.

Ocupémonos por ahora de los armamentos.

La idea del poder dominador cimentado en la fuerza, tenía que nacer y nació en la cuna de las monarquías absolutas.

Los gobiernos pueden subsistir apoyados ó bien en la opinión ó bien en la fuerza.

Los primeros, se mantienen por el recurso directo ó indirecto de todos ó del mayor número; son los gobiernos sólidamente asentados, á los cuales corresponde, sin temores ni inquietudes, la gestión serena de los negocios públicos.

Es el gobierno racional, el más natural y más científico, sobre todo para aquellos que aspiran al ideal democrático.

Los segundos se apoyan en el poder concretado en el menor número; el ideal sería en una sola ma-

no, pero su existencia ideal dentro de su credo, en la actualidad del mundo, es absolutamente imposible.

El primero es un gobierno de ideas; el segundo es de fuerza. Para realizar aquél, se necesita contemplar el bienestar del mayor número, comprendiendo en esta expresión, algo más amplio y más complejo que el bienestar material, pues él debe considerarse atendiendo á las diversas actividades que constituyen el ser humano que es el regido; para realizar este, es decir el segundo, basta poseer una fuerza disciplinada y sumisa que obedezca á una voz, y se mueva como un solo hombre, cuando se le diga: marcha, combate y vence!

Los ejércitos y las escuadras poderosas fueron el complemento necesario de las monarquías, primero, para asegurar su estabilidad interna, la garantía de su mantenimiento contra las ideas posibles de oposición, amenazas latentes contra su subsistencia; después, cuando ese objeto estaba conseguido, para mantener el prestigio externo y victorioso de esa monarquía, cuyos triunfos daban al sistema la consagración de la victoria; más tarde, esos ejércitos y esas escuadras, fueron la condición indispensable para asegurar la expansión colonial de esas monarquías, estrechadas dentro de sus propias fronteras.

La Revolución francesa demostró un día, sin embargo, á la Europa monárquica, que un patriotismo ardiente caldeado por el amor de grandes ideas, podía crear en un minuto esos ejércitos, y que multitudes bisoñas enamoradas de un ideal, podían barrer con su audacia y su arrojo, aquellos cuadros

clásicos de veteranos, educados en una escuela científica, que desde entonces dejaba de ser invulnerable.

Napoleón después demostró á su vez con la elocuencia de los hechos, que su ciencia creadora, forjada en aquella época maravillosa, era superior á la de aquellos tradicionales estratégicos que habían constituído toda la gloria del invencible y sacro imperio de la leyenda.

Aquellos hechos provocaron la reforma de una ciencia caduca y vencida, y cada Estado preparó con criterio nuevo, sus núcleos de resistencia y de acción para el porvenir.

Pero la organización perfecta de un ejército dentro de las fronteras de cada Estado, produjo naturalmente las desconfianzas del Estado vecino, que hubo de armarse á su vez para prevenir una agresión posible siempre, y así de Estado en Estado, la alarma fué cundiendo rápidamente, y la Europa primero se convirtió en una inmensa plaza fuerte, en que los ecos de los tambores y los clarines se confundían con las trepidaciones de las máquinas del taller; y el contagio fué tan fuerte, que traspasó los mares llevando á los países del Oriente lejano, el virus aún no clasificado de aquella epidemia moderna.

Y el problema está ahí.

La emulación entre las naciones, en lo que se relaciona con los armamentos, es tan enérgica y activa, que absorbe sus más preciosas actividades.

Si la nación A construye un barco de 15,000 toneladas, B, que es su rival en poder, no puede menos que construir inmediatamente otro acorazado

de 16,000 toneladas, que mantenga el equilibrio ó incline la superioridad de su lado; C, que guarda una proporción de 1 á 4 con las primeras, necesita también construir uno de 4,000, y D, que no puede quedarse rezagada, se contenta con uno de 3,000.

Lo que sucede con las escuadras, ocurre también con los ejércitos.

Si una nación crea un nuevo cuerpo de ejército de 100,000 hombres, la nación vecina la imita ó la supera; la de más allá sigue el ejemplo en proporciones más modestas pero también amplía sus fuerzas, y, como si el ejemplo se propagara en el ambiente, todos los países civilizados de la tierra se preocupan concienzudamente en acumular elementos de defensa y agresión, más numerosos y eficaces cada día, de modo que cuando llegue la hora de la acción, tengan en sus manos el mayor número de elementos que aseguren hasta donde es posible un éxito real y feliz.

Y la ruta es interminable dentro del actual criterio predominante.

Entretanto, la industria que se desarrolla paralelamente, reclama el auxilio del capital con más energía cada día; la agricultura en presencia de las tierras agotadas, reclama cuidados, abonos, riegos constantes, que exigen también el auxilio de los capitales; las clases obreras atenaceadas por las exigencias de una vida más cara sin que acrezcan proporcionalmente sus entradas ó su remuneración, piden reducción en los impuestos indirectos que pagan; el saneamiento de las poblaciones se hace más exigible y oneroso á medida que los habitantes aumentan y reclama mayor contribución de las en-

tradas públicas; pero ninguna de estas exigencias legítimas puede ser atendida debidamente y sí sólo á medias, porque el Estado lo necesita todo para defenderse de presuntas agresiones externas ó de sacudimientos internos que comprometan su estabilidad, tiene que robustecer su marina y aumentar su ejército, y todo ¡admirable ingenuidad de la política internacional! para asegurar la paz en el mundo, para concluir con los horrores de la guerra!

La marcha siempre progresiva de los presupuestos de guerra, hace pensar involuntariamente en que llegará un momento en que el exceso de gastos improductivos, ocasionará la bancarrota de los pueblos civilizados, llegando así á realizar la utopía de la paz universal, por la imposibilidad material de hacer la guerra, salvo que el socialismo científico y activo, impulsado por una alta y noble aspiración humanitaria, encuentren la fórmula que detenga ese insensato duelo de los armamentos modernos de duración indefinida y de consecuencias fatales. (1)

Esa enfermedad guerrera, entretanto, es la rémora positiva de los grandes progresos morales, pues ya á título de que las rentas generales no pueden seguir otro cauce en lo fundamental que el de la defensa pública, cuyo agente es el ejército y sus armamentos; ya á título de que ese ejército simboliza la patria misma y en tal concepto debe robustecerse

---

(1) En el último Congreso socialista se ha planteado la cuestión de suprimir la guerra por el paro general en las naciones beligerantes.

en todas formas, pensando en él, y solamente en él, todos los estadistas, el caso es que se detiene ó paraliza la evolución, dilatando por un período absolutamente incierto, progresos positivos de todo orden que la humanidad reclama como fórmulas de su destino, que están por encima de las rivalidades de las naciones ó de sus gobiernos, por encima de su predominio internacional, más alto que las exigencias de una gloria efímera y precaria de un gobierno, de un pueblo ó de un grupo accidental de naciones, menos dignas de consideración y de interés en su desenvolvimiento de tales, que la humanidad colectiva, en las etapas superiores de su evolución hacia los más elevados progresos.

Y no se alegue en descargo de ese mal positivo, que el problema de los armamentos, no obstante su faz trágica ó aterradora, tiene su reverso favorable, que consiste en que esas armas reclaman en su fabricación un crecido número de obreros, tanto más numerosos cuanto mayor es el número que hay que fabricar; que los acorazados de costo elevado, formidables por su poder destructor, dejan una tercera parte de su precio convertido en jornales; en una palabra, se analizan los armamentos bajo la faz de los beneficios económicos y sociales que de ellos se derivan.

Es un argumento de ocasión esencialmente optimista, de esos que se ofrecen al que quiere consolarse de un gran dolor irreparable que lo asedia.

Debe recordarse á ese respecto, que la fabricación de barcos de guerra, es el privilegio de hecho de pocas naciones, que no sólo hacen los barcos para el país donde están radicados sus astilleros, sino que

los fabrican igualmente para el exterior, atendiendo los pedidos de los gobiernos extranjeros.

En este último caso, efectivamente, los obreros del país en que el barco se construye, encuentran en ese trabajo una justa remuneración, y como dicho barco es un producto de la industria nacional que manufactura frecuentemente materias primas del país, resulta que esa fabricación favorece en sí misma á los obreros que á esa labor se dedican, al país que recoge las ventajas de que sus clases trabajadoras tengan una ocupación favorable que contribuya á su bienestar por una parte, y por otra, que el valor de ese barco vendido al extranjero, entre á engrosar los capitales nacionales, acrecentando la riqueza pública.

Todo esto es exacto en el país de la fabricación; pero ¿sucede lo mismo en aquel que adquiere el barco?

Los obreros del país adquirente, no han contribuído á la fabricación más que en una forma negativa, es decir, abonando con su cuota de impuestos una parte del valor del barco, que disfrutaran sus compañeros fabricantes, y como la solidaridad no ha alcanzado aún las proporciones que los vincule á todos íntimamente como una gran familia, dudo que los salarios de aquéllos puedan favorecer muy eficazmente á éstos; por otra parte, el país adquirente, tampoco recoge los beneficios de los obreros extranjeros alcanzados á expensas de los propios, y el valor de ese buque, en lugar de ser un capital extraño que se incorpora al propio para aumentar su riqueza, es por el contrario un capital propio que lleva sintetizado en su conjunto, el tra-

bajo acumulado y ahorrado por sus elementos laboriosos.

Fuera de este mal, hay aún otros mayores, pues ese inmenso núcleo de ciudadanos sustraídos en mayor ó menor grado á las actividades nacionales, son unidades activas que se paralizan para la agricultura intensiva que requiere mayor número de brazos, para la industria que centuplica rápidamente su acción y reclama nuevos elementos auxiliares, para el comercio, que es la vida de las naciones, y que reclama agentes jóvenes con el vigor de la edad viril y las actividades febricientes exigidas por una emulación colosal.

Quiero consignar de paso aquí y sin perjuicio de insistir más tarde sobre el mismo asunto, que al presentar como uno de los prejuicios del Viejo Mundo, esa manía de los armamentos indefinidamente acrecentados, no es porque condene el deseo legítimo de las naciones que anhelan estar siempre prontas y dispuestas á defender eficazmente sus fronteras y hacer respetar la dignidad nacional; por el contrario, siento ardiente y hondamente el sentimiento de la patria, y considero su defensa hasta el sacrificio, no sólo como un deber elemental, sino como una natural consecuencia de ese profundo y santo amor que ella inspira; pero la defensa hasta conseguir ese propósito, es sana y es legítima; más allá de esa necesidad está la exageración, está la vanagloria, los propósitos invasores inconfesables, la baladronada internacional que hiere la industria, paraliza el comercio y empobrece al obrero, que es el agente genuino de sus progresos y de su prosperidad.

Esa exageración brutal, esa hipócrita derivación de un sentimiento grande y respetable, es lo que condeno como un delito y miro como un obstáculo poderoso al desarrollo material, moral y político de los pueblos.

CAPÍTULO NOVENO

Las tradiciones aristocráticas y religiosas. Sus prestigios del pasado. Los descendientes del antiguo señor. El arraigo de las ideas religiosas y sus profundas derivaciones sociales.

Existe en el Viejo Mundo, una barrera aún más poderosa que se opone enérgicamente al espíritu de reforma: me refiero á las tradiciones aristocráticas y religiosas.

Ambas marchan generalmente unidas, por vínculos realmente fuertes y poderosos, que reposan más que en el afecto mutuo que las liga, en los intereses comunes que les sirven de indestructible lazo de unión.

No obstante esto, debo estudiarlas con cierta independencia.

Respecto de las primeras, ó sean las tradiciones aristocráticas, ellas gravitan sobre las viejas sociedades, con todo el peso de seculares privilegios, lo que se explica, si consideramos esa cuestión con un criterio sinceramente humano.

Las clases aristocráticas de antiguo abolengo, encuentran en torno todavía un ambiente favorable, con independencia de su conducta personal presente.

Su castillo, el antiguo solar hereditario, todavía está allí, y aunque él no haya sido reparado recientemente, acaso mejor en este último caso, representa unas veces un girón de gloria nacional, otras un premio consagrado á antiguos sacrificios ó virtudes, otras una fortuna legendaria, fiestas, bullicio, esplendores de otra época, siempre un honor tangible, más ó menos convencional, pero que armoniza admirablemente con la especie humana, en cuanto ésta tiene de vanidad, de orgullo ú otras manifestaciones de sus apetitos insaciables de autoridad y de mando.

Los núcleos de población que rodean esas mansiones, aunque no queden sino rastros en sus descendientes lejanos de los antiguos súbditos del noble señor, sienten volar sobre ellos una leyenda que flota en el ambiente, que se trasmite engrandecida por la tradición oral, tanto más desfigurada, cuanto la ennoblece un interés propio reflejo, pues de la magnificencia del magnate, de su valor, de su grandeza y su prestigio, siempre algo llega á sus servidores, cuyos sucesores se adornan con las migajas del dorado de sus blasones, que siempre alcanzan á dorar también un poco sus modestas cabañas.

La hábil y poderosa organización del feudalismo, fué un ingenioso generador de esclavitudes, pues no sólo crearon é impusieron una dominación absoluta sobre sus siervos, sino que tuvieron la habilidad de poetizar y hacer amar su propia servidumbre.

Estos elementos de subordinación, aún flotan en el aire y contaminan el ambiente haciéndolo refractario á los principios democráticos que abren para

todos sin excepción, el palenque de todas las luchas que ennoblecen y dignifican.

Nada hay más difícil que arrancar una tradición profundamente arraigada, sobre todo cuando esta tradición invade las fronteras de lo religioso y de lo místico, alcanzando las proporciones de un culto verdadero.

El noble europeo conserva aún grandes prestigios, más sólidos y poderosos conforme se avanza hacia el Norte, pero que también se conservan en el mediodía aunque con rasgos menos acentuados.

El hijo del antiguo señor, si conserva su fortuna, porque ella le permite ejercer su influencia en torno suyo derramando generosamente sus favores; si la ha perdido ya, porque hay una melancolía afectuosa en comparar la posición brillante de sus antecesores, con la modesta situación de sus descendientes.

En uno ú otro caso ¿cómo negarle su concurso al nieto del antiguo señor? ¿Cómo resistirse á prestarle el contingente de sus sufragios ó el concurso de sus personas, en las elecciones ó en las protestas colectivas que pretenda formular?

La influencia local, se diluye sin duda, cada día, en la indiferencia de las generaciones nuevas, menos propensas á subordinarse á las tradiciones que escucha, y también se aleja ante el nombre exótico del novel millonario que adquiere la mansión solariega del noble arruinado que vende su castillo, ó ante la fábrica que se instala en el antiguo palacio é irreverentemente aprovecha las aguas de los antiguos fosos en preparar caídas artificiales generadoras de fuerza motriz; pero la evolución necesa-

ria y fatal, se produce lenta, lentísimamente, retardando las soluciones nuevas, y la natural descomposición regeneradora de un régimen caducado y muerto, ante la historia presente y las ideas modernas predominantes.

Y es que ese noble aristócrata del pasado, está tutelado aún por un ambiente heredado de cultura casi inconsciente, pues ella forma parte de su organismo, por una distinción impecable en sus maneras alcanzada en una posesión inmemorial del bienestar amplio y de una ociosidad oportuna para el estudio de los hábitos sociales más perfeccionados, por una gentileza y una elegancia de su cuerpo, cuyas líneas han alcanzado por herencias sucesivas, un afinamiento que se impone con los prestigios de muchas generaciones de antecesores, que han ido contribuyendo á consagrar la distinción suprema de su heredero lejano.

Y, sin embargo, este personaje, más ó menos lentamente, está destinado á desaparecer, ya porque poseyendo un espíritu superior, se mezcle á las legiones que pasan y adopte sus ideas y sus aspiraciones ante el peligro de cristalizarse en una época pasada, ya porque faltándole los recursos para continuar su vida de ocio y elegancia tradicional, y siendo refractario á toda industria ó trabajo que le devuelva su fortuna perdida, opte por vender su título con su persona, como vendió su castillo á un industrial enriquecido, á una dama millonaria que quiera darse el placer de colocar un membrete nobiliario y dorado en las esquelas que deben deslumbrar á sus antiguas y envidiosas amigas.

Este aristócrata, repito, desaparecerá de nuestro mundo actual en su forma prístina, pero entretanto, su existencia es un obstáculo vivo á ideas é instituciones que implican su anulación real.

Las tradiciones religiosas inmemoriales, constituyen otro de los más serios obstáculos al espíritu de reforma en los viejos países, circunstancia perfectamente explicable, si se atiende á las hondas raíces que lo vinculan al pasado.

Las religiones positivas en general, sufren una evolución lógica en su desarrollo humano. Cuando se inician y sus dogmas constituyen un misterio excepto para los iniciados de alto coturno, necesitan presentarse en una forma sencilla, modesta, que permita su infiltración en el pueblo, pero en el pueblo humilde formado por el mayor número, y que será el núcleo poderoso de su desarrollo futuro.

Entonces no se elige con excesivo empeño; hay que constituir el número de adeptos primeros que atraigan los demás; es necesaria la masa de resistencia, que es para el público la demostración tangible de la bondad de la nueva doctrina que se predica; la selección á lo sumo se realiza en las altas esferas, entre los iniciados dirigentes, y sólo para incorporarse los elementos intelectuales que merecen ese honor por sus condiciones, y esto no se hace como un premio sugerido por un ideal de justicia, sino en provecho común de la nueva doctrina.

Todas las religiones que quieran ser poderosas, tienen que aspirar en sus principios á ser populares,

á penetrar entre el mayor número, á constituir una fuerza verdadera; después, cuando su radio de acción se extiende y el número de sus afiliados se ensancha, empieza su segunda etapa, que consiste en su aproximación á los poderes profanos constituídos, cuya alianza reclama imperativamente el ejercicio del poder temporal, que hace efectivo y humaniza, su primitivo y exclusivo poder espiritual.

Sean cuales fueren los dogmas y los ritos de las religiones reveladas, sus agentes son siempre necesariamente humanos en el sentido de la especie, y en tal concepto, es naturalmente lógico, que al través de las vestiduras sacerdotales, se filtren las pasiones del hombre que las viste.

Fundado en esto, esos agentes son atraídos por el poder, como las mariposas por la luz, no acaso porque de ese poder se derive un bien personal, el atractivo de un sensualismo sugestivo, que algo puede influir, sin embargo, sino porque ese poder es la condición indispensable de su éxito final, que estriba naturalmente en la imposición de sus ritos, que envuelve implícitamente la aceptación del dogma, es decir, su triunfo.

A medida que avanza en la propagación de sus doctrinas y en el ensanche de su poder, más acentúa el espíritu de intransigencia, cuyo germen viene siempre en el fondo de todo credo religioso; se identifica y se confunde con el poder profano ó laico, y si éste no se resiste enérgicamente á su influencia, lo absorbe primero para suplantarlo después.

Esta ha sido y es la marcha invariable de todas las religiones positivas; democrática y tolerante en

sus principios, conservadora en su desarrollo ulterior mientras dura su período de identificación con el poder laico, intransigente y absoluta en la última etapa de su ascensión, más allá de la cual empieza el descenso desquiciante y definitivo, si una hábil reacción no la empuja á tiempo por la senda de las reformas impuestas por la necesidad y las circunstancias.

En principio y en acción, pues, toda religión positiva consagrada en el poder, es necesariamente una fuerza eminentemente conservadora, contraria por instinto y por espíritu de defensa natural, á toda idea revolucionaria que venga del pueblo, porque toda revolución implica siempre el choque de ideas, y de todo choque puede surgir fácilmente la rotura de lo que es frágil y quebradizo, y surge invariablemente la luz.

Es por esto que las religiones, han sido después de sus verdaderas creadoras, las aliadas más seguras del trono, y mientras el trono ha mantenido incontestablemente para ellas su protección decidida, la religión ha estado siempre en frente de toda idea que discutiera ó menoscabara el prestigio del antiguo régimen.

La tradición religiosa, pues, ha vivido siempre unida á la tradición aristocrática, prestándose mutuamente sus prestigios y sus fuerzas que convergen á un ideal común, la dominación; una sobre los seres reales, súbditos ó ciudadanos en su vida colectiva; otra, sobre la conciencia y más allá de la vida.

Ese maridaje de dos poderes cuyo objeto paciente es el hombre en su ser amplio y complejo, ha te-

nido la consagración de los siglos, el prestigio de sus magnificencias, la autoridad que da ante el pueblo, el brillo hábil y majestuoso de una ritualidad externa que conmueve las masas, con los deslumbramientos del lujo y los encantos del misterio.

Es así que los grandes imperios, las grandes soberanías, aún en medio de la decrepitud y la decadencia iniciada, logran aún conmover é impresionar, utilizando para la defensa con éxito, los andamiajes del antiguo poder, el monumento ruinoso, pero aún respetable bajo la pátina de los siglos, que presta una suprema dignidad á su senectud.

CAPÍTULO DÉCIMO

Si el prejuicio es un mal, en cambio la tradición conservadora constituye un apoyo inapreciable que es ciencia, arte, cultura poseída y consagrada.

Hemos analizado rápidamente algunos de los principales obstáculos que ya emanados de la tradición ó de prejuicios consagrados por el tiempo, han opuesto y oponen en el Viejo Mundo, una barrera inquebrantable á veces al parecer, al espíritu de reforma que caracteriza la historia contemporánea y que se acentúa en la joven América; pero con espíritu de absoluta justicia, quiero consignar ahora cuál es en parte el reverso de esa medalla, que entraña una ventaja que el Viejo Mundo posee y de la cual carece el Nuevo: me refiero á esa leyenda tradicionalista, que simboliza el alto tutelaje conservador á que hice rápida alusión al principio de estas páginas.

Todas esas preocupaciones que hemos analizado anteriormente, todos esos prejuicios cuya crítica hemos formulado, todas esas tradiciones inmemoriales que hemos señalado y que hemos exhibido como un bagaje abrumador que detiene con frecuencia el paso de la humanidad en su marcha ascensional,

tiene su reverso al mal que ellas representan, y ese reverso es indiscutiblemente un bien que no poseemos y cuyo vacío debemos subsanar con una fuerza equivalente que lo sustituya ó lo reemplace.

Todas esas tradiciones, prejuicios ó preocupaciones, son el fruto natural de la edad, nacen en el individuo por su prolongada adherencia al suelo, no solamente por sí, sino también por una larga cadena de antecesores.

Cuanto más prolongada es la permanencia de un pueblo en una región determinada de la tierra, mayor es el número de lazos que se desarrollan entre ambos, más poderosas las vinculaciones y más visibles las influencias del ambiente que los rodea.

Lo indefinido de la posesión, consagra irrevocablemente la propiedad, y esfuma más cada día en las lejanías del horizonte pasado, los mirajes de la vida errante, sin asiento fijo y permanente, dentro de cuyos cuadros pasajeros no se concibe la vida civilizada.

Ese bagaje, pues, constituye el abolengo de un pueblo ó de una raza, y ese abolengo es una fuerza que tutela el hogar nacional, con una historia que se divide en tantos capítulos gloriosos, cuantas han sido las actividades de ese pueblo ó de esa raza, en muchas centurias de existencia libre de todo vasallaje extraño.

El culto de esas leyendas de un hogar común, no sólo constituye una fuerza múltiple, sino que es también una fuente perdurable de eternas enseñanzas.

Los países del mediodía de Europa, constituyen una región privilegiada, donde la acción creadora

de un sol radiante, luciendo sobre un cielo eternamente azul, ha diseñado paisajes de una belleza insuperable, que hizo surgir como en su trono propio la virgen poesía, cuyo culto fué mantenido religiosamente por legiones de poetas; aquella luz desbordante, quebrándose en los ramajes, reverberando en las corrientes ó irisando las crestas de las colinas, sugirió el arte supremo del color; las aves murmurando sus canciones amorosas entre las hojas, el viento silbando en los pinares, el mar con su oleaje entonando sus himnos en los acantilados y ensayando canciones misteriosas en las grutas de las costas, dieron la ciencia de la armonía, y de los esponsales de esas diversas manifestaciones de la Naturaleza, surgieron las artes que embellecen la vida, que evocan las grandes ideas, que poetizan el alma dándole afectos é ideales.

Pero ese mismo sol que era el emblema más armonioso de la vida, no era sólo el astro generador del arte del color y de la poesía; él mismo, no era un solitario viajero en el firmamento azul,—representaba también una unidad entre los otros astros, cuya vida individual y colectiva, evocaba el deseo de buscar la ley que los regía, en su eterno y maravilloso peregrinaje del infinito, y de esa humana curiosidad nació la astronomía.

Ese mismo sol que todo lo bañaba con su luz, caldeaba también la tierra, é hiriendo las simientes con sus rayos, las hacía germinar en el surco humedecido por el rocío ó por la lluvia fugitiva de la mañana, y de las investigaciones sobre esa influencia, nació la agricultura.

Ese mismo sol al atravesar la gota de rocío, pudo

dar la nota inicial de los principios de la física sobre la descomposición de la luz, sobre su refracción y reflexión.

Del conjunto de esas investigaciones realizadas por el espíritu ágil, ávido de conocerlo y explicarlo todo, nació la nueva ciencia ó se ensanchó la ya conocida, y esos descubrimientos fueron aumentándose hora por hora, día por día, aportando cada nueva generación su contingente propio de observaciones al caudal común, ensanchando el capital científico de la especie, embelleciéndolo, perfeccionándolo y dándole nuevos aspectos, nuevos colores, nuevos focos de energía y de expansión.

Todas esas adquisiciones científicas conquistadas por el esfuerzo humano, confirmaron el derecho de sus habitantes á la propiedad de la tierra que ocupaban, y hubo que garantir ese derecho, asegurar su uso, establecer sanciones para consagrar el respeto de todos, y surgió la legislación civil; pero esa legislación proclamando y reglamentando los derechos de cada uno, hizo surgir á su vez la necesidad de legislar la vida colectiva de esos ciudadanos, fijando sendas invariables á la autoridad que se elegía de entre ellos para velar por los derechos de cada uno y los de todos, asegurar el orden por el respeto mutuo dentro de sus fronteras y el respeto de las otras naciones vecinas ó lejanas más allá de esas mismas fronteras, y de esa necesidad surgió la legislación política.

Artes, ciencias, derechos, síntesis de las grandes necesidades individuales y colectivas, ellas dieron los rasgos fisionómicos de cada pueblo, su orientación en la vida interna y externa, el exponente in-

discutible y elocuente de su cultura, que es la posesión inmemorial de esos factores de la civilización.

Y todas esas conquistas desde la infancia de la humanidad, fueron lentamente avanzando en un peregrinaje eterno y sin interrupciones, necesitándose á veces muchas centurias para corregir un error, incalculables esfuerzos para anotar un nuevo triunfo, abnegaciones y sacrificios sin cuento, para saludar una victoria.

Pero ese esfuerzo colosal, encierra en su pensa y larga historia, algo así como la epopeya de la civilización, que se desarrolla en una cadena inacabable de acontecimientos de todo orden, felices ó adversos, pero siempre de lucha sagrada é intensa.

En pos de un ideal nunca alcanzado enteramente, esos pueblos han sufrido derrotas sangrientas y han saludado victorias esplendorosas, han gozado placeres intensos y han sufrido largos y dolorosísimos infortunios, su cielo se ha cerrado de pronto á la esperanza, cubierto de nubes sombrías; y otras veces el éter cristalino esplendente de luz, ha revelado las nuevas sendas de salud hasta entonces desconocidas; en una palabra: esos pueblos han vivido, han robustecido su fibra luchadora, en el palenque de los eternos combates, han vigorizado sus cerebros en las controversias de luz, en esa vida y esas luchas, han conquistado la experiencia legítima de la existencia, por la observación de centenares de generaciones que han alcanzado así la suprema madurez de su juicio, la amplia, serena y completa posesión de su ser.

Esa tradición es una fuerza, pero una fuerza in-

contrastable y consciente que tutela la marcha de esas naciones; quien ha soportado los embates del infortunio, quien ha luchado sin descanso por sus ideales, quien ha formado su patrimonio, acumulando lentamente piedra sobre piedra para constituir su hogar nacional, podrá tener veleidades de humano orgullo, deslumbramientos pasajeros; pero tiene derecho á ser respetado, á ser estudiado, y puede, en los nuevos capítulos que se escriban de la historia humana, invocar y reivindicar el título de maestro que desea ser escuchado, porque simboliza la experiencia de la madurez.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Situación de América con relación á los otros países. Su porvenir necesario. Los factores de su progreso. Su originalidad. Los tesoros que se le brindan.

Si un hombre estudioso y profundamente observador alcanzara en plena actividad mental una edad avanzada, igualando esos singulares casos de longevidad activa que presentan un ser á los noventa años en el pleno goce de una vigorosa inteligencia, y esa naturaleza privilegiada hubiera sido uno de esos ejemplos de ciencia universal y al mismo tiempo un filósofo sereno y sagaz que hubiera consagrado setenta años continuados de su existencia ilustre, á la adquisición teórica de las grandes verdades científicas y á la observación de sus múltiples aplicaciones á la vida, enriqueciendo su cerebro con incansable y perseverante celo con todas esas conquistas de su actividad mental, y que ese ser eminente, cuando llegara el momento supremo de cesar en su labor para entregarse al sueño final de los reposos infinitos, obtuviera por un favor singular del destino, que se le autorizara á recomenzar su vida de estudioso desde la primera juventud, sin que el caudal acumulado de sus conocimientos en el

pasado, perdiera lo más mínimo de su nitidez y de su claridad; ese hombre, poseedor de la ciencia universal y de un vigor juvenil, sería, sin disputa, un dominador indiscutible é indiscutido, y nadie, absolutamente nadie, podría alzarse contra su soberanía.

Algo parecido á esta situación es ó puede ser la situación de América con relación á los países del Viejo Mundo, si sus hombres pensadores alzan los vuelos de sus inteligencias soberanas, á la región serena de las eternas claridades.

Hay en la vida de América, algo de la existencia de aquel héroe inmortal del gran poeta y filósofo de Weimar, cuya profunda y eterna verdad humana, sólo se concibe y comprende en toda su amplitud y claridad, cuando se ha traspuesto las fronteras de la juventud.

Fausto poseedor de la ciencia universal, pero oprimido, derrumbado por la senectud, halla en el filtro de Mefistófeles el secreto de la inmortalidad, que le devuelve la virilidad en su acción y en sus energías de resistencia; pero esa vida nueva que se le ofrece, sólo devuelve á Fausto el vigor físico, la resistencia del músculo, mas no el alma creadora y entusiasta de la juventud que tiene en sí el tesoro fecundo de las supremas abnegaciones, el amor profundo y desinteresado de los más grandes ideales.

Después de la transformación, Fausto sigue siendo bajo sus apariencias juveniles, el viejo sabio, egoísta y escéptico de corazón marchito, en cuya alma ha muerto ya definitivamente la fuente sa-

grada del amor y de la vida, de los entusiasmos y de la virtud.

América, como Fausto, tiene para sí todo un caudal de ciencia fecunda; tiene, como él, el vigor; pero tiene lo que aquél no posee: el entusiasmo ardoroso, la fe sagrada de su juventud!

América está en ese período de la adolescencia sana y exuberante, en que el cerebro y el corazón, servidos por músculos vigorosos y resistentes, tienen la plasticidad necesaria para que se modelen en ellos todas las ideas grandes y los sentimientos generosos.

Tiene por sede propia, un territorio casi virgen que ofrecer á la labor honrada de los que llegan en demanda de paz y de una compensación remuneradora que en otras partes les falta, tiene un cielo luminoso y puro que abre á los espíritus agobiados por el infortunio los horizontes risueños de la esperanza, tiene instituciones libres, que dejan á cada uno el cuidado de ese tesoro íntimo de sus pensamientos y de sus creencias: tiene la fe, el vigor y los entusiasmos de su edad.

Su espíritu juvenil posesionado de su suelo, influenciado por su ambiente, está libre de supersticiones propias ó heredadas; las mismas tradiciones del hogar de origen que pudieron gravitar sobre su ser arrastrándolo á la prosecución de viejas luchas, se han esfumado en el tiempo sin dejar en su alma más sedimento que una herencia de altivez viril y batalladora, acaso un poco tumultuosa, pero fuente futura de energías saludables y creadoras.

Su espíritu juvenil, su mente vigorosa, ha sido cultivada con esmero, asimilándose los principios

generales de la ciencia universal, y su criterio, libre de preocupaciones retardatarias, ha dado en el comentario ó la interpretación de esa misma ciencia, la nota de una indiscutible originalidad.

Nada lo detiene en su marcha, ninguna nube oscurece su horizonte libre, nada se interpone entre su rayo visual y la meta que persigue, ningún lazo paraliza sus movimientos; es libre, como el cóndor que cruza la extensión callada, como el viento que circula en la pampa infinita.

A su frente tiene un tesoro cuyos caudales se le brindan generosamente. La Europa de los combates cruentos, de los esfuerzos inauditos, la fragua en que se han forjado las armas de tantas luchas estruendosas, donde se ha fundido el bronce de tantos monumentos inmortales, donde ha arraigado hondamente el laurel y la palma de la gloria, y donde el árbol de la ciencia ha crecido incontrastable, cultivado por cien generaciones de sabios y ha cubierto con la sombra de su ramaje secular el desarrollo de un culto santo, profundamente humanitario, representado por esa misma ciencia que simboliza.

Esa región privilegiada del planeta donde no hay un grano de polvo que no guarde una memoria del pasado, donde se han congregado las tradiciones de la Roma guerrera y de la Roma jurídica; que ha heredado las leyendas artísticas de la Grecia armoniosa como una estrofa de Píndaro ó un mármol de Fidias, que ha recogido los secretos de la vieja ciencia y de los milenarios cultos del Oriente, para interpretarlos, comentarlos y traducirlos; todo un mundo de ciencia, de arte, de investigación y de estudio; todo está allí, á su frente, ofreciéndole la vi-

sión panorámica de sus múltiples, bellos y misteriosos aspectos.

Puede elegir libremente.

Allí está el cuadro de los conocimientos humanos, no aquel que resulta del libro, sino el conocimiento experimentado, el hecho producido, la esencia misma de la vida no teórica, vivida.

Ese cuadro ofrece á su observación la doctrina científica, teórica, y al lado la experimentación de esa doctrina; allí está la idea vencedora, triunfante, y la idea vencida; allí está el fracaso visible y el éxito feliz y consagrado.

Pero hay más aún: está la historia minuciosa y fidedigna de los fracasos y de los triunfos, las causas individuales de los primeros, sus orígenes y su desarrollo, y la marcha angustiosa ó fácil de los segundos; todo está allí, el principio, el medio y el fin de esos ensayos.

La obra de los otros, de muchos otros, para servir generosamente á una región mimada de la tierra!

Es un estudio, un aprendizaje, un ensayo feliz, ó desgraciado, sintetizado para ofrecerlo á un adolescente que empieza á vivir, y al cual se dan como elementos de ejemplo y de estudio, todos los anales del género humano para que elija, para que busque lo adaptable á su vida excepcional, para que rodee ó evite los escollos, para que prepare la senda del triunfo, aprovechando los dolores que otros sufrieron y utilizando los triunfos que otros conquistaron.

¿Qué se necesita para ello?

Es indispensable profundizar con ánimo sereno esos anales que envuelven los archivos del genio

humano; encerrarse dentro de sí mismos para apreciar las responsabilidades que envuelve la acción eminente de los hombres de Estado, para sólo inclinarse ante lo consagrado, y aceptar aquello que es útil, que es adaptable, que contempla el ambiente, las costumbres y los ideales de cada pueblo.

Pero es necesario algo más: es necesario levantar la mente sobre los hombres y las pasiones, no para suprimirlos, sino para encaminarlos y dirigirlos, y al obrar así prescindir de cada uno, para orientar, para encauzar hondamente la actividad que gobierna y dirige en pro del bienestar de todos, sin que jamás turben ese propósito, ni intereses, ni egoísmos, ni atracciones bajamente personales.

En la infancia de las naciones de América, cuando la idea de la independencia era acaso una tímida aspiración, y los conatos para consagrarla tenían que vencer el temor de los unos, la timidez de los otros y explicar y hacer populares los propósitos emancipadores, conscientemente envueltos en muchas de esas naciones, en un velo de vaguedad que asegurara la cooperación y el silencio de los que sentían vacilar su espíritu en una desalentadora incertidumbre, todas esas tentativas y esos propósitos, se concretaron en una bandera, símbolo tangible de esas aspiraciones, que al trabarse la lucha, fueron consagradas por el humo de la pólvora y atravesada por el plomo de sus fusiles.

Pues bien; casi todas esas enseñas de redención, tenían un símbolo característico; ya era el sol derramando sus gloriosas claridades, ya era un grupo de estrellas simbolizando las solidaridades estelares, ya era la estrella solitaria, como emblema altivo de

su poder futuro fundado en su sola grandeza, ya eran constelaciones completas que se invocaban como tutelares de las nuevas naciones que surgían á la vida de la libertad.

¿De qué emanaba esta coincidencia?

¿Era el antiguo culto de los incas que influyendo al través del tiempo y de la distancia, atraía los ojos de los nuevos pueblos hacia el dios de sus mayores en la posesión de la tierra americana?

¿Era el indefinible acatamiento de esos astros soberanos, que lucen desde el soberbio cielo de América, como faros eternos que guían sus pasos por las sendas de la historia?

¿Era la fórmula visible, que traducía el pensamiento íntimo de aquellos originarios de un tronco profundamente creyente y religioso?

¿Sería quizá el símbolo de sus destinos elevados, adivinado acaso por los precursores de la emancipación americana?

Sería difícil contestar á esas preguntas resolviendo el problema que ellas implican; pero creo que en la ingenuidad de los primeros movimientos emancipadores, esa tendencia armónica de las diversas naciones que se formaban, traducía acaso inconscientemente el temor de las inciertas soluciones futuras, que las luchas del porvenir entrañaban, y ante las cuales los directores del movimiento, buscaban en lo alto la guía de sus pasos, bien para conjurar poderosos peligros en contrarios ardorosos y también creyentes, bien los astros de eterna luz que debieran guiarlos por las rutas oscuras de la emancipación.

Sea de ello lo que fuere, aceptemos ese símbolo

que tiene la consagración del esfuerzo, del sufrimiento y de la victoria final, y adoptándolo como el emblema tutelar de las naciones de América, coloquemos siempre en alto su ideal, de modo que los pueblos que quieran conquistarlo y hacerlo efectivo, deberán siempre ascender valientemente la áspera ladera de la montaña, en cuya cumbre oscila al viento huracanado que pasa la flámula roja de los volcanes que incendian é iluminan, como un eterno faro que guía á las humanidades nuevas por las rutas gloriosas del porvenir!

CAPÍTULO DUODÉCIMO

La democracia americana surgida de las ideas y de los hechos, tiene á su cargo una misión delicada y compleja que cumplir. La democracia reclama verdad, justicia, imparcialidad, tolerancia absoluta. El imperialismo la vulnera y destruye su cultura, sus intereses y su progreso. El socialismo Necesidad de embellecer la democracia para asegurar su triunfo.

Dentro de las ideas esbozadas en los capítulos anteriores, ¿cuál es la característica de las naciones de América?

Hay un punto único en que todos los espíritus se encuentran, una convicción que aceptan todos los pueblos del Nuevo Mundo: la democracia!

¿Cómo surgió ese credo en los países de Colón?

Por las ideas y por los hechos.

Por las ideas; derivando su acción de la emancipación norteamericana realizada serena, incontrastablemente dentro de la perseverancia fría, pero inquebrantable de la raza; después por la acción ardorosa de los principios generadores de la Revolución francesa, que también contemplaban las aspiraciones generosas y altivas de pueblos sometidos hasta entonces á un rudo vasallaje.

Por los hechos; porque en la explosión vehemente de aquellas aspiraciones de independencia y li-

bertad, no hubo distinciones entre los emancipadores; así los soldados como los jefes, eran los apóstoles del nuevo credo, y nada más; el patricio y el jornalero exponían un bien común: la vida; y aspiraban á una victoria también común: la libertad.

Nada hace más indestructible la unión que los peligros y las aspiraciones comunes, y esa fué la bandera de los revolucionarios americanos.

Mas tarde, vencido el poder colonial, surgieron las controversias internas como reflejo de las pasiones que luchaban por el predominio de cada cual en la obra de la consolidación común, y ahí también, los hechos confirmaron las tendencias democráticas de los nuevos movimientos, pues en uno ú otro bando, siguieron figurando unidos, patricios y plebeyos.

Desaparecida la causa, el nombre nada representa ni significa: el vencimiento del poder colonial, fué un triunfo de la democracia; los triunfos parciales en las guerras intestinas ulteriores, no alteraron en lo más mínimo la aspiración común de estos pueblos, que fué siempre la democracia.

Pero la democracia en América, no fué el trasunto de la democracia romana, ni fué tampoco la aplicación de la democracia teórica.

Para igualarse á la primera le faltó aquel borrón de la esclavitud que desapareció con los últimos vestigios del coloniaje, como un factor de la opresión que era inconciliable con ella; para asemejarse á la segunda, le faltó el rigorismo científico de la teoría, que pretende fundar y crear en la Ley, sociedades artificiosas, pues les falta el origen común, la similitud de costumbres, propósitos

é ideales. La democracia surgió espontáneamente de los acontecimientos, como una fórmula natural y lógica de la misma emancipación, generada por el esfuerzo de todos, humildes y encumbrados, rurales y urbanos, militares y civiles.

El vencimiento del poder colonial y la constitución de las nuevas nacionalidades, fué la resultante fatal, ineludible de las circunstancias.

Sin vinculaciones arraigadas en su suelo, derivadas de las viejas preocupaciones mundiales, sin privilegios de abolengo ni de mando, que sólo por excepción singularísima alcanzaba á los criollos, en frente de un enemigo común, que era el obstáculo para el goce de una libertad imperativamente reclamada por multitudes saturadas de indignación contra un poder altanero y símbolo real de opresión, de monopolios y de deprimentes vasallajes, la masa se unió para luchar, se conglomeró para formar una nueva entidad, cuya aspiración más enérgica y definida era la libertad: libertad de comercio, de reunión, de pensamiento; libertad absoluta para respirar, para moverse, para usufructuar aquel suelo que era suyo, y para cuyo gobierno se sentía con energías suficientes, con entusiasmos y con fe.

Y allí fueron todos á la cruzada emancipadora, buscando la libertad para todos y el gobierno de todos; las veleidades fugitivas de monarquías ó aristocracias americanas, surgidas libremente en su seno, fueron apenas el pensamiento enfermizo de unos pocos, pensamiento muerto al nacer, en el vacío asfixiante del irónico desprecio de las muchedumbres levantadas en nombre de más altos y más nobles principios.

La democracia fué el verbo de la redención americana, la idea madre de la emancipación; y las mismas luchas intestinas que retardaron por mucho tiempo la consagración serena de su independencia asegurada, no representaron otra cosa que el aprendizaje intensivo de las prácticas para un gobierno al cual, si bien los impulsaba un deseo irresistible de libertad, les faltaba la preparación primera que hace fructífera su aplicación, y que no pudieron adquirir en el enrarecido ambiente del coloniaje, que entrañaba la negación de los principios de ese gobierno.

La situación es otra al presente; los principios republicanos fundamentales, son conocidos de todos, son populares; su práctica más ó menos tumultuosa, se ha hecho ya en una centuria, y los movimientos revolucionarios de hoy, no controvierten cuestiones primarias de gobierno, sino reivindicaciones más ó menos confusas de predominio personal.

Ahí está el peligro que se debe conjurar.

Los errores de los pueblos, sus movimientos inquietos, sin ruta determinada y sin un ideal nítido y claro, cuyas sugestiones sean visibles y se impongan á todos, tienen su atenuación y su disculpa en la adolescencia primera, siempre irreflexiva, de los pueblos nuevos; pero cuando esos pueblos pretenden conquistar y mantener el concepto de naciones que han alcanzado su estabilidad y su madurez institucional, esos movimientos que no responden á una imperiosa y clara aspiración humana, constituyen verdaderos delitos contra la patria, pues su desarrollo importa comprometer la seguridad y la dignidad nacionales.

Un concepto universal del derecho colectivo de las naciones, ha creado ó reconocido como en las sociedades civiles, una serie de limitaciones á la libertad ó al derecho de cada uno, detenido allí donde llega la libertad ó el derecho ajeno.

Es esta la limitación de un principio teórico en obsequio á la paz general, al bienestar de todos, á la solidaridad internacional en la vida colectiva de las sociedades de cada pueblo, porque esa solidaridad es la condición del progreso general, y todo aquel que injustificadamente turbe esa paz ó comprometa irreparablemente esa solidaridad internacional, si persiste en sus eternas agitaciones inconsultas, constituye un miembro enfermo que hay que extirpar para que la gangrena que mina su organismo, no invada y envenene los organismos vecinos, que están en contacto con él.

Hay que prevenirse contra ese mal que por otro lado no encuentra de hecho un ambiente favorable á su desarrollo; pero hay que prevenirse con mano firme y pensamiento alto, no en nombre de intereses personales, sino en nombre de aspiraciones nacionales, más elevadas, más generosas y más puras que aquéllos.

Vamos á tratar de delinear los rasgos generales de estas democracias nuevas, cuyos destinos dependen de las rutas que sigan.

¿Cuáles deben ser los principios característicos de las democracias americanas?

Debemos, ante todo, tener muy presente que el régimen democrático, el más científico, el más justo

y el más humano, y que por estas mismas circunstancias parece el más fácil y sencillo, es, sin embargo, el más difícil para la generalidad de las sociedades del Viejo Mundo, para las cuales él tiene un inconveniente fundamental, porque su subsistencia entraña la eliminación de todas las viejas tradiciones, prejuicios y supersticiones, cuyo arraigo y poder hemos examinado anteriormente.

Hemos visto también, que este obstáculo no existe en América; pero en cambio existen dificultades de otro orden, cuyo vencimiento será la resultante obligada de un esfuerzo continuado y perseverante.

Ese esfuerzo está encaminado á neutralizar ó prevenir diversos obstáculos, y su acción tiene que ser múltiple como las diversas rutas que debe recorrer.

En primer lugar, la democracia reclama un amor profundo y sincero á las instituciones que son su esencia, y en las cuales reposa todo su poder; pero ese amor debe estar hondamente arraigado en el cerazón de todos, constituir más que un afecto, un culto verdadero que en un momento dado, ante un peligro posible ó inmediato, sugiera la idea del sacrificio, pero el sacrificio abnegado que se consuma espontáneamente en holocausto de una idea, y sin el incentivo de un interés más ó menos lejano y determinado.

La democracia reclama amor, pero amor religioso, casi fanático que atraiga y mantenga invariablemente vinculados á todos los afiliados á su credo.

Aparte de esto, siendo la democracia el gobierno de todos para todos, reclama como ningún régimen de gobierno, la difusión intensiva de la cultura ge-

neral, y especialmente de la cultura cívica, para que todos, absolutamente todos los ciudadanos que estén en el goce pleno de sus derechos civiles y políticos, puedan sentirse aptos para concurrir á formar parte del gobierno del Estado, en cualquier momento en que la confianza de sus conciudadanos los lleve á esos puestos de absoluta responsabilidad, que si son y deben ser siempre puestos de honor que reclaman una dedicación completa y desinteresada, pueden ser también, en un momento dado, cargos de sacrificio y de inmolación patriótica.

Por otra parte, el gobierno de todos para todos, debe ser el régimen de la verdad absoluta; todos tienen el derecho de conocerlo todo, las esperanzas y temores que asedian á la colectividad, las derrotas y triunfos sufridas ú obtenidos, la marcha completa de los negocios públicos, la percepción é inversión de sus rentas, el desarrollo sucesivo de su vida civil y política, es decir, su existencia de hombres y de ciudadanos.

Y este conocimiento minucioso y permanente, no es preciso, porque constituye un derecho platónico de los miembros de la colectividad cuyo ejercicio sea algo así como una escuela ciudadana, una gimnástica provechosa en el desarrollo de la existencia institucional, sino porque ese conocimiento de todos, es la condición imperativamente impuesta para el éxito feliz del régimen que reclama de todos los miembros de la colectividad politica nacional, un control constante, sobre todos los funcionarios, sobre todos los organismos administrativos, sobre todas las manifestaciones de la vida nacional.

Reposando fundamentalmente en la libertad y en

la igualdad, es lógico que reclama ante todo una absoluta responsabilidad en los funcionarios públicos, desde el más encumbrado al más humilde. No hay libertad posible sin responsabilidad, ni responsabilidad sin libertad, pues para castigar á un delincuente, para perseguir al agente del delito, para que haya delito, en una palabra, es necesario, es indispensable que haya libertad.

Del amor á sus instituciones, surge imperativamente una necesidad, y es que ellas sean interpretadas lealmente y aplicadas con absoluta justicia é impecable imparcialidad.

El maquiavelismo es el auxiliar obligado de la tiranía, las formas hipócritas que adopta el poder para fundar la opresión sobre el pueblo; en la democracia, no caben los subterfugios, ni el maquiavelismo, ni las hipocresías,—sólo debe reinar la libertad, la libertad serena que deriva su fuerza del respeto mutuo, del acatamiento á todos los derechos, del esfuerzo leal de todos, por alcanzar el ideal del orden en la armonía de todos los derechos, obligaciones é intereses.

De este respeto fundamental al derecho ajeno, fluye natural y lógicamente uno de los más grandes postulados de la democracia y que mejor contempla las aspiraciones humanas: ese postulado, esa condición indispensable de su vida colectiva, es el supremo é invariable espíritu de tolerancia, que debe presidir desde las alturas del poder público, la vida de la democracia.

La tolerancia de los hombres entre sí, es la manifestación más elocuente del respeto propio; si yo creo que soy depositario de una verdad cualquiera,

sea cual fuere la actividad que con ella se relacione, tengo el derecho estricto, puedo exigir imperativamente que se respete esa verdad; pero asimismo y correlativamente, debo respetar la otra verdad que acepta como suya mi vecino; si mis ideas respecto á cualquier cuestión civil ó política constituyen mi credo de hombre y de ciudadano que me juzgo con derecho á defender y proclamar, debo tener idéntico criterio para juzgar las ideas de mis compatriotas, respetando el uso de un derecho tan sagrado como el mío, para el criterio de cada cual.

El espíritu de tolerancia, es la más grande conquista de la edad moderna, la que mejor asegura la paz interna, la que mejor garantiza el progreso de las naciones, porque ella es la expresión más sincera y más fecunda del respeto mutuo, en que se basa y fundamenta la idea del orden.

Amor, cultura general, leal interpretación de las instituciones, respeto mutuo, suprema tolerancia para todas las ideas sanas ó todas las aspiraciones legítimas, son elementos indispensables de la vida democrática; pero no son los únicos.

La democracia debe ser fuerte, pero debe serlo, como síntesis de las unidades que la constituyen; su fuerza debe ser realmente popular, porque debe ser la fuerza de todos, y como no se concibe la idea de la opresión de un pueblo realizada por ese mismo pueblo, esa fuerza nacional constituída por la reunión de las diversas fuerzas de cada ciudadano, debe ser siempre y en todas ocasiones, un poder impersonal que no ampare ni defienda las ideas de éste ni las pretensiones de aquél, sino que sea la fuerza siempre serena que tutele los derechos de to-

dos, que defienda las instituciones comunes á todos y por todos aceptadas, que sea la tutela del orden, no del orden impuesto por la violencia contra las protestas de las leyes conculcadas ó de los derechos agredidos, sino del orden fecundo, que reposa en la armonía de los intereses y derechos de todos, tutelados por una amplia y bien comprendida libertad, y esa fuerza debe ser así la garantía del derecho en el interior, y de la independencia y de la dignidad nacional en el exterior.

Pero esta fuerza que es el símbolo de la paz dentro de las fronteras de un país y de la independencia y dignidad nacionales, fuera de ellas, no puede ser transformada en sus aplicaciones sin desnaturalizar y vulnerar en sus bases fundamentales el régimen democrático.

En efecto, en las monarquías más ó menos absolutas ó en los gobiernos análogos pero designados con otro nombre, la fuerza puede eliminar ó destruir los elementos dirigentes en un momento dado, sin que el régimen se altere esencialmente.

La muerte violenta de Alejandro de Servia y de la reina Draga, no cambió el régimen del absolutismo anárquico de Servia, sino que eliminó á un déspota para sustituirlo con otro, porque el movimiento militar no iba contra el régimen, sino contra el que accidentalmente lo simbolizaba.

Esa situación es posible solamente en el gobierno absoluto de uno ó varios sobre todos; pero en las democracias la pretensión de crear un poder fuerte es conspirar contra la mísma esencia de esa democracia, desde que no es conciliable con el gobierno de todos para todos, el dominio de uno ó varios so-

bre todos, sin que esa tentativa implique una revolución que mine y derrumbe la democracia.

Hemos analizado un peligro que dice á la vida interna de las democracias organizadas; pero hay otro que teniendo el mismo origen, conspira contra su vida externa aparentemente primero, pero simultáneamente y después contra su organización y su subsistencia.

Ese peligro se ha acentuado en los últimos tiempos, y es el fruto de esa exagerada veleidad guerrera que se ha apoderado de las naciones y las ha impulsado á armarse inconsideradamente, con el pretexto de defenderse primero de peligros más ó menos reales y positivos, y después, para amparar sus pretensiones de expansión y engrandecimiento.

Esta corriente actual, envuelve un peligro para las democracias con cuyo régimen popular, de igualdad, no se armoniza este propósito invasor que no reconoce por causa inmediata la necesidad nacional de la defensa de sus fronteras ó de su dignidad agredida injustificadamente.

La democracia invasora agrediendo á las naciones limítrofes con un propósito personal de engrandecimiento, constituye un absurdo y un peligro.

Si vence, el poder vencedor no tardará en volver las armas victoriosas que humillaron al extranjero, contra las instituciones de su propio país; si es vencido, se expone á la reivindicación lógica del agredido, que exigirá naturalmente los gastos de la guerra al agresor vencido y que será tanto más exigente, cuanto más inexplicable haya sido la agresión.

En ambos casos, la democracia se desnaturaliza hasta el punto de que puede sucumbir material ó

moralmente, y en ambos casos, la causa de la civilización se siente humillada, y abatida su bandera.

El imperialismo invasor surgido de un exceso de poder material y de una crisis morbosa de carácter moral, puede triunfar momentáneamente en el hecho, y con frecuencia ha triunfado; pero su victoria lleva en sí misma el veneno institucional que hiere el prestigio de la nación que lo ejerce, y vulnera su autoridad moral, cuyo desarrollo debe ser paralelo con el de su poder.

Hay aún peligros de otro orden.

La cultura general se ha extendido demasiado entre las naciones, para que hoy, como ayer, sea posible y fácil engañar á los pueblos con falsas glorias que no respondan á necesidades fundamentales de la subsistencia de cada país, y el reconocimiento de esas mismas necesidades, no es ya un monopolio exclusivo de una casta dirigente, sino del pueblo todo que desea, que quiere, que exige legítimamente ser oído en las discusiones que provocan los problemas de su existencia, ya sean materiales ó morales, y que en esas discusiones no quiere delegados permanentes que puedan, abusando de su poder, formarlos en un haz para arrojarlos en aventuras que no han buscado, y que no interesan á su porvenir, por lo cual no conquistan su apoyo ni los arrastra en pos de falsos y tortuosos ideales.

Lo que es verdad para todos los pueblos civilizados modernos lo es con mayor razón en las democracias, cuya esencia teórica y real reposa fundamentalmente en la igualdad y en la libertad.

Ante el criterio sereno de la alta política internacional que se deriva de la esencia de la democracia,

el imperialismo es y será siempre un absurdo condenable, será un delito; pues no es posible admitir que si la democracia contempla por igual y equitativamente el derecho de todos y acepta como base de su vida interna la suprema tolerancia que respeta todas las ideas, todas las creencias que no violan la ley moral, siga más allá de sus fronteras otro ideal antitético al que pretende aceptar como fundamento de su constitución, conspirando contra la igualdad y la libertad ajenas, violando derechos de otros, comprometiendo la estabilidad de otros Estados, todo lo cual, aparte de constituir la violación flagrante del derecho internacional, importa al mismo tiempo una torpeza política, pues siembra á su paso gérmenes de tempestades, de cuya explosión será acaso la primera víctima.

Y es que en la vida colectiva de las naciones hay, en la actualidad, un factor nuevo en su intensidad presente, que tutela la vida de cada pueblo, desarrollando su acción paralelamente á la propia acción del derecho; ese factor importantísimo está constituído por los intereses económicos.

Toda agresión injustificada de una nación contra otra, envuelve, pues, además de una agresión contra su derecho, un ataque contra sus intereses económicos, cuyas heridas son más sensibles humanamente que las primeras.

Ahora bien: toda agresión contra un pueblo, provoca inmediatamente las suspicacias y las desconfianzas de los otros; cada uno trata de precaverse en lo posible, contra un peligro análogo, y en tal sentido se reconcentra en sí mismo, dedica una parte de sus rentas á armarse y prepararse á la defen-

sa, busca, si le es posible, aliados que lo amparen ó protejan en caso de ataque, y cuanto mayor es el peligro ó más inminente, tanto menos se acuerda ó analiza las ventajas de esa alianza, pues sólo ve á su frente el peligro en cuyo plan de defensa legítima busca también amistades platónicas, ó no platónicas, que condenen á lo menos en principio la agresión que lo amenaza, creándose así un ambiente amistoso que sea un tribunal más ó menos eficaz de su derecho.

En este orden, cuanto se haga, cuanto se proyecte y realice, está justificado por la necesidad de la defensa, y aunque las consecuencias de esos actos irreflexivos, puedan ser desastrosas, siempre podrán invocar en su favor atenuaciones valederas, profundamente humanas.

Estas agresiones, entretanto, victoriosas ó vencidas, crean un ambiente fatal de desconfianzas, de incertidumbres, que hacen precaria la vida del derecho, y que vulneran irreparablemente los intereses económicos de las naciones, siempre enérgicos y activos.

Y ¡ay! si esos derechos son heridos injustamente!

Hay en la edad moderna otro factor nuevo en la vida de los pueblos, que gana terreno cada día, que avanza poderosamente y que va apoderándose poco á poco sin retroceder de las sociedades nuevas donde va colocando estratégicamente sus ciudadelas, más poderosamente artilladas é invulnerables cada minuto de tiempo que transcurre: ese factor nuevo es el socialismo.

El socialismo es el grandioso triunfo de la solidaridad humana.

Su núcleo principal, viene del pasado: está formado por los infortunados de toda la tierra, por los anónimos, por los esclavos, por los doloridos sin nombre, por los sudras de Occidente.

Un día, un cerebro humanitario les habló de unión, les reveló su fuerza, les señaló el porvenir en donde aparecía un albor de esperanza, y aquellas masas ateridas y hambrientas, sintieron las atracciones infinitas de un ideal radioso.

Las multitudes obreras, eran las víctimas expiatorias de todos los egoísmos abrumadores é incontrastables hasta entonces; el capital era soberano y prosperaba y centuplicaba su acción en un crecimiento galopante, á expensas del hambre que roía las entrañas del proletario; pero la lucha iniciada al amparo de la solidaridad del dolor, tuvo un objeto cuando tuvo un horizonte, y en una labor incesante, cada etapa ha sido una batalla cruenta, pero también ha sido un triunfo piadoso.

Primero fué el aumento de sus salarios irrisorios, después fué la reducción de sus horarios crueles, luego fué la reducción del trabajo de la mujer y su alejamiento del taller en su evolución fisiológica hacia la maternidad, después la reglamentación del trabajo del niño en los talleres, luego los seguros contra los accidentes del trabajo, las pensiones de retiro para los inutilizados por la edad ó las enfermedades, y conjuntamente con estas conquistas las escuelas de adultos, los cursos industriales y artísticos para obreros, las sociedades gremiales, las bibliotecas populares, las conferencias, en una palabra, todas las actividades humanas, contempladas, los intereses domésticos, los colectivos, las aspiraciones, la cultura, el bienestar general.

Esta fuerza nueva, fué hija de la democracia, y será su legión triunfadora en las luchas generosas del porvenir, porque es la síntesis de todas las unidades que congrega á todos en las aspiraciones de todos, en el gobierno de todos, en los destinos de todos.

Esa fuerza constituye el ejército revolucionario del porvenir, ya con un nombre, ya con otro, pero siempre congregando las legiones de desventurados de todos los países y de todas las razas.

En todas partes su acción se ha dejado sentir poderosamente, en la legislación, en la política y en las finanzas; las utopías de ayer, las más contrarias al régimen absolutista, han triunfado hoy en los escenarios más refractarios á las reformas.

Alemania, esa nación inteligente y laboriesa que simboliza la perseverancia, pero que también en el culto reverente de todas las disciplinas más severas é inalterables, ha ofrecido un modelo científico del gobierno absoluto por excelencia, ha sido vencida por el socialismo, cuyas eminencias han levantado su voz respetada en el seno del Parlamento, para defender en nombre de la ciencia y de la humanidad, los derechos y los fueros de los obreros, á la vida, al bienestar, á la salud.

Rusia,—la cuna legendaria de todas las opresiones, la que en el maridaje de sus tradiciones caóticas en que el Oriente y el Occidente mezclan y confunden todos sus despotismos, ofrece el cuadro apocalíptico de todas las torturas, las más sutiles, las más diabólicamente inteligentes, que dejan viva la carne para prolongar el martirio enloquecedor de las almas; que cuando mata en nombre del poder, lo

hace por muchedumbres inconscientes,—Rusia, la nación de los esclavos y los boyardos, se agita, se estremece desde hace años en los espasmos violentos y terribles, en cuyos paroxismos, el ojo penetrante del filósofo ó el pensador, ve el futuro alumbramiento de la democracia, conquistada en una lucha constante y sangrienta por los mártires del socialismo.

El imperio otomano al impulso de las nuevas ideas, vuelca en el polvo sus tradiciones de absolutismo teocrático; los principados balkánicos se estremecen ante la evolución mundial que avanza; la India lejana inicia la era de sus convulsiones sociales con el puñal y con el fuego que es una amenaza altanera contra el dominador que la oprime; la vieja China, el imperio misterioso y aislado de las leyendas milenarias, también se debate en los senos anónimos de sus selvas calladas y de sus pagodas ocultas, y entre los misterios de sus fronteras lejanas, acaso tiene ya el héroe desconocido que prepara sus evoluciones del porvenir, arrancando de su sepulcro secular á la impasible momia, para galvanizarla y arrojarla en las luminosas contiendas de la civilización.

Entretanto, la Francia de las tradiciones generosas y artísticas, la Francia redentora de la humanidad en la lucha de las ideas, la Francia republicana, lleva á regir sus destinos á los entusiastas apóstoles de las nuevas ideas, colocando la enseña revolucionaria ayer en manos de Clemenceau, hoy en las de Briand, (1) soldados sinceros de una milicia he-

---

(1) Este libro fué escrito en los meses de agosto y septiembre de 1910.

roica que lucha por los fueros de la humanidad y mientras abre las puertas del porvenir á los infortunados de la vida, levanta en su seno, en Besançon, la vieja ciudad de aristocráticas tradiciones, el monumento á Proudhon el clásico y virtuoso apóstol del proletario, el defensor del obrero, el precursor genial del socialismo moderno. (1).

Es siempre la democracia que avanza y asciende de peldaño en peldaño, de evolución en evolución hacia las anheladas regiones de las cumbres.

Es necesario que las generaciones nuevas cooperen noblemente en esa obra, es necesario que esa democracia que es libertad y que es igualdad, sea también justicia, porque ella es la razón de su estabilidad.

Cuando la democracia es, como debe ser, el gobierno de todos para todos, no es posible, no es concebible que nadie hiera el derecho de otro conscientemente, que nadie pretenda erigir un poder injusto en director supremo de la sociedad, cuando esa violación del derecho debe volverse contra el mismo que la viola, cuando ese poder injusto reaccionará fatalmente contra quien lo crea.

La permanencia incontrastable de un poder violatorio de la libertad y de la justicia, puede concebirse cuando él funciona en provecho de una per-

---

(1) Rodó protesta en su admirable prólogo contra el concepto de Proudhon que expresan estas líneas. No he querido modificar el párrafo para dejar íntegro el justificativo de su crítica, declarando, sin embargo, que no he citado á Proudhon porque consagre un culto al escritor que no he estudiado concienzudamente, sino como el revolucionario inicial que no vislumbró acaso en toda su extensión las proyecciones de sus ideas.

sona ó de una clase que deriva de ese poder que gravita sobre todos, su beneficio general ó sus ventajas personales; ese estado de cosas pudo ser una obra del pasado ó en el presente la resultante de un mercantilismo infame pesando sobre la ignorancia de los salvajes del Congo, erigido en factoría fenicia; pero en la actualidad batalladora, defensora de todos los derechos que son conocidos y amados por todos, en esta época de ráfagas democráticas, que hacen conocer y sentir á todos los beneficios de la igualdad y de la libertad, no es concebible, más que como una violación transitoria y precaria de las leyes sociales modernas, esas manifestaciones de la opresión, ese reinado efímero de la injusticia.

Pero hay aun un alto ideal que la democracia triunfante necesita inscribir en su bandera de lucha, y ese ideal es que ese régimen libre, noble y justo que tiene el atractivo supremo de su belleza íntima, sea también bello en sus formas externas, en sus relaciones, en las manifestaciones de su actividad general.

Todas las dominaciones políticas ó religiosas han tenido siempre como aliadas eficaces de su poder y su prestigio, las formas bellas ó magníficas de un culto exterior

Es una manifestación eterna de la naturaleza humana que se acentúa ó modifica con la edad, con el temperamento, ó con la raza.

La raza latina sobre todo, con los impulsos entusiastas que la distinguen, con la tendencia á exteriorizar en forma poética sus emociones, dando vida á sus ensueños y á las concepciones artísticas de su imaginación exuberante, necesita para la

consagración de sus creencias que ellas tengan la fastuosidad de un culto magnífico y la belleza de un arte impecable.

La democracia como negación ó antítesis de los sistemas de gobierno del pasado tiene esencialmente una cierta austeridad que se armoniza acaso con el modo de pensar y de sentir de los anglo-sajones y de los germanos, que se encuentran bien en ese ambiente un poco rígido y hierático, que por otra parte, sugestiona é impresiona las multitudes.

Esa es la razón fundamental acaso del triunfo del luteranismo en los países de esa raza, á los cuales impresiona más el silencio sombrío y la desnudez de los muros de la gran basílica de San Pablo, que las magnificencias de San Pedro ó de San Juan de Letran; en la múltiple apoteosis gloriosa de sus pinturas magistrales, de sus músicas melodiosas y de sus cantos sagrados; pero la raza latina no pide sólo impresiones para la mente, necesita para conmoverse y afirmarse en sus convicciones, sentir simultánea y hondamente, enternecerse, identificarse con lo que ve y trasfundirse en lo que la rodea.

Pero esta necesidad no emana solamente de que es preciso embellecer la democracia para hacerla triunfar definitivamente en el tiempo y en la historia, se impone además porque ese culto del arte sentido y practicado honda y sinceramente, dulcifica las costumbres, perfecciona y embellece las inteligencias, hace mejores á los hombres y les dá en la belleza misma, en su más elevado y fecundo concepto, una ley moral que fija rumbos inalterables, á las conciencias, honradas por ese culto superior que levanta y dignifica.

Realizar este propósito como uno de los grandes capítulos de la democracia, me parece que es la forma de neutralizar ciertas seducciones realmente bellas del pasado, haciendo de la vida republicana un culto sincero de virtud cívica, pero un culto noble y bello que arraigue profundamente en el alma, susceptible así de comprender, amar y seguir los grandes ideales de la humanidad.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

América: sus actividades, su situación presente para entrar á coparticipar de la vida internacional en las investigaciones científicas intensivas y en las manifestaciones superiores de la más alta cultura. La patria —necesidad de vigorizar y embellecer su concepto. Conveniencia de su enlace con la idea religiosa pura, serena y sin sectarismos.

Hemos tratado de trazar en los capítulos anteriores, el cuadro rápido de los obstáculos que opone el Viejo Mundo al espíritu de reforma y que no existen en América; hemos apuntado también las ventajas relativas que un legado inmemorial del pasado, ofrece á Europa como un control eficaz y que no existe para América; después hemos examinado también ligeramente ciertas condiciones ó circunstancias que rigen en el Nuevo Mundo, ya en su vida propia de naciones independientes, ya en su vida de relación, como unidades libres en la existencia colectiva internacional.

Como síntesis de estas ideas, llegamos á encerrarnos en el ambiente propio de América, intentando condensar su estado actual, la ruta de sus actividades y la finalidad á que debe aspirar.

Tomaremos indistintamente las naciones americanas en su vida propia ó en su vida de conjunto con sus hermanas.

La América actual (y voy á referirme una vez por todas á la generalidad de sus pueblos prescindiendo de excepciones) se encuentra en una situación ideal para realizar por sí propia las más altas aspiraciones de la civilización moderna.

Es joven y vigorosa, tiene en toda su integridad los entusiasmos creadores de la juventud, ninguna nube sombría entenebrece sus horizontes risueños, las más grandes verdades de la ciencia secular, y los últimos descubrimientos de esa misma ciencia victoriosa, se le ofrecen con el comentario ilustrativo de una legión de sabios gloriosos que han experimentado abnegadamente su exactitud.

Para hacer su elección libremente, no hay reato que se oponga, ni vínculos de raza, ni tradición de creencias, ni preocupación de clase alguna.

Puede elegir entre esas naciones nítidas que golpean á su puerta, las que conceptúe mejores para constituir su bagaje científico, é iniciar desde esa meta victoriosa, las etapas ulteriores de sus investigaciones propias, llevando á esa cruzada una erudición fácil que no ha minado su organismo, en una lenta y azarosa investigación, y una mente nueva, un espíritu juvenil con toda la integridad de sus facultades investigadoras.

En el campo mundial de la ciencia universal, no tiene, salvo excepciones de que me ocuparé después, una ciencia propia todavía, pero está en las mejores condiciones para crearla, sin perjuicio de que en la existente que se le entrega, su espíritu libre y exuberante ha dado, en multitud de casos, á sus interpretaciones un sello bien característico de acentuada originalidad.

Respecto del pasado y atu del presente, su mente está tanto ó más ilustrada que la mente de los sabios del Viejo Mundo, acaso más en determinados casos, pues analizando libremente síntesis ajenas, ni su amor propio, ni sugestiones extrañas, oscurecen su criterio para elegir acertadamente lo mejor.

En este orden, para el más exacto desarrollo de su acción, quizás encuentre un inconveniente que resulta de una altivez exagerada y quijotesca que es una emanación lejana de su individualismo nativo; pero este mal es perfectamente curable, y dominadas sus manifestaciones, la ruta se presenta libre de obstáculos y barreras.

En estas condiciones, se impone para el joven intelectual americano, un esfuerzo poderoso tendiente á acumular en su mente, un fondo inagotable de discreción y un espíritu sanamente crítico, que le permita fácilmente separar la mies de la maleza ponzoñosa, y una vez conseguido este equilibrio de armoniosa cultura, entrar de lleno á la vida científica ó intelectual del orbe entero.

Debe cuidarse, ante todo, de los que llegan como portadores de verdades científicas desconocidas, pues debe saber que en ese orden de conocimientos, nada puede vivir oculto ni ignorado, y que los que así se presentan, ó son los apóstoles de un charlatanismo logrero que nada puede enseñarle salvo el inagotable espíritu de aventura ó de comercio que caracteriza á la especie, ó una ignorancia absoluta del estado actual de América, en cuanto se refiere á su caudal intelectual.

Y no es que condene al decir esto, la recepción

invariablemente cortés de los que llegan con un propósito más ó menos claro de enseñarnos algo; por el contrario, aplaudo esas recepciones, siempre que ellas no traspongan la elemental cortesía que nos dicta una invariable tradición hospitalaria, para convertirse en una recepción entusiasta y tumultuosa, sólo explicable para los grandes genios humanos; y lo digo así, pues aunque estoy seguro que ninguno de esos sabios pueda enseñarnos alguna ciencia absolutamente desconocida para nosotros, pueden en cambio hablarnos de las costumbres, de los hábitos individuales ó colectivos, presentándosenos como argumentos vivos de las modalidades ó de la cultura de los pueblos de que proceden.

Y me refiero á esto, no porque crea que aún esos entusiasmos injustificados en su exceso, constituyan un mal irreparable ó sin remedio, sino porque esas manifestaciones, son explosiones de una indiscreción harto infantil, cuya exhibición compromete la seriedad de un pueblo que se respeta, y que evita cuidadosamente cometer esas ligerezas que amenguan su prestigio y comprometen su dignidad.

Tenemos, pues, el ciudadano americano, en posesión tranquila de la ciencia universal teórica, que le han trasmitido las otras naciones nacidas antes que él á la vida y á la lucha; le falta ahora la experimentación personal de esas verdades ó principios, para lo cual le conviene siempre consolidar esos conocimientos con la visión personal de los países, cuna de esos descubrimientos, donde podrá juzgar por sí de su exactitud, de sus derivaciones y de sus ventajas ó inconvenientes.

Considero fundamental esta actitud por la propia

situación de América con relación al Viejo Mundo, que ha desconocido por muchos años, con indisculpable ignorancia, la obra lenta y perseverante de cultura que se elaboraba en las naciones en ellas formadas, considerándolas á lo sumo como fuentes de explotación para el comercio europeo, que utilizaba en su industria las materias primas entregadas á la exportación.

Hay que crear el crédito intelectual y moral de estos países, que empiezan á preocupar seriamente la atención de los estadistas extranjeros, por el sello notorio de originalidad que caracteriza su vida, y en los cuales el pensador sincero, de mirada penetrante y profunda, encontrará no sólo mucho que estudiar sino también mucho que aprender.

En efecto, esa adolescencia de nuestro vigor físico asociado á una madurez intelectual largo tiempo poseída y consagrada, ha dado origen á un pensamiento nacional y creador, para el cual la investigación científica de orden diverso, ofrece facilidades extraordinarias y comunes, que son desconocidas en esa forma extensiva en muchos países de crédito intelectual indiscutible.

La inteligencia media en menores y adultos, sorprende al investigador extraño, pues esa circunstancia pasa desapercibida en general para nosotros, debido á la misma generalidad de los hechos que la comprueban.

Esta aptitud para el estudio es una promesa de éxito feliz en las investigaciones de todo orden, y cuando el espíritu americano, un poco versátil y movedizo, se siente atraído por una industria, un arte ó una obra intelectual y se consagra á ella con

interés, el resultado es invariablemente bueno y el triunfo consagra sus esfuerzos.

En tales condiciones se impone robustecer lo que no posee en toda su amplitud, y es el carácter firme y vigoroso que le ayude á vencer los obstáculos que se le oponen, conquistando esa imperturbabilidad serena que permite soportar con igual calma el fracaso y el triunfo.

El empleo de sus actividades está fijado por su misma situación: la ciencia debe provocar un culto activo que lo lleve á profundizar sus secretos, incorporando sus conquistas al caudal común de la humanidad, derivando de ella las adaptaciones prácticas que reclama su suelo y el ambiente que lo rodea; la industria en sus complejas bifurcaciones, tiene en sus pueblos, amplios y dilatados horizontes donde expandirse en las múltiples aplicaciones de sus territorios inexplorados que reclaman con energía las corrientes continuadas de una inmigración sana y laboriosa; el arte puro, la manifestación irreprochable de la belleza en sus eternas y admiradas formas, encuentra en sus almas libres de cansancio y saturadas de entusiasmo y de fe, y en los paisajes y en las perspectivas que lo rodean por todas partes, temas inagotables para su imaginación ardorosa; todo el cuadro de las energías activas y fecundas, está á su frente, provocando sus actividades y su esfuerzo perseverante.

Hay en esta obra un propósito patriótico de indiscutible trascendencia.

La América entera, como lo esbozaba antes, cuenta aún con dilatados territorios cuyas soledades reclaman que turbe su silencio los acentos de la vida,

en las manifestaciones tumultuosas de la labor humana.

Para llenar estos predios vacíos, no basta el auxilio que presta el crecimiento vegetativo que mantiene la población ó la acrece con excesiva lentitud; se necesita para multiplicarla que la inmigración lleve á la tierra inculta el esfuerzo del brazo que la haga producir, el concurso del elemento extranjero, que aporte el capital de su esfuerzo y de sus conocimientos, para consumar esa victoria, recibiendo en cambio y como compensación, los elementos de un bienestar futuro, que es el objeto de sus propósitos.

Pero ese inmigrante, llega desde todos los extremos del planeta, nadie le pregunta cuál es su patria, su lengua ó su religión, sólo se desea saber que viene buscando trabajo y que para que él fructifique, posee una salud visible, y un organismo vigoroso y un alma honrada.

En tales condiciones, América abre sus brazos hospitalarios al que llega y le brinda desde el primer día, las ventajas características del régimen de libertad que entrañan sus instituciones.

Pero una población constituída en esta forma, envuelve un peligro representado por la falta de cohesión necesaria que implica la unidad de ideales nacionales, pues esas multitudes pueden ser fuentes generadoras de grandes riquezas públicas, de engrandecimiento económico; pero serán siempre, ó una fuerza indiferente ó extraña á los íntimos intereses vitales que se concentran en las instituciones, ó un peligro general para ellos.

Con una inmigración semejante, la nación se ha-

brá enriquecido, pero los intereses económicos son con frecuencia indiferentes ó antagónicos á los intereses morales de los pueblos.

La obra, pues, de la defensa moral de las instituciones nacionales, es una obra de extraordinaria trascendencia en los países de inmigración, y esa obra es el fruto complejo de la adhesión de múltiples factores, que pueden concurrir á ese objeto.

Es ante todo necesario vigorizar el concepto de patria en su más bella y elevada expresión.

Hay en las ideas preconizadas por algunos autores suprimiendo las fronteras y haciendo del mundo entero la patria de la humanidad, una utopía aparentemente bella, pero falsa, que contiene además un germen morboso y anárquico.

Pretender negar la Patria, so pretexto de que ella no cabe en la fórmula más amplia y elevada de las aspiraciones humanas, es un error y un absurdo, y además entraña un egoísmo perjudicial á la especie; es desconocer una realidad tangible, para derivar luego, de esa negación, una falsa y peligrosa consecuencia.

La Patria es el punto inicial de nuestra vida colectiva nacional. Negarla, es desconocerla; derivar de ella egoísmos estériles, es no comprenderla; pretender suprimirla en nombre de los ideales de la especie, es ignorarla, es no sentirla.

Concibo sólo la oposición á la idea de Patria, como resultante de una existencia nómada desde la infancia, emprendida por la desaparición brusca de los vínculos que á ella nos ligan; concibo esa oposición, después de una vida de infortunios derivados de eternos fracasos, generados por una orientación fal-

sa de la existencia en pugna contra todas las ideas y sin el consuelo fecundo de la aspiración nítida y noble que se lleva en el alma; concibo esa oposición como signo de amargura de un alma débil en su desamparo, que herida por un dolor constante, en lugar de derivar de ese dolor un santo apostolado, se entrega á una vida de rencores, de pasiones ponzoñosas que nublan su mente y ahogan su corazón; pero estos ejemplos son raros y ellos sólo brotan en las tierras clásicas de los despotismos eternos y sangrientos, donde la vida se amasa con raudales de amargura, en un perpetuo infortunio, sin horizontes y sin esperanzas; jamás en los países de luz y de libertad.

Entretanto, para los seres normales, la Patria constituye el punto inicial de los santos afectos, de los sentimientos hondos y sagrados.

Todo se reconcentra en ella; ella es el hogar en que nacimos, el suelo que sustentó nuestra cuna y en el que ensayamos nuestros primeros pasos inciertos, el cielo en que se extasiaron nuestros ojos, el sol que iluminó nuestro camino, el ambiente en que se desarrolló nuestro cuerpo y cultivamos nuestra mente y nuestro corazón, donde ensayamos nuestra existencia de hombres, donde surgieron nuestros primeros amores, donde luchamos y sufrimos, donde formamos nuestros hogares abriendo la fuente de nuevos afectos, donde sufrimos el primer dolor, donde el infortunio marchitó nuestra esperanza, donde dimos la última despedida á los pedazos del corazón que nos abandonaban, donde está el suelo para nosotros inmensamente querido, en que reposan nuestros muertos, en ese suelo saturado de recuer-

dos en que el polvo de nuestros mayores se confunde con el polvo de cien generaciones muertas que amparan en los senos profundos de la eterna madre, las perpetuas transformaciones de nuevas vidas, en el perdurable cumplimiento de las inmutables leyes biológicas.

La Patria es todo un mundo de sentimientos generosos y abnegados, un compendio de una epopeya emotiva en la que condensamos afectos que devuelven ó retribuyen ternuras de madre, de inmensa y evocadora poesía, de memorias santas, de fecundas y ardorosas abnegaciones.

Y ese amor, esa ternura indefinible que nos vincula á un suelo dado, al suelo de los más puros y grandes afectos, no es un amor egoísta ni antisocial, es un amor poderosamente humano, que llena nuestros corazones de dulzuras desbordantes para los otros hombres, de afectos sinceros, de sentimientos hospitalarios para los que vienen á compartir nuestro bien, á cooperar con nosotros en el culto de ese amor, para embellecerlo, para poetizarlo y engrandecerlo.

Pero ese sentimiento no es sólo una manifestación emotiva intensa de nuestro ser, que nos perfecciona íntimamente y nos vincula á otros seres con lazos de afecto y de ternura: es también una fuerza incontrastable, fuente de valor invencible, de energías creadoras, de dignidad y de grandeza cívicas, que emana de ese afecto excepcional, para velar por el objeto de su culto, dándole, ó queriéndolo al menos, fuerza, belleza y legítima y bien entendida gloria.

La vieja fórmula "Ubi patria, ubi bene", es sólo una máxima egoísta de los seres errantes, sin vinculaciones humanas, cuya felicidad única está en la sa-

tisfacción de sus propias necesidades; los hombres que sienten noblemente, sólo en su Patria nativa hallan ese ambiente único, que rememora todas las manifestaciones de su vida.

Pero ese sentimiento es una fuerza, no sólo dentro de las fronteras de la propia Patria, sino que lo es también para ligarse con otra en un propósito común que los ligue y que no hiera, ni perturbe los propósitos independientes de cada uno.

Mas, para que esa fuerza subsista, es necesario mantener reverentemente su culto en toda su integridad, evitando que las corrientes inmigratorias que con cada uno de los que la forman, trae el ambiente de su Patria propia y condensados en él sus amores, sus creencias y sus tradiciones, diluyan ese afecto esparciéndolo entre muchedumbres extrañas ó indiferentes, que trabajen, acaso sin saberlo, por debilitar ese culto y borrar ese amor.

Es preciso como emanación suprema de la tolerancia que debe reinar en América, que se respeten y amparen todos los afectos, tradiciones y creencias de los que llegan á sus playas hospitalarias; pero en el alma de sus nativos y en el alma de los hijos de los que llegan que también son sus nativos, evocar la cuerda sonora, la nota vibrante pronta siempre á surgir á la evocación de las glorias patrióticas, de los progresos realizados, de las conquistas en la ciencia, en el arte y en las industrias, y hacer que cada patria, sea cada día más bella, su ambiente más sano y luminoso, la existencia más noble y levantada, á fin de que el amor de sus hijos se robustezca, y el ejercicio de su sincero culto afectivo, ejerza sobre todos, esa sugestión maravillosa que

atrae, que vincula, que ensancha el radio de acción moral de cada nacionalidad.

Esa obra tiene que ser la resultante de la labor consciente y perseverante de todos, pero ella es fácil, si el amor profundo á la Patria existe y si ese amor compartido, se extiende y es hondamente, sobrehumanamente sentido.

Sólo un amor semejante puede realizar tal misión, porque para trazar y seguir invariablemente esa ruta, no basta la mente sola, la conciencia del bien que se desea como aspiración final, sino que es necesario el amor desinteresado, la emoción abnegada que fluye de los grandes ideales cuando son profundamente bellos, hasta eliminar la propia personalidad en la personalidad colectiva patria, que es la síntesis de todos esos pensamientos y esos amores. Pero esto no es bastante aún.

Otro de los factores que más fundamentalmente pueden cooperar á asegurar á los ciudadanos americanos una elevada cultura, tan bella como sana, que le dé un altísimo é invariable criterio moral que haga posible, duradera y fecunda la solidaridad que se persigue como alta finalidad de su existencia colectiva, es la adopción de un credo religioso tan puro, que pueda albergar en su santuario todas las más nobles aspiraciones, tan amplio que en él quepan todas las creencias, tan tolerante que en él confundan sus preces todos los sinceros, todos los infortunados, todos los que tengan en su corazón el culto santo del amor que alienta y vivifica los más nobles ideales.

Y esta necesidad es más evidente si se tiene en cuenta que América ha abierto la puerta á los adep-

tos de todas las creencias humanas, cuyo culto es absolutamente libre y respetado en ella, por lo cual, todo dogma nuevo que se predique en su seno, debe tener lineamientos de una amplísima y serena filosofía que no hiera su pasado, que no lastime sus ritos; por el contrario, que lo impulse á levantar su vuelo sobre las pasiones limitadas, para alzarse más allá de los egoísmos y de las miserias que degradan al individuo y empequeñecen su acción.

No pretendo ser un apóstol ni un misionero, ni imagino siquiera decir una novedad; es este para mí un viejo tema de largas meditaciones que antes de condensarse en palabras, ha vivido mucho tiempo en mi pensamiento y en mi corazón.

Apunto la idea, que es sana, sin duda, para que ella sea analizada y discutida desarrollándola y haciéndola efectiva, si se vislumbra y acepta el propósito que la inspira; condenándola y olvidándola si el fallo popular le es adverso.

La noción inicial de ese culto debe empezar en la infancia, en la escuela ó fuera de ella, pero en esa etapa primera de la vida, en que la idea es color, es perfume y es armonía que deslumbra, consuela y vibra después en todas las edades, á través de todas las luchas, en medio de todos los infortunios, y en frente de todas las contrariedades.

Con prescindencia, pues, de toda prescripción constitucional relativa que consagre la carta fundamental de cada país americano, creo necesario y útil el culto superior de principios elevados que condensen en sí mismos un código perdurable y puro de alta moralidad personal, como salvaguardia fundamental de nuestras sociedades modernas en su

incesante evolución progresiva hacia más perfectas finalidades. (1)

Trataré de dar forma precisa á mi pensamiento.

Todas las religiones positivas y militantes tienen una tendencia absorbente impuesta por la naturaleza misma de las cosas, que las obliga, no solamente á considerar sus propias doctrinas como las mejores, sino á proclamarlo abiertamente, lo que es su derecho, y á combatir con todas sus fuerzas, con todos sus recursos y en todos los terrenos, las otras religiones que pueden, con el suyo, menoscabar su predominio, lo que si no es un derecho tan claro como el anterior en el concepto absoluto de tal, es un recurso humano, un medio de defensa natural, tanto más justificado en su empleo cuanto más sincera sea la convicción que abriga de la bondad y verdad de su doctrina.

Pero, no obstante su carácter humano y por esto mismo, este criterio exige el natural recurso de una defensa social, que asegure el triunfo, no de determinada doctrina impuesta, sino el de los altos principios de suprema tolerancia que garantizan la universalidad de las constituciones americanas, y á cuyo amparo pueden desarrollarse todas las creencias, sin más limitaciones que la moral social que fija la ba-

---

(1) Las ideas que constituyen este Capítulo, fueron ya expuestas en la Memoria de la Inspección Nacional de Instrucción Primaria correspondiente al año 1907 (Cap. XX, págs. 475 á 492). No hago más que reproducirlas sin otras modificaciones que las indispensables á dar á esta exposición el carácter general que reclama la índole de este libro escrito para la América entera, cuando aquél tenía un objeto necesariamente más restringido por su carácter oficial y aplicable á un organismo determinado.

rrera invariable del ejercicio de los cultos en los países civilizados.

La enseñanza de estos principios religiosos no podrá ser nunca, pues, para quien deba dedicarse á su estudio, la imposición de determinado culto ni de doctrinas especiales encerradas en límites inextensibles, porque si se procediera así, se violarían abiertamente los principios á que antes me refería, y se crearían elementos perturbadores que conspirarían contra ellos, alterando ese necesario y sereno ambiente de concordia fecunda, indispensable para el desarrollo sincero de la libertad en sus más variadas y creadoras actividades.

Esto que es verdad en todas partes, lo es esencialmente en América, porque constituída en general con los elementos étnicos más variados, también lo son sus creencias, cuyo culto debemos asegurar en un medio de respeto mutuo é inalterable.

Séame permitido aclarar el porqué de esta necesidad que vislumbro de un caudal de altos principios religiosos en el seno de América como fundamento de un código moral que coopere con otros factores á orientar sus actividades ulteriores, para concluir exponiendo cuáles son esos principios religiosos que acepto como necesarios al objeto que persigo.

La humanidad en el rudo peregrinaje de su carrera, puede señalar las etapas de su vida, por los obstáculos que detienen su marcha y que no siempre puede vencer y superar.

El cuadro diario de sus derrotas engendra en las almas el desaliento que agota su energía; los capítulos de una existencia consignan más fracasos que

triunfos, y para las aspiraciones más generosas y abnegadas el hombre encuentra frecuentemente barreras insalvables, en las cuales ve estrellarse sus propósitos más queridos y ante ellas se desvanecen sus sueños más acariciados.

Por otra parte, el desarrollo de la vida no ofrece á la mirada del observador consciente el cuadro de las sanciones que encuentra el mal, el egoísmo activo, en su acción victoriosa sobre el mundo. Por una caída ó un fracaso de un delincuente audaz cuyas artes no le dan la victoria final, mil ostentan orgullosamente la enseña de sus actividades triunfadoras.

Para el vencido en el campo de la lucha honrada y alta, ese cuadro del delito triunfante es sugestivo y atrayente. Basta á veces dejarse ir, resbalar suavemente en el camino y cubrir luego con áureos laureles, las manchas de cieno recogidas al caer, en el campo de las actividades inconfesables.

Y muchos caen porque el espejismo es seductor, porque las probabilidades á ganar son muchas, y á perder, constituyen una contingencia á lo sumo igual á la de los que siguen el buen camino y encuentran al final el fracaso.

¿Será acaso un bien generalizar este criterio?

¿Hay en ello alguna conveniencia social?

Pero no todos caen; hay también los que luchan hasta donde alcanzan sus fuerzas; pero ese cuadro eternamente renovado del delito, del mal triunfante, sin sanción humana, crea, para los infortunados, un ambiente dantesco de fatídicas desesperaciones, de días sin sol, de hondas y perturbadoras melancolías infinitas!

De esa desesperación incurable y generalizada, nacen los grandes cataclismos sociales, incomprensibles para el vulgo; pero perfectamente explicables para aquellos que han tenido el valor de descender á los más profundos abismos del dolor humano.

Los hombres de una elevada cultura moral, intelectual y artística, aquellos que en una atmósfera de levantados propósitos y de puros ideales han conseguido sobreponerse á las luchas y las pasiones humanas, pueden quizás mirar con altiva indiferencia, esos triunfos raquíticos de un bajo mercantilismo moral, de un egoísmo activo é infecundo ó de un lolito tolerado por una sociedad cobarde ó desquiciada, en lo que debieran ser sus eternos fundamentos diamantinos, porque ellos tienen en el caudal de sus ideas, en las llamaradas de su pensamiento ó en las palpitaciones de su corazón sensible á las más bellas manifestaciones del arte puro, el fondo, el caudal inagotable de resistencia, que los preserva del dolor sombrío, de la desesperación eterna, del desaliento que destruye una vida y marchita un alma exuberante de entusiasmos; pero á aquellos que viv en la perpetua sombra, aquellos que, en la lucha perdurable de la existencia, sólo han encontrado espinas en su camino, sólo han recogido dolores, aquellos que en el perpetuo combate del vivir, no han podido desligarse del presente, siempre nebuloso, ni acumular esos tesoros de resistencia humana que se condensa en una elevada cultura, para colocar su bien y su dicha en su propia alma, sobre los hombres y sus ambiciones precarias y tumultuosas, ¿qué destino les está reservado? ¿qué porvenir les espera?

La vida creadora de las actividades humanas es-

tá principalmente en el amor, más bello cuanto más alto; más fecundo, cuanto más abnegado.

La solidaridad que ve un hermano en cada hombre, se funda en él; por él, surca el desierto desconocido el misionero sincero, que lleva á otros pueblos ignorados la palabra de su Dios; por él, consagra el sabio una vida de labor grandiosa, buscando en las entrañas del mal, el germen bendito de la salud ó robando sus secretos á la ciencia, para embellecer ó hacer más dulce y provechosa la existencia; por él, el maestro, en su escuela lejana, solitaria y anónima, elabora con cariño perdurable, con abnegación infinita, el ciudadano del porvenir.

Pero el amor sólo regula la existencia humana, cuando la desesperación no ha presidido su nacimiento, acompañado su vida, y no anuncia con fatídica tenacidad que se sentará al borde de su tumba prematuramente abierta, como queriendo velar también su último sueño.

Cuando falta esa cultura elevadísima que es el patrimonio de unos pocos; cuando faltan los halagos de esos favorecidos de la suerte, también de número reducido; cuando se ausentan para siempre las caricias del triunfo ó los ensueños de la juventud, ¿quién mantiene en el alma esa lámpara del amor fecundo, cuya llama ilumina los senderos de la vida?

La idea religiosa es solamente la que puede mantener este culto, avivar esta llama, bordar de flores el camino de esta vida, porque ella tiene en las creencias que difunde, en la propaganda que realiza y en la fe que evoca, el secreto consolador de la esperanza, la esperanza que si tiene sus raíces

en la tierra generosa y exuberante, hunde sus ramas y sus flores, más allá de las nubes, más allá de esa bóveda azul, frontera luminosa de lo eternamente bello y eternamente impenetrable!

Defender como una necesidad actual la idea religiosa, considerándola como un complemento indispensable de la educación popular, como un factor de resistencia y de energía para realizar los elevados fines de los jóvenes países de América, impone la obligación de exponer claramente el concepto que se tiene de esta idea religiosa que se preconiza.

Escribo para la época actual, contemplo las necesidades del momento, creadas por el cuadro de nuestro mundo presente.

Yo sé que llegará un día, de posible perfeccionamiento humano, en que el hombre conquistará el supremo equilibrio de sus facultades de todo orden, y que podrá llegar á ser un cosmos armónico que simbolice en sus múltiples actividades, el concepto de un organismo vario y perfecto; pero esa finalidad soñada, es aún una utopía que tardará muchas centurias todavía antes de verse realizada.

Sé que mis ideas van á chocar contra los radicalismos de unos y también contra los sectarismos de otros; pero precisamente entiendo que uno de los más grandes bienes de la libertad del pensamiento, es exponer sus ideas, cuando se abriga la convicción de que en ellas se encierra una verdad, aunque esa verdad deba chocar con las ideas, los prejuicios ó las supersticiones de los demás.

Es evidente que existe, en el seno de la especie.

la idea superhumana de algo, que en medio de la vertiginosa movilidad de los acontecimientos humanos, permanece inmutable, permanente, inalterable.

Los hombres y los acontecimientos pasan en raudo torbellino, las generaciones se suceden, desaparecen las naciones, una civilización sucede á otra civilización, y á cada instante una nueva perforación del subsuelo, nos descubre inesperadamente que en los senos más recónditos de la tierra, se guardan los rastros tangibles de otros pueblos que fueron, de un arte que pasó, de un poderío que se desarrolló deslumbrante en las lejanías de la prehistoria, todo en gigantesca confusión, hasta el punto de hacer pensar que nuestro planeta está formado con las cenizas de las humanidades muertas; pero en este perpetuo movimiento de lo que nos rodea, nuestro pensamiento mismo, para medirlo y apreciarlo, tiene fatalmente que referirlo á algo que permanezca inmutable, que no oscile, que no ruede, que no se agite.

Los que han visto, los que han sentido un temblor de tierra, pueden tener la idea de esta relación necesaria, pues cuando esa tierra en que hemos nacido, que pisamos y en la cual afirmamos nuestra planta para reforzar nuestra acción, se agita en los movimientos gigantescos de una suprema convulsión geológica, la idea de lo permanente se obscurece en nosotros, falta á nuestro espíritu la unidad de quietud, de fijeza, á que relacionamos el movimiento, y nuestra mente se debate en el caos, que produce el derrumbe de aquel símbolo eterno de lo inmóvil, en medio de lo eternamente en movimiento.

Lo que pasa en el mundo físico, ocurre también en el mundo moral.

Una tradición más que centenaria ha burilado en el alma humana el concepto de lo perdurable, de lo absoluto, para oponerlo á lo que perece, á lo que cambia, á lo que se transforma, y la inteligencia más robusta, el genio más poderoso, no tienen elementos bastantes entre lo que se modifica y muere, para llenar ese desconsolador vacío, que deja en el alma el hundimiento de la cumbre en que alumbra eternamente la antorcha de la perpetua vida inmortal.

No ignoro que se opone á ese eterno concepto de lo absoluto, depositado en el fondo del alma humana, la realidad de tribus descubiertas, en las cuales no se ha encontrado el menor rastro de esas ideas. (1)

Sea; pero esas mismas tribus más próximas á una animalidad rudimentaria, si en realidad existen, vienen á confirmar que la idea de lo estable, de lo permanente, de lo absoluto, que caracteriza á las naciones y que más se acentúa cuanto más se avanza en la escala de su cultura, es una necesidad ineludible de la especie, que no se suprime negándola, sino que debe cultivarse, que debe educarse, que debe dirigirse.

Los que poseídos de una convicción sincera pretenden negar la existencia de esta creencia inalterable, mal delineada en ciertos espíritus ineducados

---

(1) *Antropología*, por el doctor Topinard, ampliada por el profesor F. Ratzel.—M. Vinson, *Historia de las Religiones Activas*.

é ininteligentes; más sutil y más firme conforme se adelanta en una instrucción más perfecta, lo hacen, en ciertos casos, con absoluta buena fe, creyendo que esas ideas pueden engendrar todas las supersticiones más nefastas para el desarrollo de la especie y el perfeccionamiento de la humanidad, y cuyo origen entraña un atavismo que conviene neutralizar ó destruir; pero esos mismos espíritus que se consideran libres de todo tutelaje atávico, que se creen en posesión de una independencia absoluta, asentada sobre la sólida base de una ciencia verdadera, pagan, sin embargo, tributo á las más infantiles supersticiones, á las más ingenuas concepciones, siempre que ellas se envuelvan en el manto arcaico de una tradición milenaria.

Ese extravío es el que combato, pues tengo un concepto tan ideal y tan puro de la verdadera libertad, que considero que nadie tiene derecho á imponer sus propias ideas por la fuerza, pues cada uno debe elegir en el palenque abierto á todas las discusiones, sus convicciones propias, el caudal personal de ideas y creencias, que constituirán su salvaguardia íntima, cuando las luchas de la vida dejen en su alma el sedimento de amargura del primer tropiezo ó del primer fracaso.

Yo deseo reservar al niño en la escuela ese escudo, quiero dejar á ese precioso germen del hombre, ese tesoro de resistencia que mantenga su fe, que tonifique su entusiasmo, que le dé la posesión absoluta de sí mismo, que asegure al luchador futuro, la armoniosa integridad de sus actividades que reclama imperativamente la vida colectiva de América.

Lo que en mi concepto debe ser la idea religiosa

fecunda no se condensa en los principios de una religión positiva determinada, sino en aquellos amplísimos que sugieran ó sinteticen las ideas de absoluto, de infinito, de inmortalidad.

Repudio con energía, como un mal indiscutible que debemos alejar á todo trance, la enseñanza metódica de toda religión positiva, sea cual fuere, que lleve al niño al estudio íntimo, intrincado y minucioso de creencias incomprensibles en la generalidad de los casos para él, y aún para los adultos, y en cuyo estudio deseando afirmar una doctrina, arraigar una convicción y robustecer una fe, se empequeñece de tal manera el concepto de la divinidad, se humaniza tanto la idea de Dios, que llega hasta dotársele de pasiones excesivamente terrenas, ora vanagloriosas, ora ingenuas, ora bravías é iracundas.

El alma humana para no desnaturalizar sus fines, debe ser engrandecida sistemáticamente por la contemplación en todos los momentos, de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, y ese resultado no se consigue con el culto de una divinidad que se destruye, al insistir con exceso en delinearla para hacerla visible, en sus perfiles acentuadamente humanos.

Cuando se trata de invadir las fronteras á que no alcanzan nuestros sentidos, es imposible pretender diseñar con escrupulosidad absoluta, seres, situaciones ó entidades que se substraen á nuestra propia mirada investigadora. El misterio conviene á lo superhumano; la imaginación es siempre más poética, más creadora y más bella que la realidad convencional de una humana investigación que es imposible.

La enseñanza de la idea religiosa, en mi concep-

to, debe consistir en el culto intangible, sincero y constante, de la verdad suprema, de la eterna belleza, de la inagotable bondad y del bien inmortal; pero colocando este culto más arriba de nuestras pasiones precarias y egoístas, y guiados siempre por un propósito grande y elevado.

Es necesario asentar con él hondamente en la conciencia, el sentimiento poderoso é incontrastable de una solidaridad verdadera, de esa solidaridad consciente que mira en cada hombre un hermano querido, vinculado por un ideal común que debe ser el perfeccionamiento de la especie en su vida subjetiva individual; el progreso y la civilización, en su vida colectiva de familia, nación y humanidad.

En la primer edad, el cerebro de los niños tiene una plasticidad que facilita la obra del educador inteligente; su influencia desarrollada en un ambiente sabiamente propicio, tendrá en el porvenir inmensas proyecciones.

Y no es imposible realizar el concepto de una idea religiosa así, pues los elementos que la constituyen, están en los anales de la vida humana, á través de todos los pueblos y de todas las edades.

Desde que la humanidad existe, han surgido en su vida, crisis de mayor ó menor intensidad, que han dejado su huella profunda en su propia historia.

A veces los mágicos horizontes que ofrecen á los guerreros los espejismos de la ambición, han dado á los conquistadores la sugestión del éxito que nace de los triunfos ruidosos, y han atraído á sí en un momento dado, la admiración incondicional de los pueblos subyugados por su marcha triunfadora.

El prestigio de sus triunfos ha obscurecido la

mente popular, y ante ellos, los principios verdaderos de gobierno, han huído avergonzados, creyendo vencido para siempre el reinado de la verdad.

Pero en medio de esta vorágine irresistible, no todos ceden á la corriente vertiginosa; siempre hay un pensador solitario que protesta, una idea sana que se levanta contra el mal triunfante, y lo que primero asoma tímidamente, que apenas se escucha, que es una voz flébil y sin resonancias, poco á poco, crece, se robustece, se agiganta y truena al fin con eco irresistible, consagrando en su vuelo el triunfo de la eterna verdad.

Mas la ambición no es siempre guerrera, pues múltiple en sus aspiraciones como la naturaleza misma, busca el poder en todas las formas, ya entre ríos de sangre, ya en las transgresiones de la justicia, ya en la desnaturalización de la ciencia.

Y hay momentos en que su imperio se vuelve irresistible; contaminados los pueblos por la injusticia que domina las alturas ó por las supersticiones que se enseñorean de la sociedad, todo lo que obedece á sus mandatos, se muestra abatido y la conciencia popular es débil para resistir el empuje del torrente cenagoso.

Pero penetremos en ese aparente caos en que todo se marchita y perece, y la mirada investigadora y consciente, ve en el fondo de esas tinieblas el pensamiento que vela, la idea que encierra la salvación, la reacción tímida al principio, vigorizada en la lucha, y tonante después y triunfadora, que se alza luego magnífica proclamando incontrastablemente el reinado de la eterna verdad.

También la belleza sufre sus eclipses, y la historia

ofrece en sus páginas, la narración de esos períodos melancólicos de la humanidad en que el arte prostituído sólo concibe creaciones delirantes; la pintura y la estatuaria se debaten estérilmente en una lucha imposible y obscura, la noción verdadera de la belleza, parece para siempre desterrada del mundo, y la literatura, la poesía, sacudiéndose en movimientos convulsivos y en contorsiones extravagantes, parecen destinadas á cantar las más bajas pasiones de la especie, las más enfermizas concepciones del ingenio humano.

Es necesario, sin embargo, no desmayar, cuando esas ráfagas pasan en su vuelo doloroso sobre el mundo, pues en el seno del propio mal, se agita siempre el germen de la reacción, la aspiración al viejo canon, que simboliza en su concepción perfecta, la idea armoniosa de la grande, de la perdurable, de la eterna belleza!

Otras veces el mal parece levantarse dominador y absoluto sobre el mundo.

El crimen no encuentra barreras en su camino; la imagen del delito se levanta perpetuamente ante los hombres, y las inteligencias extraviadas, contaminadas por el mal, se consagran á proclamarlo, á defenderlo, á poetizarlo.

Todo parece deshecho; el monumento de las instituciones humanas se derrumba, las almas aterrorizadas pierden la noción de la justicia, y en el inmenso caos en que todo perece, el mundo moral rueda desquiciado y perdido.

Pero el mal no es universal; hay un ser bueno, un grupo, una sociedad que se aleja discretamente de la tormenta; que espera. Llevan en su seno el te-

soro de la reacción, guardan en su alma la herencia de la justicia, mantienen en su corazón el culto de sus viejos ideales, y allí, en el silencio primero, rodeados del misterio que reclaman las ideas desconocidas, los cultos nuevos cuyos propósitos no se comprenden, mantienen la tradición gloriosa, preparan su despertar, elaboran con abnegación y con fe, el porvenir, hasta que el triunfo avasallador se impone con el impulso poderoso de lo irremediable.

Es el triunfo de la eterna justicia que al fin se impone, el Bien eterno que flota sobre las tinieblas del caos, como una inmortal promesa de salud!

Ese concepto grandioso é inalterable que perpetuamente aparece en la historia de la humanidad, esa noción tangible y eterna que se salva siempre en el cataclismo y que flota en el caos; esa noción inmutable que se encarna en el pensador solitario que protesta, en la idea sana que surge como una promesa de reacción y que opone á los deslumbrantes espejismos de las grandes mistificaciones de la mentira triunfante, el cuadro severo y sugestivo de la verdad eterna y atrayente; que á las torturadoras extravagancias del arte y de la literatura enloquecidas en el afán de encontrar nuevos rumbos á la actividad mental de los hombres, opone el concepto inmutable de la clásica, de la eterna belleza; que al avance del crimen, que al triunfo avasallador del delito y las gloriosas apoteosis de las ambiciones malsanas que extravían á la humanidad en su carrera, opone el concepto de la justicia perdurable, que condena ese crimen, que anatematiza ese triunfo en nombre del eterno Bien; ese algo que palpita en el alma del mundo, que no muere jamás,

que entraña la idea de lo que dura en oposición á lo que se descompone y muere, que coloca en frente de lo contingente y perecedero que nos rodea, el concepto de lo inmutable y absoluto: en todo eso, están los fundamentos de una verdadera religión para el hombre, de una religión noble y santa que mira al porvenir, pero que saca también del pasado, de una legión de héroes del sacrificio, la vena inagotable de su vida futura, que es sagrada como la idea; bella, como la belleza misma; eterna, como la misma eternidad!

Mas la idea aislada de la belleza, no basta, pues sería imposible en la época actual considerar como un ideal único, realizar el sueño de la Grecia clásica ó de la Italia del Renacimiento en que la literatura y el arte rayaron á mayor altura, pero en cuyos períodos mismos, la verdad absoluta fué desconocida é incomprensible la noción del eterno Bien.

Sociedades nuevas, reclaman nuevos rumbos, y ellos deben buscarse en la armonía de esos eternos principios de verdad, de belleza y de bondad, engrandecidos con el prestigio de un culto sincero y grande, para realizar su propósito y su fin, única forma de congregar á todas las inteligencias, á todas las voluntades, y reunir á todos los corazones.

Esos sentimientos cultuales hay que ampararlos, hay que robustecerlos y darles la cohesión indestructible de una doctrina, para que puedan producir todos sus bienes y hacer de ella el gobernalle de la existencia.

Condensando las ideas expuestas, debo manifestar que considero lo que llamo idea religiosa, un complemento indispensable para el ciudadano

americano, siempre que ella sirva para darle una coraza diamantina contra todas las supersticiones, contra todos los fanatismos y lo levante sobre el nivel de las pasiones tumultuosas que lo rodeen.

Quiero dar al ciudadano de América la religión de la verdad, de la belleza, de la justicia, de la bondad; pero en el grado supremo que asegura su permanencia, que la hace perdurable y eterna.

Quiero desarrollar á su amparo, el amor intenso de la vida, pero el amor hondo que dura, *pues no* reposa en los placeres ó en las emociones de cada día, sino en un espíritu elevadísimo de solidaridad, que lo impulse á conquistar con el propio el ajeno bien, sin esos egoísmos activos y malsanos què marchitan y empequeñecen al ser humano.

Deseo que esa solidaridad sea el ideal superhumano que atraiga á las multitudes, colocándolas fuera de nuestro contacto, para que ella no impulse nuestra acción tan sólo hasta la tumba, fin tangible de nuestra especie, sino que vaya más allá, recordando siempre, en todos los momentos, que cuando desaparecemos bajo la losa que cubrirá nuestro último sueño, quedan aún sobre la tierra nuestros descendientes, nuestros hermanos, que se sucederán en el tiempo en una cadena interminable de afectos, símbolo de aquel amor vívido y fecundo que guió nuestros pasos, y á los cuales les debemos nuestro amor, nuestro concurso, nuestra protección, nuestros entusiasmos y nuestras energías!

Aspiro, en una palabra, á que el hombre así formado, cuando llegue al límite de su vida, no mire en torno de su lecho las imágenes angulosas y heladas que son el epílogo de esas existencias consagra-

das á un egoísmo activo y desconsolador; quiero que en esas horas de solemnidad suprema, pasen rumorosos por su memoria, los recuerdos de los esfuerzos realizados en pro del bien común; que la idea de la muerte no simbolice el fin estéril y definitivo de un ser humano, y que los ecos de una vida consagrada al bien, á la verdad, á la belleza, al amor, constituyan las armonías grandiosas de un salmo, que aún en esos momentos, pueda ser simultáneamente el salmo de la vida intensa que embellezca con sus armonías supremas el salmo de la eternidad!

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

La ciencia americana, su desarrollo, su originalidad. Excepcionales condiciones en que se encuentra para el perfeccionamiento de la ciencia política y su aplicación sincera y leal.

Decíamos en el capítulo anterior, que América, en su gloriosa juventud, no puede tener aún una ciencia propia universal, aunque pueda en cierto sentir tenerla particular; y no puede, no sólo por su reciente incorporación á la vida colectiva de las naciones, sino porque hoy, en la íntima y constante relación en que se hallan los pueblos más distantes, ninguno puede tener una ciencia exclusivamente suya, desde que el descubrimiento reciente, el pensamiento nuevo que se revela, inmediatamente se unen al descubrimiento y al pensamiento de los otros, para aumentar y enriquecer el capital común.

Pero si respecto de la ciencia en general, la América tiene que reducirse al estudio profundo de la acumulada por muchos siglos de cultura ajena, interpretada con un criterio de originalidad que las circunstancias determinan; en cambio, esas mismas circunstancias y esa originalidad de criterio, aplicado á la ciencia constitucional y las que con ella se relacionan, toma carta de naturaleza en América, donde en breve tiempo se ha hecho un ensayo intensivo del régimen democrático, más ó menos sin-

cero, más ó menos leal, más ó menos abnegado, pero que dentro de todos los defectos imaginables, tiene fisonomía y rasgos propios, que pueden generar en el porvenir una ciencia americana.

El esfuerzo de estas naciones estriba en el perfeccionamiento de esa ciencia, haciéndola más bella cada día, más noble, más elevada, más de principios en lo que á las leyes fundamentales se refiere, de modo de obtener en ella una consagración completa del impersonalismo que debe ser la médula de la democracia, y de la cual resulte que nuestra originalidad en esa ciencia, se imponga al mundo entero por la idealidad perfecta de sus postulados.

Nuestro prestigio está ahí: la grande atracción de nuestros pueblos, está en la libertad que como nigún otro poseemos; pero ese caudal nativo, hay que aumentarlo perfeccionándolo; hay que cimentarlo, asegurándolo contra nuestras pasiones; hay que hacerlo invariable en la orientación de mejoramiento indefinido, é inviolable y sagrado en su posesión.

La igualdad civil que proclama con absoluta imparcialidad los derechos de todos los que habitan su suelo, es el cimiento de una sociedad poderosa que contempla todas las actividades humanas.

Vivir, moverse, pensar, reunirse, estar seguro en el hogar que habita, saber que es suyo, que hay una autoridad que lo ampara en su goce y que rechazará las agresiones á su derecho; que su honor y el de los suyos constituye un caudal que le pertenece, que nadie ofende ni ataca normalmente; pero que si tal sucediera y su fuerza no bastara para rechazar esa ofensa ó ese ataque, un poder tutelar y se-

reno, restablecería inmediatamente el reinado del derecho que ha sido perturbado; sentir que tiene en el alma un mundo de creencias íntimas á las cuales consagra su pensamiento y su culto, y saber que ese tesoro íntimo no será violado por nadie, y que no sólo le pertenece allí, en su alma misma, sino que puede libremente proclamarlo y defenderlo, buscando la controversia que lo extienda y dignifique.

Esa libertad civil es el tesoro precioso de la democracia, el alma misma de la igualdad; proclamar que no existen distinciones de nacimiento, que no hay diferencias de clase, ni privilegios de casta, que todos tienen iguales derechos á la vida en todas sus amplias y complejas manifestaciones y actividades, es sin duda bello; pero es platónico ó innocuo, si esas declaraciones no tienen la consagración de leyes sinceras con sanción eficaz y, sobre todo, el firme, el invariable propósito de cumplirlas en quien debe aplicarlas.

No importa que los espíritus invasores se levanten contra esas leyes pretendiendo violarlas, intentando agresiones contra el patrimonio ó el honor ajeno, porque eso es posible y es humano, siempre que la autoridad pública que tutela esos derechos, reprima esos avances, contenga al invasor, castigue sus faltas, lo obligue á indemnizar los daños que ha causado, en una palabra, restablezca el imperio del derecho, sin distinción de personas, clases, ni corporaciones, inspirándose en el más claro é irreprochable concepto de la igualdad racional, y en los mandatos impersonales de la justicia, igual para todos, dentro del ambiente de la moral y del derecho.

La vida democrática que es la consagración eficaz de la actividad de todos, reclama una organización compleja y científica, que forme algo así como el desenvolvimiento de esa serie de libertades que constituyan un mutuo control, y en su desarrollo realicen el ideal de una síntesis armónica, que simbolice la garantía y el respeto para los principios fundamentales que la constituyen.

Es así que la libertad política, es el apoyo más eficaz de la libertad civil, pues ella asegura la libre designación de los elementos que representan momentáneamente la delegación de todos en el ejercicio de la autoridad que vela por todos, y esa intervención que fiscaliza los actos de sus mandatarios transitorios, es la garantía más indiscutible del ejercicio de su autoridad, el necesario control de sus actos, que analiza sus timideces y toma nota de sus avances, ya para combatir aquélla, ya para reprimir ésta, ya para hacer el proceso de sus errores, de sus faltas ó de sus delitos.

Pero para que esta libertad política dé todos sus frutos, es necesario que su ejercicio no esté limitado por ninguna traba, que todos tengan intervención en la constitución de esos poderes ya como electores ó elegibles, que el ejercicio del sufragio se realice en la forma más amplia y ecuánime, lealmente, sinceramente, cuidando de castigar con criterio de justa severidad, las agresiones siempre graves á ese sagrado derecho de los pueblos libres.

Para alcanzar este resultado, es necesario interesar á todos en la gestión de estos deberes cívicos, hacerles comprender que de su ejercicio amplio y libre de coacciones de la fuerza, y de sugestiones del

favoritismo, depende el bienestar de todos, su tranquilidad propia y la posesión serena de un bien inapreciable cual es la libertad; que sólo perdura gracias al esfuerzo perseverante, al constante interés de vigilar y tutelar el patrimonio común, que debe animar á todos los ciudadanos en nombre de un alto deber ineludible é inexcusable.

Sólo así se cumplen los mandatos del credo republicano, sólo así se prospera en la faz material y moral, cívica y política de las democracias, que sólo así se imponen y dignifican en frente de los que las atacan, las desconocen ó las zahieren.

De ese respeto cultual á todos los derechos consagrados, de la suprema tolerancia para todas las ideas ó las aspiraciones legítimas, de la solidaridad que emana del mutuo concurso para cuidar y defender el patrimonio de todos, fluye naturalmente la armonía, que es la antítesis de la guerra; surge esa paz fecunda que reanima las actividades, que levanta la mente á las altas controversias de las ideas, que purifica el corazón de odios y rencores, que hace germinar en el surco la simiente, que mueve el motor de la industria en las ciudades, que abre las puertas al comercio, que busca la cooperación de otros hombres en la labor de cada día, que tranquiliza y embellece los hogares y despierta un propósito en la voluntad, un afecto en el corazón, y un ideal humanitario en la mente.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Monarquía y república—clases dirigentes—aristocracia y democracia. División de los poderes. El sufragio—su ejercicio. Libertad y responsabilidad. La prensa, garantía de la democracia.

Las monarquías ó sea el gobierno de uno ó varios sobre todos, resolvió el problema del poder en una forma lógica con su institución, creando las clases aristocráticas que rodeaban al monarca y de cuyas filas solamente, (salvo las audacias del genio, Napoleón por ejemplo) podía salir el sustituto en caso de vacancia del trono.

Para las democracias, el problema aparece más complicado, desde que falta la clase dirigente por derecho propio ó por herencia; pero el código consagrado de la emancipación, supo conciliar la igualdad racional, con la creación de una aristocracia especial, emanada casi siempre del esfuerzo propio, la aristocracia de la inteligencia y la virtud.

Es la clase dirigente ideal en el régimen del gobierno democrático, pues sus puertas están abiertas para todos los que quieren penetrar á ella, si tienen energía representada por una voluntad incontrastable.

En efecto, la virtud no es sino el esfuerzo conti-

nuado de la voluntad, impulsando el ser humano por la ruta de la moral; y la inteligencia, es casi siempre el esfuerzo perseverante de esa misma voluntad sobre la mente.

La clase dirigente de la democracia, pues, está lejos de constituir un símbolo del antiguo privilegio ó de la casta, como en las monarquías; es simplemente un incentivo á la voluntad para llegar á los puestos eminentes de la autoridad y del poder.

De esa clase aristocrática abierta para todos, pero á lo cual sólo llegan los ungidos por un esfuerzo poderoso de una voluntad inquebrantable, deben surgir los elementos destinados á regir los destinos de la sociedad, pues esos cargos, á pesar de su carácter esencialmente precario, reclaman los mejores, aquellos que en las batallas de la vida, han comprobado con su conducta inalterable que poseen una virtud bastante poderosa para sustraerse á las atracciones enfermizas del poder que impulsa á conspirar contra sus instituciones, comprometiendo la estabilidad del régimen y el bienestar de todos, y una inteligencia robusta y preparada, para vigilar desde la altura la marcha de las sociedades, guiarlas en los momentos difíciles, y tutelar con austeridad republicana, la marcha de la nave en su ruta indefinida hacia el futuro.

Inteligencia y virtud consagradas, son las condiciones indispensables que garantizan una buena gestión política, porque condensan la demostración de una elevación de alma necesaria, para sustraerse á las asechanzas de las humanas pasiones, y conservar á su autoridad el carácter de impersonal y anónima, que exige el sacrificio del amor propio en

holocausto á las leyes ó principios en que reposa la autoridad que ejerce en nombre de todos, la que es transitoria, mientras aquéllos son permanentes y eternos.

Pero aún no basta la posesión presunta de estas condiciones fundamentales, pues la apariencia de una virtud y una inteligencia, no es siempre la inteligencia y la virtud misma, y en este caso, la democracia debe precaverse dentro de la falibilidad humana con los medios y las garantías á su alcance. De esta necesidad se deriva que la autoridad debe tener toda la libertad necesaria para el ejercicio eficaz de su mandato, pero su control debe ser una responsabilidad ilimitada, que permita aplicar oportunamente una sanción severa á las agresiones de los mandatarios infieles.

Los que ajusten su conducta á la ruta trazada por las leyes, encontrarán en los beneficios que su acción reporte á la comunidad, en la serenidad de su propia conciencia, en el aplauso y en el juicio de la posteridad, altas satisfacciones que complazcan un alma serenamente noble y sinceramente republicana; los que delincan, hallarán en su juzgamiento y castigo, en los reproches universales y en el juicio condenatorio de sus actos, la pena más severa y cruel, para todo aquel que no haya caído en lo más hondo de la depravación humana.

Llegar á alcanzar la posesión de un estado semejante en la vida institucional de un pueblo, sería un honor reclamado por la situación de América, pero para alcanzar ese honor, es preciso que cada ciudadano derive de su sincero patriotismo, el cuidado celoso y desinteresado de los negocios públi-

cos, no como manifestación de un amor estéril por la política y sus triunfos y sus honores, sino por el interés de todos, perfectamente armónico con su propio interés; que cada organismo del Estado, realice en su esfera la labor de tutela y de perfeccionamiento que le incumbe, y sobre todo esto, que la prensa, ese poder incontrastable, sea lo que debe ser, el cruzado ardoroso, ecuánime y gentil de la democracia.

La estabilidad de ésta, como régimen institucional de un país, reclama una armonía de disposiciones constitucionales, tendientes todas á asegurar su funcionamiento y su perfeccionamiento indefinidos, armonía que asegure el triunfo de las instituciones con y sin la voluntad de los mandatarios del pueblo, con ó sin su virtud, con ó sin su voluntad manifiesta.

Analicemos esto que es fundamental.

La democracia como una de las bases primarias de su seguridad, ha aceptado en América la división de sus poderes constitucionales en Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

Su propio nombre, explica suficientemente sus atribuciones sin que tengamos que entrar á hacer definiciones harto conocidas.

El Cuerpo Legislativo por su origen y por sus atribuciones es teóricamente el poder por excelencia, desde que de él emanan las leyes que fijan rumbos y determinan las atribuciones de los otros.

Fuera de esto, en algunas naciones, tiene el inmenso poder de ser el único autorizado para interpretar los puntos oscuros de la constitución del Estado.

Este poder, generador, en teoría, de los otros poderes, no es, sin embargo, en generai y salvo excepciones, tan poderoso como los otros.

En efecto, su formación fluye del sufragio popular, es decir, que el pueblo elige directamente sus mandatarios legislativos; pero el ejercicio de ese sufragio ó sea la emisión del voto popular en favor de sus mandatarios, que parece tan fácil y sencillo, está lejos de ser así, constituyendo por el contrario una función complicada administrativa anterior al voto, simultánea y posterior á él.

Hay la constitución de las autoridades electorales, la impresión de registros y boletas del voto, la designación de mesas inscriptoras, hay las tachas de los inscriptos y tribunales cívicos que entienden en los juicios respectivos, hay la intervención de la autoridad pública encargada de guardar el orden y hacer respetar los derechos de los ciudadanos, etc.

En todo esto, sea cual fuere el origen de esas autoridades, la forma de su nombramiento, el Poder Ejecutivo tiene una intervención que es decisiva, para asegurar la absoluta imparcialidad del sufragio, si esa autoridad está constituída por una personalidad superior á las pasiones que la rodean, ó para inclinar la balanza en su favor, si desea pesar con su autoridad é influencia en la constitución del Cuerpo Legislativo.

A pesar de tener expeditos los dos caminos, uno legítimo y honroso, el primero, y otro ilegítimo y reprochable, el segundo, es más común, porque es más humano y más en armonía con las pasiones de su ser, que adopte el segundo, y es esta una corrupción fundamental contra la democracia, pues de este

procedimiento no sólo fluye la desnaturalización constitutiva del Cuerpo Legislativo, que menoscaba el prestigio de las leyes que de él emanan, sino que desnaturaliza también la esencia del Poder Ejecutivo, cuyas facultades invasoras acrece generando futuros despotismos, no menos reales y acaso más graves, aunque se envuelvan en un hipócrita manto de legalidad.

De esta intervención se deriva una influencia nociva para el régimen republicano, pues roto el equilibrio armónico entre los Poderes en favor del Ejecutivo, la apoplejía de éste le da una autoridad inusitada sobre los cuerpos legisladores, autoridad cuyo único freno no se funda ya en las instituciones, que son impersonales siempre, sino en la voluntad de un mandatario personalísimo, que en su misma condición de hombre, lleva el germen del abuso, acaso del delito mismo, que es fácil y que es atrayente, pues tiene á su favor, las sugestiones que engendra las magnificencias del poder y los halagos de la vanidad.

En estas condiciones, el Cuerpo Legislativo nace moralmente muerto, pues sus miembros no son la expresión genuina de la voluntad popular, sino los delegados del Poder Ejecutivo que tiene sobre ellos la influencia de su nombramiento en el pasado cercano, y la no menor de la releección en el futuro.

Por su parte, el Poder Ejecutivo surgido también del pueblo teóricamente, puede serlo sólo de una fracción, más hábil ó más audaz que las otras, y hacia la cual queda vinculado por lazos de agradecimiento, más ó menos duraderos, según se conserve ó no constituída y disciplinada esa fracción que le dió origen.

Pero verificada la elección, posesionado del poder, su fuerza crece, se amplía y se dilata indefinidamente, llegando por una sucesión de peldaños ascendentes, á absorber en sí la mayor suma del poder administrador, unas veces revelando abiertamente ese poder por su propio ejercicio, otras veladamente por medios indirectos, que se exhiben únicamente por sus consecuencias.

Y esta evolución es tan lógica y humana, que su resultante no se concibe de otra manera.

En efecto, el Poder Ejecutivo tiene en su mano una fuerza efectiva y poderosa, representada por el ejército y la marina, á quienes manda con tanta mayor autoridad, cuanto que sus mandatos tienen en su favor, las invalorables razones de orden ó interés público, que tutelan siempre todas las atrocidades ejecutivas; tiene también otra fuerza no menos eficaz, si bien menos ostensible, formada por las agrupadas filas de los funcionarios administrativos, á quienes dirige indirectamente por la amenaza más ó menos terminante de la destitución, que puede ser el hambre y la desolación de un hogar honrado, ó por la falta de ascenso, ó por la negativa á prestarle ese apoyo oficial, que es indispensable á todo éxito administrativo.

La disponibilidad de estos resortes sometidos á la férrea disciplina del hambre, crea el despotismo galopante que nace en la absorción de facultades ajenas, crece con la falta de sanción que lo detenga, y se dilata ante la indiferencia ó el aplauso público á quien solo interesa el espectáculo visible del escenario, pero desdeña el más interesante acaso, con frecuencia el más dramático, que se desarrolla entre bastidores.

Teniendo en sus manos las fuerzas efectivas y directas de la Nación, que consagran su autoridad interna y externa, tiene la doble autoridad indirecta sobre el Cuerpo Legislativo, emanada, una, de su posible intervención en la elección ó reelección de sus miembros, y otra de su intervención de hecho en la compensación de sus servicios, efectuada á expensas de los caudales públicos, cuya administración exclusiva casi le compete, y cuyos pagos le corresponde hacer por sí ó por sus delegados más ó menos directos pero siempre subordinados á su poder.

Pero esa suma de poder enorme acrece siempre, como la bola de nieve, con la suma de múltiples y pequeños resortes que maneja, y con todos los prestigios que nacen del poder y se robustecen á medida que se debilita la fibra ciudadana, y ese poder dispensador de todos los beneficios, símbolo de todas las autoridades, acaba por convertirse en un poder despótico y absorbente, que todo lo domina, relajando la independencia de cada ciudadano y de los demás Poderes.

El Poder Judicial, que debe ser el emblema inmaculado de la justicia, á cubierto de toda sospecha, libre de toda coacción, sufre también las consecuencias de aquel poder incontrastable y letal como la sombra del manzanillo, porque á pesar de la división teórica, ejerce sobre él un control y una influencia desalentadora, que tiene ó puede tener su arraigo en la intervención más ó menos visible en la sanción de sus presupuestos y en el pago de los mismos.

Esto que no ocurre siempre en todos los países

pero que ha ocurrido á veces en algunos, tiene una gravedad suma, pues ataca esencialmente el régimen de libertad é igualdad que caracteriza la democracia, destruyendo la armonía de los Poderes, relajando la independencia que debe existir entre ellos y haciendo depender la bondad de las autoridades, no de las instituciones, sino de las personas que las representan y que pueden ser buenas ó malas, dentro de su condición falible, mientras que aquéllas son impersonales y están por ello libres de las influencias de las pasiones.

Y no se culpe al gobernante que abusa de ese poder, pues ello es necesariamente humano; el hombre más perfecto, el más inteligente como el más obtuso, es siempre hombre, y su transformación sucesiva, su evolución necesaria hacia el despotismo, es simple cuestión de tiempo, que llega siempre, mientras no surja el remedio, que se encierra en el perfeccionamiento de las instituciones hasta convertirlas en una garantía inalterable del derecho de cada uno.

Entretanto, en un estado semejante, la situación de los habitantes de un país, puede hacerse intolerable, pues donde la seguridad de los jueces no es efectiva, ni lo es su situación de hombres que puede ser atacada por la vulnerabilidad de sus necesidades; donde el Poder Judicial no goza de una independencia absoluta, á cubierto de toda agresión que dé á sus fallos toda la autoridad moral que reclama su misión; desaparece la libertad civil, se comprometen fundamentalmente los derechos individuales que son la base insustituible de la sociedad, y el habitante del país se esfuma en su actuación

íntima y sagrada, faltándole la autoridad que debe ampararlo y ante la cual sólo puede formular su protesta, estéril en este caso.

A su vez, las limitaciones de hecho que el Cuerpo Legislativo encuentra en el ejercicio de su soberanía, compromete no menos fundamentalmente que aquélla la libertad política de los ciudadanos, única garantía de la civil, y en esa crisis de los derechos individuales ó políticos, no queda más remedio que protestar contra ellos, sabiendo que esa protesta es inútil en otra forma que como un martirio aceptado en holocausto de una verdad, ó sino conformarse con ese oportunismo excesivamente tolerante y malsano, que sólo deja fuerzas para el aplauso por todo y para todo.

Hay que buscar con ánimo sincero esa reforma institucional que reparta juiciosamente y por igual entre los tres Poderes la autoridad pública, de manera que las invasiones de uno sobre los otros, sean imposibles, buscando la fórmula ideal de su funcionamiento independiente, en su órbita propia, sabiamente relacionadas entre sí, á fin de evitar los choques siempre fatales para su existencia.

En esta distribución equilibrada del poder, consagrada en las instituciones fundamentales de un pueblo, está la armonía de la vida nacional que contempla todos los intereses y atiende á todas las aspiraciones legítimas, de cuya situación surge incontrastablemente el estado de paz que el progreso de los pueblos reclama como condición irreemplazable.

El problema es, pues, de una importancia trascendental, desde que una de las soluciones es la vida de la democracia y la otra el derrumbe y el aniquilamiento.

En efecto, sólo en la paz estable puede fundarse y prosperar la democracia, porque en ella la vida institucional se perfecciona y las virtudes cívicas se robustecen; pero en cambio, cuando esa armonía se rompe por la alteración del régimen hacia el despotismo, fluye una disyuntiva fatal: ó la nación se conforma con ese despotismo que suprime la libertad y la igualdad, lo que implica la abyección de un pueblo que se derrumba hasta que de ella misma surge la reacción lejana, de evoluciones fu-turas siempre dolorosas, ó bien el pueblo en el goce de toda la virilidad ciudadana, se alza para restablecer violentamente el reinado del derecho interrumpido.

Los dos extremos son malos aunque en grado diferente.

Respecto del primero, el despotismo consentido, es una escuela de inmoralidad cívica en que se consagra como buena ó de éxito feliz, la violación de los principios republicanos. Es esta una cruzada desmoralizadora que lleva á la muerte á los pueblos cuyas energías han desaparecido ó cuando menos los prepara para un peregrinaje doloroso, en que de etapa en etapa, de infortunio en infortunio, tienen que ascender de nuevo lentamente al Capitolio de la libertad.

Respecto del segundo, si bien la revolución es el supremo derecho de los pueblos viriles cuyas libertades han sido conculcadas por un golpe de audacia y de fortuna, hay que reconocer que fatalmente, es un remedio heroico, tan grave como el mismo mal que se quiere combatir, pues si bien con él, en un momento dado, puede restablecerse el imperio

del derecho, es lógico, es posible y hasta es frecuente, que el héroe que hoy dirige las huestes revolucionarias en nombre de la libertad contra el despotismo, se convierta mañana, después de la victoria, aclamado por las turbas triunfantes, y resumiendo en sí un poder omnímodo, en un déspota nuevo, ávido del mando que antes quiso destruir, y que hoy lo ofusca con sus deslumbramientos y atracciones seductoras de abismos; y si esto se produce, entonces llega el momento de los movimientos subversivos inacabables, en que todo sentimiento noble se desvanece, toda aspiración generosa se derrumba, y los ideales republicanos se ahogan en la sangre y en la anarquía desgarradora del perpetuo motín desconcertante.

Hay, pues, que conjurar ese mal, como una necesidad suprema de la vida republicana, robusteciendo la responsabilidad de los poderes invasores, y creando sanciones eficaces contra el despotismo de arriba y el despotismo de las turbas, no menos deplorable y terrible que aquél.

Fuera de las instituciones mismas sabiamente creadas y sostenidas, hay un elemento decisivo de control, el más eficaz acaso para detener los avances de la fuerza, y mantener la armonía institucional.

Ese elemento regulador de la vida democrática, es *la opinión pública*; su órgano más autorizado, la prensa.

Hay incrédulos recalcitrantes, que dudan del poder de la opinión pública porque falta á ésta los elementos de acción que caracterizan la fuerza; pero los que así piensan es porque no han vivido ó no

han observado con éxito esos acontecimientos al parecer misteriosos en que una catástrofe repentina, destruye en un instante, una formidable fortaleza de opresión, creada lentamente por la perversa sagacidad de la tiranía.

Los que han visto una sola vez esas tiranías siniestras que con propósitos perseverantes han acumulado lentamente todos los recursos, todas las resistencias, todos los elementos materiales y morales de destrucción; que han formado sus huestes armadas para la defensa y avance de su poder, que han usado de sus tesoros para corromper las conciencias ciudadanas, que han visto inclinarse á su paso las multitudes humilladas, y se han adormecido arrullados por los himnos halagadores de la bajeza humana; que lo han dominado todo, riqueza, poder, dignidad, quedando sólo sin contaminarse unos pocos, resistiendo á los halagos, á los beneficios, á la corrupción y á las amenazas; y esos pocos perseguidos, sin armas, sin recursos, sin más poder de resistencia que la idea generosa y altiva de las nobles rebeliones, alzándose en la cumbre lejana como el símbolo eterno de la protesta, han vencido al fin,—han dominado con su palabra la fuerza avasalladora, han evocado la dignidad caída, han restaurado el honor hollado, han alzado sobre los escombros de aquel poder opresor que se creía invencible, el nuevo reinado de la igualdad y del derecho.

Es necesario rendir un culto sereno á esa idea salvadora más poderosa que las fuerzas de todas las tiranías, que lleva en sí misma la fe avasalladora que sostiene los entusiasmos en la lucha, y la promesa de la esperanza que sonríe con vívida luz en el horizonte distante.

Símbolo de esa fuerza moral incontrastable, es la prensa, cuya misión civilizadora y educativa, la hace el más eficaz y más bello elemento de la democracia.

Mientras la prensa es el mensajero abroquelado con todas las virtudes republicanas, cuyo sincero culto practica y cuyos ideales sigue, mientras su voz sólo suena para defender con calor las instituciones, mientras su acción abate los egoísmos estériles y combate los intereses inconfesables, mientras hiere las miserias humanas y enaltece las virtudes, mientras tiene voces proféticas para predicar la buena nueva y condenaciones relampagueantes y mortales para condenar la traición y las apostasías; la prensa es la deidad protectora del pueblo cuyos derechos representa, y cuya opinión sintetiza; la diosa justiciera ó vengadora, el poder que hiere y mata, pero que también consuela, levanta y dignifica.

Esa prensa sana, elevada, educativa y creadora, es la fuerza más pura de la edad moderna, la más fecunda en bienes cuando ensalza ó castiga imparcialmente, y el apoyo más firme, más incontrastable de la libertad y de la virtud.

Donde la prensa desarrolla su acción libremente en nombre de una misión impersonal, y atraída por altos, justos y generosos ideales, donde vela celosa y constante por la moralidad pública, por el respeto á las instituciones, por las altas aspiraciones de la patria, allí no alzarán su cede victoriosa las ambiciones ilegítimas ni los apetitos inconfesables, porque esa prensa será siempre la garantía más eficaz contra los crímenes políticos, contra las cons-

piraciones formadas para abatir la leyes tutelares, pues denuncia á tiempo los preparativos del criminal, y da la voz de alerta para que el pueblo se precava á tiempo, aunando sus esfuerzos ante el peligro que lo amenaza.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

Congreso Panamericano de Washington—Doctores Sáenz Peña y Nabuco—Controversias—Congreso de Río Janeiro. Mr. Root. La Conferencia de La Haya—Ruy Barboza—Drago. Consagración de la democracia americana—Los Centenarios argentino, chileno y mejicano.

La América latina había conquistado la estabilidad institucional de los países en ella formados, había empezado el cultivo intensivo de sus fuerzas económicas que inundaban los mercados europeos con los productos de sus industrias primarias, había centuplicado su acción interna para el desarrollo de sus riquezas é intensificaba su cultura, y, sin embargo, era desconocida ó parecía serlo.

Esos pueblos nuevos y ricos, y emprendedores y cultos, eran ignorados; sus ochenta millones de habitantes se esfumaban en sus dilatados territorios, y nadie formulaba respecto de ellos el problema de sus destinos.

La misma América sajona tenía para ella un vago calificativo deprimente: South America!—lo que significaba inestabilidad, desorden, anarquía, y una serie de inconvenientes que la constituían en un peligro permanente para todos, en una amenaza para la paz ajena, en un candidato eterno para la

bancarrota mundial, en un peligro pernicioso que convenía alejar á todo trance.

Un día en el primer Congreso Pan-americano de Washington, tuvo un eco ese concepto depresivo de Sud América en su perpetuo desorden que hacía de ello casi, *res nullius* á la disposición teórica de quien quisiera utilizarla; pero, como la doctrina de Monroe cerraba á la Europa el acceso á ella, era fatalmente la república del Norte la llamada á ejercer esa soberanía tutelar apoyada en la fuerza para hacer efectiva y serena la vida de la independencia.

Cupo entonces á los delegados de la República Argentina y del Brasil, los eminentes estadistas doctores Roque Sáenz Peña y Joaquín Nabuco, pero especialmente al primero y en forma significativa, volver por los fueros de Sud América, levantando su voz tan alto, con tan suprema dignidad, revelando un culto tan elevado y tan noble de la patria y de la raza, que sus voces hubieron de ser oídas, quedando aquellos países tan virilmente representados, como una interrogación planteada al espíritu político internacional de Norte América, á sus audacias comerciales y á sus empresas industriales.

Aquella nota altiva, tuvo profundas vibraciones en Sud América; era un reflejo de aquellas viejas hidalguías de una raza que había vigorizado su sangre en el ambiente libre é intensamente oxigenado de las vírgenes praderas americanas.

El pensamiento de los grandes estadistas norteamericanos, no se extravió, sin embargo, en una incertidumbre cualquiera; en medio de la balumba colosal de una industria y de una movilidad estupen-

da, hay allí cerebros de profundos pensadores, que plantean y resuelven los problemas con esa mirada serena que sólo se dirige desde las cumbres; pero que sabe rasgar certeramente los velos del porvenir.

Detrás de aquellos delegados, Norte América adivinó una fuerza cuyo desarrollo había descuidado estudiar en los últimos tiempos; aquel mundo que conoció en la cuna y cuyo primer despertar había tutelado como hermana mayor, había crecido; era una entidad nueva, un conjunto de fuerzas activas y armoniosas, cuya resultante era una promesa múltiple para la vida futura del nuevo continente.

De aquel Congreso memorable, no obstante su aparente innocuidad para la legislación positiva, surgió un germen de nuevas actividades, una orientación propia y original para la política internacional americana.

De ese germen se derivó el célebre Congreso de Río de Janeiro, que provocó ó fué provocado para justificar aquella jira internacional del Ministro de Estado Mr. E. Root, que pareció dejar á su paso por los países de Sud América, un inmenso rastro de luz, tan intensa cual si fuera destinada á alumbrar esta América desconocida y entregar así á la publicidad sus pueblos ignorados.

En el Congreso de Río de Janeiro, Mr. Root, planteó la doctrina de la igualdad jurídica de las naciones con independencia de su fuerza y su extensión territorial, doctrina de incalculables consecuencias para América; pero aún tuvo su misión altísima, una fase nueva igualmente importante, al insinuar, popularizar y amparar la concurrencia de las na-

ciones de América á la conferencia de la Haya, en donde debían reunirse los viejos pueblos de Europa, clásicos representantes y dispensadores del antiguo derecho internacional en cuyas Asambleas nunca había tenido representación oficial South America!

Y se realizó aquella conferencia cuya significación general, sólo ha sido contemplada bajo la faz de las sanciones positivas en ella aceptadas, tan innocuas acaso como estériles para alcanzar el fin ostensible que la motivó: la paz de las naciones; pero que tuvo un inmenso significado histórico para la vida exterior colectiva de Sud América, que surgió allí armada de todas armas, solemnemente presentada por sus más cultos ó sus más geniales estadistas, que llevaron en su acción y en su palabra, el verbo de un derecho nuevo y original, que abatía los viejos cánones de las doctrinas jurídicas ante la frase ardiente y vigorosa de la joven América, cuya vida se nutrió en los fecundos senos de la democracia y de la libertad.

Ante las tradiciones frías de aquella vieja diplomacia meticulosa cuyos triunfos más preciados se fundan acaso en buscar formas correctas para ocultar las mayores violaciones del derecho en nombre de intereses tan oscuros como complicados, debió producir profunda estupefacción la cálida y exuberante elocuencia de Ruy Barboza cantando con palabra melodiosa y profunda, un himno entusiasta á la justicia, como única deidad tutelar de la vida de las naciones, grandes ó chicas, débiles ó poderosas; Drago, levantando en nombre del mismo principio, una barrera á las agresiones futuras que pretenden disimular en la burocrática gestión de intereses privados, más ó menos nebulosos, los propósi-

tos imperialistas invasores de ese afán eterno, incontrastable, casi homérico, de la expansión indefinida de su influencia comercial y política, para el cual estas regiones ofrecen deslumbramientos obsesionantes y continuos, y tantos otros, que en esa elocuencia amplia de nuestro ambiente en que el culto de las nobles aspiraciones de la especie, alza la frente y la mirada, sin que ofusque su visión clara de las cosas y de los hombres, esos castillos formidables del prejuicio, detrás de cuyos baluartes se defienden con gigante energía, los últimos representantes del monopolio y los privilegios.

Y ese hecho de un nuevo resurgimiento de la América de Colón, tuvo una repercusión acaso más intensa que el descubrimiento mismo, porque el primero evocaba la aparición de territorios nuevos abiertos á la codicia, al espíritu de aventura, á los nuevos descubridores de zonas desiertas saturadas de riquezas, abiertas á las explotaciones futuras y cuyos tesoros se expandían en la vaguedad de las leyendas místicas; mientras que el segundo, era la demostración consagrada con la elocuencia incontrastable del hecho mismo, de aquel milagro de la vida de cien pueblos, llenos de juventud entusiasta y avasalladora, en cuyos cerebros vigorosos, vibraba con eco de singulares sonoridades, la voz de la ciencia mundial, cuyo culto compartía y adoraba con la vieja civilización, pero que llevaba además en su corazón y en su mente, un concepto nuevo del derecho, emanado de aquel espíritu que generó sus instituciones, y en el cual se condensabàn los principios eternamente vívidos y creadores de su fecunda democracia.

La democracia, sí, que había sido la deidad inspiradora de su emancipación, era también la médula y el músculo de su desarrollo y su progreso.

El antiguo cerebro de las viejas civilizaciones, se siente perezoso y refractario para la concepción de las ideas teóricas que avanzan contra el tabernáculo en que guarda el depósito de sus ideas laboriosamente acumuladas en una gestación de siglos; pero en cambio, los hechos tienen para ellos un poder incontrastable, pues ofrecen contornos positivos que ven, palpan y miden, y en aquella irrupción armoniósa de la América joven, había un hecho evidente, un problema resuelto é indiscutible: la democracia triunfante!

Aquel régimen siempre considerado como una bandera de rebelión contra las eternas tradiciones de absolutismo de las viejas monarquías; aquellos núcleos populares lejanos, siempre envueltos en perpetuas agitaciones anárquicas, negación de los principios científicos admitidos como base de las sociedades civilizadas; aquel South America tan irregular en su actividad social y política, se presentaba de pronto ante la Europa conservadora, demostrando que aquel régimen despreciado, había convertido por su propia virtud y esfuerzo, sus desiertas praderas en ciudades, su ignorancia en cultura, su soledad en nutridas poblaciones, sus fuentes económicas incipientes, en veneros inagotables de la riqueza pública y privada, su desorden constante, en actividades fecundas y ennoblecedoras, sus masas indolentes y errantes, en elementos del taller, generadores de nuevas industrias, creadores de nuevos y civilizadores esfuerzos, y to-

do, absolutamente todo, por la obra santa de aquella libertad tan temida de los tronos y los monopolios y las castas, aquella libertad que como la vieja leyenda de la lanza de Aquiles, si hiere á veces á quien la usa, sabe y puede curar las heridas que ella misma provoca.

La conferencia de la Haya, sea cual fuere el resultado positivo de sus resoluciones, representa para la América latina, algo así como el bautismo solemne que consagra su entrada definitiva á la vida colectiva de las naciones; su concurrencia á esa Asamblea donde fué admitida á velar las armas que consagraran su caballerosidad y su hidalguía, es la demostración de su triunfo, la exhibición de sus fuerzas, el himno consagrante de una centuria de esfuerzos, de luchas, de sacrificios y abnegaciones, para alcanzar en ese período que representa apenas un día en la vida de las naciones, el caudal de ciencia y de actividades que el Viejo Mundo sólo alcanzó en una lucha milenaria.

El efecto cercano de aquel resurgimiento, se ve en la celebración del centenario argentino, del centenario chileno, del centenario mejicano.

Aparte de la fastuosidad con que hayan podido conmemorarse esos acontecimientos, que puede ser sólo un síntoma de riqueza, aparte de la exhibición de fuerzas armadas, que puede ser un reflejo de poderío, aparte del calor con que el pueblo se haya asociado á esos festejos, que puede ser el influjo del ambiente caldeado por patrióticos entusiasmos, aparte también de la inusitada concurrencia de forasteros, que puede ser la consecuencia de una curiosidad concebible ante la grandeza de los progra-

mas planeados, hay algo íntimo que no se ve pero que se siente en torno nuestro; algo indefinible, pero positivo, algo que nacido ayer, ha crecido, se ha agrandado y se dilata al través del espacio, cruza los mares y vibra á lo lejos con una armonía nueva; ese algo es el concepto, verbo ya de la existencia de América, existencia por todos reconocida y proclamada en una comunión de solemnes y únicas proporciones, en la cual han estado representadas todas las naciones civilizadas de la tierra, de Europa y de Oriente, todas las razas, todas las aspiraciones, todos los regímenes de gobierno, desde las monarquías absolutas hasta las democracias avanzadas, todas las creencias, todos los pabellones.

Y esa demostración ha dejado de ser argentina, chilena ó mejicana, para ser más, mucho más significativa en su desarrollo, traspasando las fronteras de esos Estados, para repercutir en otros pueblos del mismo mundo de Colón, donde también ha sido saludado ese acontecimiento con alborozo, se han asociado á las fiestas, las han aplaudido, porque ellas, lo repito, no eran conmemoraciones argentinas, chilenas ó mejicanas, sino que eran conmemoraciones americanas, en las cuales con el consenso y el aplauso de todos, se celebraban los solemnes esponsales de la democracia nueva, enérgica, vigorosa y creadora, con la civilización legendaria, de abolengo secular, cuyas barreras antes cerradas á los peligros de las ideas nuevas, caían deshechas ante la explosión armoniosa é incontrastable de su triunfo.

Hay en esa confraternidad general de la celebración de un triunfo particular, una profunda y trascendental enseñanza para América, que ésta no de-

be olvidar jamás sin traicionar sus destinos colectivos.

De la existencia de un hecho glorioso, no puede derivarse sólo un pueril sentimiento de orgullo nacional; hay algo más profundo en ese hecho que invita á meditar, porque el conocimiento del pasado, sería un estudio inútil ó estéril, si no supiéramos derivar de él el conocimiento del porvenir.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

El Congreso Estudiantil Americano; su desarrollo, sus consecuencias—Visiones de porvenir—Solidaridad de América en la comunión de un mismo ideal. Gérmenes de las nuevas doctrinas jurídicas internacionales. El Brasil—Yaguarón y la Laguna Merim.

Hace muy poco tiempo aún, la feliz iniciativa de un joven intelectual uruguayo (1) reunía en Montevideo en un Congreso á los estudiantes de la América latina.

La unión de aquellos cerebros jóvenes congregados en nombre de la solidaridad de raza, de historia y de ideales, fué un espectáculo inolvidable que vivirá no sólo por los afectos profundos que surgieron de esa aproximación feliz, sino por las consecuencias de futuro que de aquella iniciativa deben derivarse.

No conozco la idea inspiradora fundamental de aquel Congreso, ni me interesa conocerla; me basta saber que estaban allí las personalidades más culminantes de esa juventud estudiosa que lleva en sus corazones, aún íntegra, la vena de sus entusiasmos y sus afectos, y en su frente el rayo luminoso de un ideal.

---

(1) El doctor Héctor Miranda.

En esa edad nada detiene el alcance de esa visión genial que penetra el porvenir; el egoísmo que marchita la fe no ha aparecido todavía, el corazón desbordante impulsa invenciblemente el brazo que se extiende, á cuyo extremo hay una mano abierta que estrecha siempre fraternalmente otra mano.

En ese ambiente, la nota colectiva fué la fraternidad; al día siguiente de reunirse, todos eran amigos, todos eran hermanos.

Después de terminados sus trabajos, cuando iban á partir, todos se congregaron en un banquete que fué en realidad una fiesta de la mente y del corazón.

La atmósfera caldeada, estaba saturada de entusiasmos, flotaban ideas generosas en el aire, notas sonoras de elocuencia juvenil poblaban de armonías aquella sala, una emoción colectiva, reunía en un haz aquellas inteligencias y aquellos corazones.

Se pidió que hablara Rodó.

Y Rodó habló con esa frase siempre galana cuyo secreto monopoliza, con esa amplitud de pensamiento que necesita para volar el ambiente de las cumbres, con esa entonación sincera, en que se adivina un alma enamorada del ideal.

Influenciado por aquella asamblea americana, condensó en su discurso todas aquellas ideas que nos envolvían en un nimbo de luz, y evocó la vieja visión de Bolívar reuniendo con las alas de su pensamiento, aquella confederación de naciones unidas por un alto y nobilísimo lazo, en la obra de la civilización de un continente, llamado á los más altos destinos.

Rodó estuvo admirable, no sólo porque lo está

siempre, sino porque con esa extraordinaria visión de los espíritus superiores, supo adivinar y sentir una aspiración anónima y confusa que nos rodeaba, para darle vida y esplendoroso ropaje, entregándola luego á aquella juventud que partía, como una ofrenda de paz y de amor, pero también como una bandera de combate en las evoluciones superiores que se derivan del acto inicial de la emancipación americana, y cuyo desarrollo futuro, era de aquella juventud entusiasta y noble, que guardaba en sus manos las llaves del porvenir.

No recordaremos una vez más lo que era ya una verdad del pasado, esa frase que afirma que la utopía de ayer es la realidad del mañana, pues el prodigioso vuelo de la ciencia humana, sus inesperados descubrimientos así en las ciencias físicas y naturales como en las ciencias sociales y políticas, hacen que hoy, cuando se proclama una doctrina nueva, ó se afirma un principio científico desconocido hasta ayer, por grande que sea la audacia que en él se encierra, no pueda afirmarse con seguridad que tal principio ó tal doctrina sea en realidad una utopía, desde que el pensamiento se ha lanzado sin barreras por las sendas de lo desconocido, clavando entre las sombras de otras épocas, las antorchas luminosas que señalan la marcha futura de la humanidad.

La visión poderosa de un genio, ha tenido siempre como característica la grandeza soberana y profética, acaso porque alzándose estos seres sobre el común de los hombres, su vista no está limitada por los horizontes comunes que oscurecen la visión del porvenir.

La solidaridad de América, debe ser hoy algo más que una aspiración general, debe ser considerada como una necesidad suprema para la realización de sus destinos.

¿Hasta dónde debe llegar esa solidaridad?

¿Será una alianza ofensiva y defensiva para la seguridad de todas y cada una de las naciones que la constituyen?

¿Será realmente una confederación de pueblos que evoque hoy las solemnidades augustas de aquellas helénicas asambleas anfictiónicas?

El problema es, sin duda, de inmensa trascendencia; pero creo que para buscar honrada y sinceramente la solución, debemos encararlo con un criterio eminentemente humano, y teniendo en cuenta las circunstancias múltiples y complejas de la época actual.

La solidaridad verdadera, la solidaridad que dura y que es realmente fecunda, reclama como base imprescindible un ideal común que vincule los pueblos entre sí, ideal que no hiera particularmente los intereses ó las aspiraciones de cada una de las naciones solidarias, y que sea por su belleza impecable, aceptado por todos, y por todos visto en razón de su altitud.

Para ello, cada ciudadano, debe realmente serlo, por el conocimiento perfecto de sus derechos, por su amor invariable y entusiasta á su ejercicio, y por la posesión de una fuerza y una energía incontrastables para hacerlos triunfar.

Dueño de esas fuerzas, debe identificar su vida con la vida nacional, sus intereses armónicos con los intereses de la Patria, jamás antagónicos; su vida

particular y colectiva, orientada siempre hacia ella, no en una contemplación platónica y estéril, sino en una actividad constante y creadora para las fuerzas generadoras de todos sus progresos.

Sus ambiciones legítimas para ser estimulantes, no derivarán jamás del culto exagerado del yo, para engolfarse en esos sensualismos que el amor brutal del poder engendra en las naturalezas inferiores, cuando no saben reprimir esos arranques avasalladores de los peores apetitos triunfantes.

Nada ofusca tanto la diafanidad de la mente, como la autoadoración, la pasión del yo, esa intolerable egolatría que sería siempre cómica y burlesca, si no degenerara en trágica y terrible á veces.

Hay que vencer este peligro para subordinar siempre, en todas ocasiones, en todos los momentos, en todas las crisis, el interés propio al interés general, la ambición de cada uno al bienestar colectivo. Sólo así, el ciudadano puede conservar la integridad de sus energías, la claridad de su criterio y la autoridad moral que prestigie su acción, para concurrir al progreso general de su propio pueblo, para el cual tiene deberes ineludibles de cuyo cumplimiento se derivan para él, en un orden elevado, las más hondas y gratas satisfacciones.

Cuanto más grande, más íntimo y profundo sea su amor á la patria, más cerca estará de interpretar imparcialmente sus deberes y responsabilidades, y cuanto mejor realice este propósito, mayor será su eficiencia de unidad consciente para agregar su esfuerzo á las demás unidades y concurrir todas unidas á la obra colectiva, que será entonces realmente la obra nacional.

La integridad y firmeza de todas las virtudes ciudadanas, es la garantía más eficaz del derecho, la que mejor asegura el funcionamiento regular de la autoridad dentro de sus funciones impersonales, ejercitadas con espíritu ecuánime, inspirado solamente en el propósito invariable y sereno de una tolerancia suprema, que tutele por igual todas las libertades y todos los derechos.

En un pueblo así, constituído por ciudadanos que deriven fundamentalmente su actividad justa, vigorosa y perseverante, de un arraigado amor á su suelo y á sus instituciones, los gobernantes deben ser necesariamente buenos, pues su condición personal, es igual á la de sus subordinados que sólo representa transitoriamente y cuyas diferencias únicas estriban en ese poder precario que ejerce por un día, después del cual, cuando torne á confundirse en las filas ciudadanas, encontrará la sanción de sus actos, en el aprecio y el aplauso de sus compatriotas si ha interpretado noblemente sus deberes fugaces; en la condenación de sus actos y en el desprecio público, si ha abusado ó pretendido abusar de su poder.

En los pueblos fuertes porque fuertes son los ciudadanos que los forman, el régimen republicano no se perturba jamás con la constitución de oligarquías enfermizas y avasalladoras, que representan apenas las transformaciones esporádicas de un germen absolutista, trasmitido acaso en las misteriosas evoluciones de la herencia al través del tiempo; pero gérmenes morbosos que se oxidan fatalmente en un ambiente de amplia y sincera libertad.

Dentro de una atmósfera semejante, las relacio-

nes entre gobernantes y gobernados, obran impulsadas por el desarrollo de una cordialidad serena, mutuamente respetuosa, que permite sostener las controversias colectivas dentro de un mismo pueblo sobre la interpretación de un derecho, el ejercicio de un deber ó la satisfacción de una aspiración, en el tranquilo campo de las ideas, libres del acicate de la pasión, que engendra la disputa, que provoca el odio y el rencor, y genera las represalias, pasiones destinadas á recorrer toda la gama desde el ultraje verbal, hasta la agresión sangrienta y dolorosa.

La acción de los partidos de ideas que no controvierten cuestiones fundamentales humanas, como el despotismo y la democracia, la esclavitud y la libertad, tiene su actividad marcada en las naciones ya constituídas definitivamente, y todos aquellos que no comprenden y practican las fórmulas consagradas de la civilización, pueden tener la seguridad de crear tempestades de cuya explosión serán acaso las primeras víctimas.

Las agitaciones naturales de los primeros tiempos subsiguientes á la emancipación, han podido constituir el ensayo de una nueva vida surgida de un código perfecto de doctrinas teóricas, pero cuyas dificultades de aplicación tenían atenuaciones eficaces en la ausencia de un cuadro tangible, que revelara en la práctica los obstáculos que encontraban esas teorías, los defectos de procedimiento en su ensayo, las lagunas que necesariamente debían quedar entre lo concebido idealmente y su aplicación.

Era una enseñanza difícil que reclamaba un lento y concienzudo aprendizaje, pues el régimen plan-

teado era precisamente la antítesis jurídica del régimen derrocado.

Pero la obra fundamental se ha realizado ya; los principios esenciales están hondamente arraigados en el suelo y en la conciencia popular, y sinceramente nadie discute hoy su verdad y su conveniencia. Está concluída, definitivamente terminada, la evolución inicial, la más difícil, la más ruda, la que ha ofrecido todos los peligros formidables, opuestos por un régimen que tenía á su favor el poder aparentemente incontrastable de los siglos, que habían acumulado una legión de fuerzas, de obstáculos, de barreras para defender su posesión consagrada.

La tierra es nuestra ya, sin barreras que limiten nuestra acción, nuestro es el cielo que nos cubre, nuestro el mar y los ríos que bañan nuestras costas y que hacen florecer nuestras márgenes queridas, nuestras son las fuentes de riqueza económica, nuestros los progresos realizados, nuestras las instituciones que nos rigen.

Desde la altura que hemos alcanzado, podemos con espíritu sereno contemplar el inmenso y glorioso camino recorrido, en el breve intervalo de una centuria de esfuerzos, de luchas, de sacrificios y victorias, en que los combates de la emancipación, ofrecen un noble martirologio de soldados, de héroes y de apóstoles.

Constituímos hoy en la condensación de esos hechos una epopeya terminada en los anales de la historia humana; pero somos también ante todo en el campo de la ciencia política, una demostración irrefutable, una síntesis elocuente, que forma una etapa cíclica en nuestra vida institucional, demostra-

ción, síntesis y etapa que consagran como el mejor, como el más científico, el más humano, el único régimen verdadero, el régimen de la democracia.

Llegado al vencimiento en este combate fundamental de nuestra vida, que nos asegura en la posesión de lo nuestro dentro de nuestras propias fronteras contra las pretensiones exteriores, nuestras luchas y nuestros esfuerzos ulteriores tienen un ambiente, por decirlo así, doméstico, son cuestiones de familia, cuyo desarrollo y solución dependen exclusivamente del espíritu con que se encaren y resuelvan esos problemas.

En materia de intereses y ambiciones, no hay jamás problemas insolubles, cuando ellos se plantean serenamente, lealmente, y el espíritu nutrido en el estudio filosófico de la historia de la humanidad, se siente libre de pasiones pequeñas, para poder seguir sin trabas la senda de los ideales más altos de la especie.

El perfeccionamiento mental de los ciudadanos, el empeño constante en conseguir la posesión ideal de un criterio moral absolutamente noble y humanamente puro, el culto sincero y hondamente arraigado de la igualdad que paraliza el desarrollo excesivo de las ambiciones humanas que enceguecen y perturban, es la condición impuesta para el triunfo definitivo.

Vencidas las agitaciones exteriores, hay que vencer perseverantemente también las agitaciones internas que perturban el desarrollo general, y ese vencimiento sólo es posible, dando á la libertad que es la médula de nuestras instituciones, no sólo la belleza que en ella radica y de ella emerge teórica-

mente, sino la belleza real que se alcanza en el desarrollo de una cultura indefinidamente progresiva y que irradia en todos los órdenes de actividad de un pueblo, así en su instrucción en todos los grados más ó menos convencionales, como en el respecto de las instituciones, en el culto elevado del arte, en el acatamiento al derecho ajeno, en el respeto invariable de las ciencias en sus múltiples manifestaciones, en la práctica de todas las hidalguías, y sobre todo, en ese espíritu de invariable y serena tolerancia que abroquela contra todas las supersticiones, y que siendo la forma más perfecta del respeto á la libertad ajena, es al mismo tiempo la consecuencia ineludible del respeto propio.

En esta forma de condensar el sentimiento de la patria y los deberes del ciudadano, es fácil llegar á conquistar la solidaridad entre los hijos de un mismo pueblo, y de éstos con sus gobernantes.

La identificación entre gobernantes y gobernados, deriva principalmente de la sinceridad de los primeros, pues cuando el pueblo, que nunca se engaña respecto de las verdaderas condiciones de su progreso, se convence de que aquel mandatario que lo rige sólo se inspira en su amor por la patria, en su afecto por sus conciudadanos, buscando con toda su energía y perseverancia el engrandecimiento de la primera y el bienestar moral y material de los segundos; cuando convencido de ello, advierte que su supremo mandatario sólo aspira á ejecutar noble y sencillamente su mandato, proponiéndose asegurar la paz fecunda dentro de las fronteras nacionales y consagrar el respeto en el exterior por la consolidación de los múltiples factores que aseguran

el crédito de una nacionalidad, así en el orden económico ó financiero, como en el orden político ó constitucional, como en su esfera moral, intelectual y social; entonces se realiza la identificación completa y absoluta entre el poder y el pueblo; se unen, se compenetran, y vinculando sus esfuerzos armónicos, hacen de una nación, una sola y positiva fuerza, reunen un haz de energías, que sintetiza la energía de todos, y realizan una obra que centuplica la obra aislada de cada uno, aún en el supuesto que esas fuerzas solas, pudieran subsistir aisladamente, sin que se destruyeran entre sí ó se neutralizaran totalmente.

Sólo en esta forma se concibe la solidaridad, sólo es así posible, sólo ajustándose á estos lineamientos generales cabe y subsiste el régimen positivo de gobierno en el régimen republicano; pero para ello es imprescindible que la solidaridad de los ciudadanos sea perfecta é indestructible; perfecta, porque su fuente inicial radique en la ciencia misma en sus derivaciones modernas de un alto y consciente humanitarismo, y en un elevado interés social, cuyos beneficios se reflejan en cada uno; indestructible, porque su consagración práctica, fluya del afecto mutuo, de una confraternidad sincera, que es la resultante obligada de la comunión colectiva ante los altares de una misma deidad, la patria, que los congrega y vincula por múltiples y poderosos lazos, que son: amor apasionado y sano por su suelo, por sus instituciones, por sus progresos; respeto profundo por su dignidad moral y política; empeño afanoso y constante por asegurar su engrandecimiento y alcanzar el más alto grado del respeto y la consideración de los otros países.

Es preciso insistir sobre esto, porque es opinión corriente y generalizada, que el desarrollo de la civilización humana, ha perjudicado los sentimientos patrióticos bajo el imperio de otras corrientes más positivas, y esta opinión aceptada como una fórmula científica, puede ser la causa germinal de la degeneración de un pueblo, cuyos progresos no consisten solamente en su engrandecimiento económico, sino en un desarrollo paralelo y simultáneo de todas sus actividades, de todas sus virtudes, de todas sus facultades civiles, sociales y políticas, que sean la síntesis colectiva de las actividades, virtudes y facultades de los ciudadanos todos.

Es necesario identificarse con la patria, asimilarse á ella, compenetrarse con ella, vivir su vida, sufrir los dolores de su cuerpo y gozar las alegrías de su alma, sentir sus infortunios y compartir sus triunfos, hacer que sus progresos sean nuestros progresos, que su cristalización sea nuestra cristalización, que sus humillaciones nos hieran como nuestras humillaciones, que sus altiveces sean nuestras altiveces, que antes que en nuestro propio bien, acudamos al bien nacional, si aquél ha de asentarse en su daño y su desprestigio.

El amor así, consciente y grande, vigoroso y puro, es una fuerza y una fuerza incontrastable, para el mantenimento de su integridad, para la defensa de sus instituciones, para conservar la pureza de sus tradiciones republicanas, para velar por su engrandecimiento, para consagrar el triunfo definitivo de las austeras virtudes cívicas que constituyen ó deben constituir en los países americanos, algo así como

los dioses lares de la democracia, que mantienen el culto del amor sencillo y sagrado de esa trilogía veneranda que se condensa en la divisa de la Revolución francesa y fulgura en las armas de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Desarrollando perseverantemente esos múltiples factores que en su conjunto sintetizan la solidaridad de los ciudadanos de un mismo país, habremos alcanzado la unidad armónica de cada pueblo, que lo convierte en una fuerza consciente de su destino, lo que en último término, no es acaso otra cosa que la evolución superior de una cultura suprema que alcanza todas las múltiples actividades del ser humano en su acción individual ó colectiva; recién entonces habrá llegado el momento de extender esa solidaridad nacional vigorosa y fuerte á las relaciones internacionales de América.

La bandera de esa solidaridad, debe ser un ideal bastante alto para que sea visto y aceptado por todos, y ese ideal existe, bastante grande para culminar sobre los hombres y las naciones separadamente, bastante bello, para atraer á sí todas las simpatías, bastante luminoso para proyectar sus rayos sobre los más lejanos pueblos del continente.

Ese ideal, es la democracia.

La democracia, es hoy el régimen universal en América; pues aún allí donde en una otra forma impere todavía un despotismo, ó una aristocracia más ó menos disimulada, esto es siempre ó una hipócrita y criminal agresión á las instituciones que sin excepción consagran el régimen democrático como un postulado nacional, ó esa aristocracia es un girón de antiguos privilegios, perdido en el presen-

te, ó una regresión artificiosa y sin arraigo en nuestras sociedades modernas.

Estas excepciones reales á los principios institucionales teóricos constituyen, sin embargo, si no una enfermedad nueva que pueda comprometer el régimen republicano, un vestigio del pasado, cuya eliminación perseverante se impone, como una condición de vida colectiva y solidaria.

La democracia constituye en sí misma, como lo he dicho antes, el régimen ideal de gobierno que reposa en la libertad, en la igualdad y en la fraternidad, más exacta si la llamamos solidaridad, pues realiza una aspiración científicamente humana; pero por lo mismo que ese régimen ideal es la antítesis del régimen pasado y en realidad, la negación de aquel régimen, hay que vencer innumerables obstáculos para implantar su reinado perfecto.

La democracia reclama en primer término y ante todo virtud.

Y reclama virtud, porque acatarla sinceramente y cumplirla, entraña la energía necesaria para vencer nuestras pasiones, siempre avasalladoras, y nuestros apetitos, siempre insaciables.

Para ser un demócrata leal, debemos empezar por vencernos á nosotros mismos; la tarea es dura, con frecuencia dolorosa; pero aún es más grande la satisfacción que la victoria nos proporciona.

Fruto de esta virtud, es la sencillez impecable que caracteriza á un repúblico verdadero, á quien no deslumbran sus triunfos, no enceguece el poder, ni arrastra el afán de su propio predominio. Fruto asimismo de esta virtud, es aspirar á difundir nuestra personalidad en la personalidad nacional, y só-

lo cuando se ha conseguido este resultado, se conquista el derecho á figurar en la única aristocracia que nuestro régimen tolera, la aristocracia del talento y la virtud.

Ahora bien, esta democracia, es el régimen universal de América, y en las naciones que la forman, se ha planteado en sus instituciones, en toda su amplitud y belleza teórica.

Aceptada en principio, consagrado su éxito feliz en la aplicación, su triunfo definitivo y completo es un deber ineludible para América, que tiene en ello una suprema y trascendental cuestión de honor, pues no puede, sin deshonrarse á sus propios ojos, tolerar ó contribuir á su fracaso.

Contribuir á su triunfo, es obligación de cada pueblo aislado y de todos en conjunto; llegar á su perfeccionamiento, es igualmente obra de todos y de cada uno.

La mayor fuerza de América estriba en el régimen de libertad é igualdad que en ella impera; su mayor gloria en asegurar su reinado dilatado é indefinido.

En el régimen absoluto, un mal social que se generaliza, no perjudica al régimen mismo, si el monarca tiene inteligencia y energía para dominarlo, sustituyendo su voluntad soberana á la de todos; pero en la democracia, las epidemias sociales alcanzan á todos y pueden ser gérmenes de destrucción, ya porque el mismo mal los abata y disuelva ya porque tenga que apelar á un poder fuerte para salvarse, lo que es un remedio tanto ó más peligroso que el mal mismo que se quiere combatir.

Hay, pues, que velar por el honor de América, ha-

ciendo de los pueblos que en ella se han formado los honrados y brillantes caballeros de la democracia.

Nuestra superioridad fundamental sobre el Viejo Mundo, estriba principalmente en nuestra libertad é igualdad, de que surge naturalmente el reinado de la justicia.

Vigoricemos esa superioridad perfeccionándola día á día, singularicemos la acción de América, por la aplicación individual y colectiva de esos principios en que reposa su singularidad y su fuerza, así como su superioridad evidente en ese terreno.

Tratemos de que América, libre de trabas y preocupaciones, dé el ejemplo superior de una imparcialidad suprema y absoluta, pues de no hacerlo así, su acción pública, su acción internacional, entra en el ambiente de la acción pública, de la política internacional del Viejo Mundo, se identifica con ella en su esencia y sus procedimientos, y aparte de perder así su único, poderoso y excepcional carácter de originalidad, que es su fuerza más poderosa y la que garantiza más eficazmente la independencia de su criterio político, entra en una lucha desigual, á sostener controversias ajenas á su propio ambiente, artificiosas para ella, por consiguiente, y en las cuales tiene que ser fatal é ineludiblemente inferior á los estadistas del Viejo Mundo, que á la inversa de los estadistas americanos, se han formado en aquel medio, han sido modelados por él y son, puede decirse, la resultante de una tradición secular de política más ó menos pueril en ciertos casos, más ó menos maquiavélica en otros, y en la mayoría de los casos ó en todos, derivada de estrechos intereses propios y sin más apoyo que la fuerza.

Es así que cada vez que un estadista americano ha aceptado esos duelos con los discípulos de la vieja escuela de Metternich ó de Talleyrand queriendo oponer hipocresías á hipocresías, falsedades á falsedades ó travesuras á travesuras, ha sido siempre burlado y vencido, porque fatalmente tenía que suceder así, desde que no basta para conquistar el título de maestro en esta ciencia ó arte, el estudiar á los clásicos en sus comunicaciones ministeriales ó en sus memorias póstumas, y tener una inteligencia distinguida, sino que es preciso haberse formado en ese ambiente de las cortes europeas, hacer desde la infancia esa vida frívola ó traviesa, acostumbrarse en ella á utilizar todos los recursos, desde sus relaciones sociales ó parentescos propios ó de sus mujeres, hasta su belleza y su distinción nativas; desde los secretos de Estado sorprendidos más ó menos clandestinamente, hasta las informaciones de los criados de las cancillerías que pueden oirlo todo y repetirlo, y pueden sustraer fácilmente los borradores, ó los proyectos de tratados de los diplomáticos á quienes sirven.

Para este aprendizaje y este ejercicio de la carrera, no sirven, ni servirán nunca felizmente los estadistas americanos; la libertad no soporta en forma permanente dentro de su ambiente, semejante criterio político, en que la falsedad triunfa con frecuencia y la mentira se erige en ciencia, y en ciencia oficial precisamente.

Los estadistas americanos representantes de una democracia sincera, tienen una misión más noble y menos complicada que la otra; su aliada en todos los casos debe ser la verdad, pues no tienen por qué

ocultar entre artificiosas combinaciones, siempre frágiles y precarias, la resoluciones emanadas de un régimen cuyo control más eficaz reposa en la publicidad amplia y constante de sus actos.

Juzgo inútil explicar que al hablar de decir siempre la verdad, quiero expresar con ello que nuestros representantes exteriores, deben decirlo todo y en todos los casos y aunque nada se les pregunte, y no insisto en esto, repito, porque interpretar las ideas antes expuestas en esa forma, indicaría una genial tontería, pues hablo de la necesidad de ser ante todo verdaderos, lo que no implica ser indiscretos, porque toda controversia que se inicia, para ser justa debe ser verdadera, y creo que las democracias no pueden, ó mejor dicho, no deben jamás, pretender nada que no sea justo.

Entretanto, fruto de este espíritu de imitación servil en su afán de incorporar á nuestras prácticas políticas hábitos y procedimientos inadaptables en nuestro ambiente en que tienen necesariamente que agostarse, y morir, ha sido en ocasiones diversas la causa generadora de esas tentativas de imperialismo que no tienen su razón de ser en América, esos conatos de incipiente aristocracia derivada de pergaminos harto noveles para sostener la competencia con sus similares europeos, esos esbozos de fausto real, que no caben en la sencillez republicana, y ese afán de distinciones nobiliarias que no se ajustan al ritmo de nuestra vida.

La fisonomía propia de América, su personalidad jurídica, su acción internacional, debe tener otros contornos y otros rumbos claramente determinados por su formación histórica, por sus caracteres ins-

titucionales, y por el ambiente propio en que ha debido ejercitar su acción.

Esa acción futura, en que debe reposar su autoridad moral y su prestigio para no declinar el elevado puesto alcanzado con su esfuerzo, estriba en la sencillez serena de sus actos ó pactos internacionales, basados siempre en la verdad y el derecho y tutelados por una justicia verdadera y elevada, cuyo imperio ampara por igual á los débiles y á los poderosos, á los potentados y á los desvalidos.

En ese terreno es y puede ser única, pero puede ser más, pues puede ser ejemplo y virtud digna de imitar y cuya autoridad se extienda y asegure por el solo triunfo de las ideas generales y generosas que se derivan de su concepto invariable de estos altos ideales de la humanidad, convertidos por su obra en doctrina jurídica, en derecho consuetudinario que regla sus relaciones de pueblo á pueblo.

La actitud reciente de los Estados Unidos del Brasil provocando la derogación de un tratado libremente contraído y cumplido por media centuria, que le daba el uso exclusivo de aguas ribereñas, límite con una nación pequeña que no reclamaba agresivamente tal actitud, constituye en sí misma, un acto único en la historia de la humanidad, pues jamás se ha producido espontánea, consciente y deliberadamente, una manifestación más elocuente, bella y sugestiva de respeto real á ese principio de justicia que teóricamente rige las relaciones de los pueblos entre sí; pero que nunca había recibido un acatamiento más noble y decisivo.

Esa actitud es realmente digna de nuestras democracias y constituye un acto que honra á la especie en general y singularmente á la América, en la que quedará como un ejemplo, como un canon para el futuro derecho internacional, tan desnaturalizado hasta ahora en la aplicación de sus nobles principios teóricos, por eternas y complicadas excepciones en que los intereses más egoístas, las manifestaciones más agresivas de la fuerza, han debido envolverse para triunfar y crearse una autoridad acomodaticia y falsa y efímera, en un manto de hipócritas fundamentos, dentro del cual bullían con frecuencia los más enérgicos apetitos y las más inconfesables ambiciones.

El Brasil, entretanto, con esa hidalga actitud en pro del derecho, realizada en condiciones que realzan su conducta, ha causado en todas partes una sorpresa concebible en las naciones cuya vida jurídica ha sido una perpetua violación de esos principios, cuando una fuerza incontrastable no apoyaba las reclamaciones formuladas; pero aparte de la sorpresa primera, esa actitud ha dado al Brasil una autoridad suprema para intervenir en los grandes problemas internacionales, pues ha demostrado que sabe sobreponerse á sus conveniencias y á las sugestiones humanas de su amor propio de nación, para inclinarse ante un principio, para ofrecer un holocausto á la más alta concepción que la humanidad puede erigir, para solucionar sus controversias particulares ó colectivas.

Y esta autoridad es tanto mayor, cuanto que ella se identifica con la verdadera situación de América constituyéndose en el paladín de la democracia

cuyo ideal más alto levanta para inscribirlo no sólo en su código fundamental, sino también en su bandera de acción, que condensa la marcha derivada ú orientada de este principio.

La lealtad sincera, la invariable conducta de noble solidaridad que ligue á los grandes pensadores americanos, el culto efectivo de la libertad respetada y engrandecida en todas partes, el derecho siendo más que una declaración platónica en las constituciones y los códigos, una fuerza efectiva y eficiente; la justicia imparcial y serena tutelando á todos con sus fallos imparciales siempre fecundos, todo esto constituye el deber de América, porque es la condensación real de la democracia en sus múltiples y generosas aspiraciones.

En ellas deben coincidir para triunfar las naciones en su actividad interna, en el perfeccionamiento de sus instituciones y en la sinceridad inalterable de su aplicación, como unidades componentes de esa fuerza colectiva que implica su unión, para realizar reunidas esas mismas ideas y aspiraciones en provecho del progreso, del triunfo supremo de todos en las luchas del ideal.

CAPÍTULO DÉCIMOOCTAVO

Conclusión

Desde el punto de vista de la civilización secular que la humanidad guarda en sus anales laboriosamente formados con el aporte de cada época, de cada raza y de cada pueblo, la América constituye una etapa singular en esa ruta por la cual han avanzado las generaciones en su marcha hacia el porvenir.

Esa etapa empieza con su descubrimiento inesperado, casi maravilloso; sigue con las luchas extraordinacias de los primeros aventureros dominadores que invaden con su audacia desenfrenada sus desiertos, sus bosques, sus ríos y sus océanos ignorados; se esfuma y se adormece en el largo cautiverio del coloniaje, en que restaura sus fuerzas en el silencio, se robustece en la labor constante, lejos de los deslumbramientos del poder, se satura con las ráfagas libres de los campos y embebe en su alma el espíritu errante y altivo de las razas muertas, para reaparecer de nuevo un instante en las luchas de la emancipación, iluminando con los reflejos de sus epopeyas grandes y sanas, los viejos pueblos,

que no adivinan con claridad la importancia de aquel sacudimiento.

Después de aquel esfuerzo gigante todo cae de nuevo en el silencio que sólo turban los movimientos espasmódicos de organismos nuevos que se constituyen á la distancia, y que el Viejo Mundo condena como el invencible reinado de la anarquía, que gravita con el peso de una losa funeraria sobre aquel desgraciado ensayo de la libertad de los pueblos.

Pero los que se engañan no son esos pueblos; son los poderosos del Viejo Mundo, los dirigentes, los gobiernos ensoberbecidos con sus grandes tradiciones seculares; entretanto las puertas de esas jóvenes nacionalidades se abren para todos, y á ellas se precipitan en arrolladora vorágine, hombres, capitales, ideas, ciencia, problemas sociales; y en aquel caos colosal, se prepara amparada en el silencioso misterio de una desdeñosa consideración deprimente, el germen combatido de cien naciones, que sólo tuvieron una deidad protectora, pero deidad todopoderosa, cuya acción necesitaba una tierra sin horizontes que la limitara para triunfar: esa diosa fué la Libertad.

Había transcurrido apenas una centuria desde el primer albor de su emancipación, y quiso celebrar sus nupcias solemnes con la civilización, invitando al Viejo Mundo á consagrar sus conquistas; y ese mundo admiró aquellas conquistas de los pueblos nuevos, aquella nueva forma del progreso en las praderas vírgenes, aquella victoria de las democracias inquietas.

El triunfo de éstos, necesitaba aquella consagra-

ción, de la cual se derivaba la posesión indiscutible de una vida nueva, de instituciones, de necesidades y modalidades nuevas también.

Esta es la realidad conquistada en el camino recorrido. América representa con relación al pasado, el triunfo de una civilización nueva, cuya vida empieza recién en toda su amplitud para los intereses colectivos de la humanidad.

Del culto á sus ideales depende que ella mantenga sus prestigios ante el Universo entero; si se sostiene en la brecha con la perseverancia y la virtud del apóstol fuerte, su vida puede ser ejemplo y su actuación faro que alumbre nuevas rutas á la conciencia humana; si desespera, si se abandona, si cae, la libertad habrá sufrido una derrota irreparable, el derecho una agresión injusta, la justicia perseguida se alejará humillada.

Libertad, igualdad, fraternidad! Deidades tutelares de la joven América; guiad su nave al través del tiempo y del espacio, hacia aquel porvenir distante donde eternamente brilla el luminoso faro de los grandes ideales humanos.

En esa nave que cruza serena el piélago inmenso y tranquilo después de trasponer la región primera de las borrascas desatadas, va la juventud, la juventud de América, cuya cuna osciló á impulso de las brisas fugitivas, rudas á veces, pero siempre saturadas de libertad; cuya infancia agitada por problemas prematuros, vigorizó su cerebro en el precoz esfuerzo; cuyos primeros años, tuvieron como escenas insuperablemente educadoras, las epopeyas grandiosas ó abnegadas de la emancipación. La juventud noble, entusiasta, llena de fe en el mundo

entero porque guarda en su seno los gérmenes generosos de todas las actividades grandes y puras, tiene en América una misión más alta, más trascendental, más fecunda, porque á ella incumbe la obra final del perfeccionamiento armonioso y artístico de sus democracias batalladoras en su iniciación primera y legendaria. Para ella nuestros esfuerzos que la vigoricen, para ella nuestras abnegaciones y nuestro amor que la engrandezcan, para ella nuestras previsiones y nuestro culto. Descorramos á sus ojos las nubes que entenebrecen la vida; diseñemos ante ella horizontes amplios y risueños; dirijamos sus miradas y su pensamiento hacia las cumbres elevadas, no para sustraerla á las realidades de la existencia, sino para que pueda contemplarla serenamente, libre de impulsos pequeños ó mezquinos ó de sugestiones extrañas; plasmemos su alma colectiva con el culto de lo noble y de lo grande que alza, que dignifica y que crea las actividades salvadoras; demos á sus fuerzas dispersas el lazo de unión que simboliza la mente nacional americana que la congregue y la cohesione para seguir unida el derrotero de las generosas cruzadas, de las supremas hidalguías, y así, armonizada en su solo haz, único, poderoso, indestructible, la inquieta exuberancia creadora de la juventud con la suprema discreción de la madurez, pueda cumplir su altísima misión lanzándose, con vencedora fe, á los excelsos apostolados de la vida, en los cuales América debe ser el adalid invulnerable y caballeresco de otra edad.

ÍNDICE

ÍNDICE

Págs.

Dos palabras á manera de Prólogo 5

CAPÍTULO PRIMERO

El descubrimiento de América. Situación del mundo civilizado en ese momento; el islamismo y las nacionalidades cristianas; la lucha entre el Papado y las monarquías; las controversias religiosas; la Reforma. 11

CAPÍTULO SEGUNDO

Primeros pobladores de América; solidaridad impuesta por las circunstancias. Gérmenes latentes de independencia desarrollados en la vida rural de los colonos 18

CAPÍTULO TERCERO

Orígenes comunes de la independencia americana. Los criollos; desconfianzas que inspiraban al colono español; los Cabildos y sus controversias. Causas generadoras de la emancipación: los filibusteros, la independencia norteamericana, la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, las Juntas revolucionarias de la metrópoli, las invasiones inglesas. 22

CAPÍTULO CUARTO

Ventajas y peligros de la constitución excepcional de los pueblos de América; carece de prejuicios retardatarios, pero también de los principios tutelares conservadores. Misión de los estadistas americanos. El individualismo, sus ventajas y sus inconvenientes. 30

CAPÍTULO QUINTO

Págs.

Formación cosmopolita de las naciones americanas. Problemas y peligros. 37

CAPÍTULO SEXTO

Los prejuicios europeos: la aristocracia, sus privilegios y prerrogativas actuales. América no tiene esas barreras. El imperialismo del Viejo Mundo, sus causas, razones que lo condenan; artificiosidad de su aplicación en América 40

CAPÍTULO SÉPTIMO

La cuestión obrera. Diferencias fundamentales del problema según se estudie en Europa ó en América 49

CAPÍTULO OCTAVO

Los armamentos. Causas de su nacimiento. Son el complemento necesario del poder absoluto. Su ineficacia contra las grandes ideas que avasallan. La emulación y la desconfianza internacional multiplican indefinidamente las fuerzas de cada Estado. Peligros que se derivan de los armamentos para las actividades nacionales. 57

CAPÍTULO NOVENO

Las tradiciones aristocráticas y religiosas. Sus prestigios del pasado. Los descendientes del antiguo señor. El arraigo de las ideas religiosas y sus profundas derivaciones sociales 66

CAPÍTULO DÉCIMO

Si el prejuicio es un mal, en cambio la tradición conservadora constituye un apoyo inapreciable que es ciencia, arte, cultura poseída y consagrada 74

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Situación de América con relación á los otros países. Su porvenir necesario. Los factores de su progreso. Su originalidad. Los tesoros que se le brindan. 80

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Págs.

La democracia americana surgida de las ideas y de los hechos, tiene á su cargo una misión delicada y compleja que cumplir. La democracia reclama verdad, justicia, imparcialidad, tolerancia absoluta. El imperialismo la vulnera y destruye su cultura, sus intereses y su progreso. El socialismo. Necesidad de embellecer la democracia para asegurar su triunfo 88

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

América: sus actividades, su situación presente para entrar á coparticipar de la vida internacional en las investigaciones científicas intensivas y en las manifestaciones superiores de la más alta cultura. La patria—necesidad de vigorizar y embellecer su concepto. Conveniencia de su enlace con la idea religiosa pura, serena y sin sectarismos. 109

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

La ciencia americana, su desarrollo, su originalidad. Excepcionales condiciones en que se encuentra para el perfeccionamiento de la ciencia política y su aplicación sincera y leal 139

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Monarquía y república—clases dirigentes—aristocracia y democracia. División de los poderes. El sufragio—su ejercicio. Libertad y responsabilidad. La prensa, garantía de la democracia . . . 144

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

Congreso Panamericano de Washington—Doctores Sáenz Peña y Nabuco—Controversias—Congreso de Río Janeiro. Mr. Root. La Conferencia de La Haya—Ruy Barboza—Drago. Consagración de la democracia americana—Los Centenarios argentino, chileno y mejicano. 159

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

Págs.

El Congreso Estudiantil Americano; su desarrollo, sus consecuencias—Visiones de porvenir—Solidaridad de América en la comunión de un mismo ideal. Gérmenes de las nuevas doctrinas jurídicas internacionales. El Brasil—Yaguarón y la Laguna Merim . . 168

CAPÍTULO DÉCIMOOCTAVO

Conclusión. 189